

La
HEREDERA

EL CLAN DE CHICAGO I

MARGOTTE CHANNING



LA HEREDERA



EL CLAN DE CHICAGO I

Margotte Channing

© LA HEREDERA de Margotte Channing

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.



Web

<https://www.margottechanning.com/>

Facebook

<https://www.facebook.com/groups/631165107593240/>

Instagram

<https://www.instagram.com/margottechanning/?hl=es>

UNO



Leonardo entró en la mansión y le entregó el abrigo al mayordomo. Su rostro, pétreo como siempre, no delataba la tragedia que lo había traído en esa ocasión hasta la casa de su jefe.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Arriba, en la habitación de la pequeña. Parece que el calmante que le ha dado el médico por fin le ha hecho efecto y se ha quedado dormida —contestó el sirviente.

Él asintió y se dirigió a las escaleras sin saber dónde estaba la habitación de la niña porque, a pesar de que solía visitar con frecuencia la casa de Ricardo, nunca lo hacía cuando su hijo y su familia estaban allí; la razón era que hacía años que Maurizio le había dicho a su padre que no quería tener contacto con nadie de la mafia. Nunca.

Al llegar al piso de arriba, vio que una de las habitaciones tenía la puerta entreabierta y una débil luz salía del interior. Se acercó silenciosamente gracias a la moqueta que recubría el suelo, pero se detuvo al escuchar la voz de su jefe, rota por la emoción.

—Camille, te prometo que cuidaré de ti mejor de lo que cuidé de tu padre.

Leonardo sabía que Ricardo no querría que lo molestara en un momento tan íntimo, así que permaneció quieto y callado durante un par de minutos. Después, como no escuchó nada más, abrió suavemente la puerta del dormitorio y asomó la cabeza.

—Hola —murmuró.

El hombre que se volvió hacia él parecía haber envejecido una década en apenas dos días. Su mirada estaba apagada y en su boca se dibujó un gesto amargo, extraño en él, antes de inclinarse para besar la frente de la niña rubia que dormía abrazada a un conejo rosa. Después de incorporarse con torpeza, salió del dormitorio.

Leonardo iba a cerrar la puerta, pero él le sujetó el brazo.

—No. Déjala abierta. Quiero oírla si vuelve a gritar. Vamos a mi despacho —ordenó, a la vez que se dirigía hacia las escaleras.

Leonardo lo siguió.

Cuando Ricardo entró en su despacho, decorado con muebles oscuros y cuadros de paisajes italianos, se sentó en su sillón, detrás del escritorio y se quedó en silencio, con la mirada perdida. Leonardo se quedó de pie unos segundos, observándolo, y luego se dirigió al mueble bar. Sirvió dos vasos de whisky y dejó uno al alcance de su jefe antes de sentarse, frente a él, con el otro.

—¿Está todo organizado?

—Sí. El entierro será a las once.

Ricardo movió la cabeza, apesadumbrado.

—Si no hubiera hecho caso a mi hijo cuando me pidió no llevar guardaespaldas, él seguiría vivo y mi nieta no sería huérfana —murmuró, como si hablara para sí mismo.

Leonardo se inclinó ligeramente hacia delante y le habló con tono tranquilo:

—Escúchame. Esto no ha sido culpa tuya.

Pero él levantó una mano, cortándolo.

—Sí lo es. Tendría que haberme retirado hace tiempo, pero nunca imaginé que atacarían a mi familia. —Suspiró profundamente antes de añadir con voz ronca—: Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos. —Se irguió, miró a Leonardo y le dijo—: Ha llegado la hora de que ocupes mi puesto.

—¿Estás seguro? —preguntó, sorprendido.

—Sí. Quiero alejar a Camille de todo esto, es lo que Maurizio habría querido. Nos iremos después del entierro ...aún no sé adónde, pero necesitaré un guardaespaldas de confianza que nos acompañe, y se quede a vivir con nosotros.

—Mañana tendré tres nombres para que elijas el que quieras. —Ricardo lo miró con un destello de orgullo en los ojos antes de afirmar:

—Treinta años es una edad excelente para este puesto. Al principio tendrás que trabajar más que nadie y ser el más duro, para que no se atrevan a cuestionarte, pero estás preparado. Mucho más que yo cuando tomé el mando.

—No me preocupa el trabajo —admitió él—, pero no me gusta que te vayas tan lejos.

La confesión hizo que Ricardo esbozara una leve sonrisa, porque era extremadamente raro que Leonardo dejara ver sus sentimientos; es más, muchos de los miembros de la *Famiglia* estaban seguros de que no los tenía.

—No creo que haya ningún problema con los otros *capos* de Chicago porque todos saben que me sustituirás cuando me marche.

—Pero ninguno creía que sería tan pronto —apuntó Leonardo.

—Cierto. Por eso, me quedaré unos días para ayudarte con la transición. Y recuerda lo que te he dicho tantas veces: la decisión más importante que vas a tomar como *capo di capi* será elegir bien a los hombres de confianza que te rodeen. Te lo digo porque yo me equivoqué varias veces confiando en quien no lo merecía... hasta que te nombré mi *underboss*. Ese fue el mayor acierto de mi carrera.

—Mis hombres de confianza seguirán siendo los mismos que he tenido mientras he sido tu segundo. Ellos también se merecen ascender.

Ricardo lo miró con atención, esperando.

—Greco será mi *consigliere*, Vini mi *enforcer* y Bruno mi *underboss*.

—Buena decisión. Son tipos duros y leales a ti y a la *Famiglia*.

—Gracias.

—Convoca una reunión con los otros *capos* para dentro de dos días. Iremos juntos y se lo dejaremos todo claro. —Respiró hondo y

se acomodó en el sillón. Aunque en su rostro seguía presente el dolor, su voz era firme—. Y Leonardo... quiero que encuentres a los hijos de puta que me han arrebatado a mi hijo.

—Lo haré. Te lo juro. Será un placer encargarme de ellos —contestó. Sus ojos negros reflejaron parte de la rabia que sentía. —No tenías ni que pedírmelo, Ricardo —aseguró. Carraspeó antes de confesar—: Sé que nunca te he dicho lo importante que fue para mí que me dejaras entrar en la *Famiglia*, pero siempre te estaré agradecido por ello.

El *capo* alzó una mano, como hacía siempre que no quería que alguien siguiera hablando.

—Yo te di una oportunidad, pero tú la aprovechaste trabajando más duro que nadie. Eres fuerte y tienes buena cabeza. Lo harás bien.

—Gracias —contestó Leonardo. A continuación, preguntó —: ¿Mattia se va a ir contigo?

—No. Podrá vivir en esta casa y le transferiré una cantidad importante cada mes para sus gastos, pero le dejaré claro que lo haré solo si se queda en Chicago. No lo quiero cerca de mí y, mucho menos, de mi nieta. —Hizo una mueca antes de continuar—: Al menos mañana no irá al cementerio porque sigue en Marsella, de vacaciones. Ya es triste que me alegre de que uno de mis hijos no vaya a estar en el entierro del otro —añadió, afligido.

En ese momento, Leonardo recordó algo:

—Han llamado a la funeraria de la universidad donde trabajaba Maurizio, para preguntar cuándo es el entierro. Al parecer, algunos profesores y miembros del consejo de administración quieren ir y como dijiste que no querías que fuera nadie...

—Déjalos que vayan. Maurizio querría que estuvieran allí. Camille también va a ir, así que quiero a todos los hombres que tengamos disponibles cubriendo la zona. No pienso correr riesgos.

—¿No es muy pequeña?

—Sí, pero quiere hacerlo. Y es tan testaruda como mi hijo —afirmó Ricardo con un suspiro—. No quiero que, cuando sea mayor, me eche en cara que no pudo despedirse de sus padres por mi

culpa. A pesar de su edad, sabe que mañana será la última vez que podrá estar con ellos, de alguna manera.

La última frase fue solo un susurro.



El viento silbaba entre las lápidas, levantando pequeños remolinos de hojas secas que luego danzaban alrededor de los oscuros zapatos de los asistentes. Las nubes negras se acumulaban sobre el cementerio del Monte de los Olivos, amenazando con desatar una fuerte tormenta en cualquier momento, y el aire era tan frío que parecía una daga helada clavándose en los huesos. Pero ninguno de los presentes parecía sentirlo.

En primera fila, frente al mausoleo de los Parisi, estaban Ricardo y Camille. La pequeña llevaba el largo pelo rubio recogido en dos trenzas y se aferraba a la mano de su abuelo mientras sus ojos ambarinos, llenos de tristeza, observaban a cuatro trabajadores del cementerio introducir los dos ataúdes negros en el panteón familiar. El eco de sus pasos era el único sonido que alcanzaba a oír hasta que, segundos después, escuchó con claridad el roce seco que hicieron los féretros al entrar en los nichos donde reposarían para siempre. Cuando los hombres salieron con las manos vacías, Camille sintió un dolor tan punzante en el pecho que creyó que el corazón se

le estaba rompiendo. De su boca escapó un gemido desgarrador y las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

Su abuelo sacó un pañuelo y se las secó con cuidado, sin soltarle la mano, como si temiera que el viento pudiera llevársela. Su rostro, marcado por los años y la dureza de la vida, seguía inexpresivo, pero sus ojos brillaban debido a las lágrimas no derramadas. Aun así, los susurros que le dedicó a la niña bastaron para que dejara de llorar.

Cuando ella se calmó, Ricardo volvió a erguirse. Su abrigo negro ondeó al compás del viento, pero su postura permanecía firme y desafiante. Giró el rostro levemente y su mirada se cruzó con la de Leonardo, que le respondió con una leve inclinación de cabeza, haciéndole entender que todo estaba bajo control. Entonces, Ricardo miró al sacerdote para que comenzara, pero, a pesar de que el clérigo alzó la voz, parte de sus palabras se perdieron con el fuerte viento:

—... Y en el descanso eterno encontrarán la paz... —fue lo único que se escuchó con claridad al inicio del responso.

Durante la ceremonia, los ojos oscuros de Leonardo no dejaron de escudriñar cada rincón del cementerio, evitando mirar demasiado a Ricardo y a su nieta. La escena era demasiado triste, y ese tipo de emociones no solo le resultaban ajenas, sino que podían costarle la concentración. En su lugar, su atención volvía una y otra vez al grupo de amigos y compañeros de la pareja difunta. Escudriñaba sus rostros, buscando cualquier señal de peligro, preparado para actuar ante la más mínima provocación.

Había dividido a los quince soldados que había convocado en tres grupos, comandados por Greco, Vini y Bruno. Eran los mejores hombres de los que disponían, pero, sobre todo, eran los más leales. Morirían y matarían por su *capo*.

Frente a él estaban los profesores de la universidad en la que trabajaba Maurizio, junto a algunos miembros del consejo de administración, reconocibles por sus trajes impecables y su porte erguido. Estaba claro que, a pesar de ser hijo de un conocido mafioso, el hombre que ahora descansaba en el panteón se había ganado su respeto.

La ceremonia duró pocos minutos y, cuando terminó, el cura cerró el libro y se persignó. Ricardo lo imitó, al igual que la mayoría de los presentes. Todos comenzaron a acercarse para darle el pésame, lanzando miradas apenadas a Camille, que no las percibió. Tenía los ojos clavados en la verja que protegía el panteón donde ahora reposaban sus padres.

Leonardo hizo un gesto a Vini para que avisara a los hombres de que pronto se marcharían, y se preparó para escoltar a Ricardo y a la niña hasta el coche. Ella parecía tan tranquila que su abuelo pensó que había sido un acierto llevarla al entierro; quizás esto la ayudaría a aceptar lo ocurrido.

Pero esa aparente serenidad se desvaneció en cuanto le dijo que debían marcharse.

—*Piccolina*, tenemos que volver a casa —murmuró, agachándose a su altura y acariciándole la mejilla helada con un dedo.

—No podemos dejarlos ahí, abuelo. Hace mucho frío —contestó ella, con la voz entrecortada.

Destrozado, Ricardo por fin comprendió que no debió llevarla. Conociendo su testarudez, sabía que no accedería a marcharse por las buenas, así que la alzó en brazos y comenzó a caminar hacia el coche, rodeado por Leonardo y sus hombres. Camille no dejaba de revolversse, tratando de volver al panteón. A Ricardo no le importaron las miradas horrorizadas de los amigos de su hijo mientras cargaba a la pequeña, pero los gritos de ella se le clavaron en el alma.

—¡Suéltame, abuelo! ¡No podemos dejar a mamá y a papá allí, solos! ¡Quiero ir con ellos! —gritaba y lloraba a la vez, sin dejar de forcejear.

Mientras avanzaban hacia la salida del cementerio, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, mezclándose con el viento helado que azotaba la ciudad. Camille siguió llorando hasta que entraron en el coche, donde Ricardo la sostuvo en su regazo, abrazándola con fuerza y murmurándole palabras de consuelo que ella no parecía escuchar.

Esa noche, por desgracia, el médico tuvo que administrarle otro calmante.

Pero esta vez, Ricardo estaba convencido de que la culpa era suya.



Los abogados tardaron casi una semana en preparar los documentos que Ricardo debía firmar, para cederle a Leonardo la dirección del conglomerado de empresas legales que poseía la *Famiglia* por todo el mundo.

Pero hoy, por fin, el día de su marcha había llegado.

Ricardo y Leonardo estaban en una de las pistas del aeropuerto privado, junto al avión de la *Famiglia*. Ambos vestían abrigos azul oscuro y tenían idénticas expresiones en el rostro: severas e impenetrables. Camille ya había subido a bordo, acompañada por una *nanny*, especializada en tratar a niños con traumas, que Ricardo había contratado dos días antes.

—¿Te has enterado de algo más?

—No. Desgraciadamente, durante la refriega matamos a uno de esos hijos de puta y el otro se suicidó antes de que pudiéramos interrogarlo. Y, de momento, no tenemos más pistas —respondió Leonardo, molesto por no poder darle mejores noticias.

Gracias a un chivatazo, habían conseguido la dirección de los asesinos. Pero cuando Leonardo y sus hombres irrumpieron en plena noche en el edificio, situado a las afueras de Chicago, se encontraron con que había explosivos repartidos por todo el recinto. Además, los mercenarios se defendieron ferozmente y el enfrentamiento fue brutal. Finalmente, los dos asesinos murieron y algunos hombres de Leonardo habían resultado heridos.

—Tienen que haber sido los irlandeses —murmuró Ricardo, aunque la arruga de su frente delataba su incertidumbre.

—Puede ser, pero... ¿por qué precisamente ahora? Hace casi un año que no hemos tenido problemas con ellos. Y esta mañana he hablado con Patrick y me ha asegurado que no han tenido nada que ver.

Patrick era uno de los capos irlandeses y se había criado en el mismo orfanato que Leonardo. Aunque no eran amigos, se conocían y se respetaban.

—¿Lo has llamado tú? —preguntó Ricardo.

—Sí. Esperaba que nos aclarara algo, quería darte alguna respuesta antes de que te fueras... pero no ha sido así. Lo siento.

En ese momento, la azafata del avión salió a la escalerilla y los miró, dándoles a entender que todo estaba listo.

—Ha llegado el momento —dijo Ricardo.

Leonardo alargó la mano para despedirse, como hacían siempre, pero él lo sorprendió abrazándolo con fuerza. Prolongó el abrazo unos segundos. Luego, murmuró:

—Gracias por todo, Leo.

Se dio la vuelta, subió por la escalerilla y, en cuanto entró en el avión, la azafata cerró la puerta de cabina con un fuerte sonido metálico. Casi de inmediato, el jet comenzó a moverse.

Leonardo lo siguió con la mirada hasta que despegó y, solo entonces, se dio la vuelta y se dirigió a su coche.

—A la oficina —le dijo a su chófer.

DOS



Catorce años después

Todavía era temprano cuando Camille sacó el coche de su garaje esa mañana. Le gustaba madrugar para evitar el tráfico de primera hora, así como los sonidos estridentes de las bocinas o los peatones imprudentes que se jugaban la vida cruzando la calle con el semáforo en rojo.

Mientras esperaba a que su luz se pusiera verde, admiró —como siempre— la belleza que la rodeaba. A pesar de la anarquía con la que conducían los italianos y de sus discusiones constantes por el tráfico, vivir en Florencia era como soñar despierta. En muy pocos lugares la historia y el arte convivían con la vida moderna con tanta naturalidad.

Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, de la que tiraba distraídamente de vez en cuando mientras repasaba mentalmente las tareas del día. Por eso no le importaba tener que conducir algo más de media hora para llegar al trabajo; al contrario, aprovechaba ese tiempo para ordenar sus ideas.

Pero todos los días, cuando llegaba a la fuente de Neptuno que estaba frente al *Palazzo Vecchio*, donde siempre se formaba un pequeño atasco, interrumpía ese ejercicio mental y llamaba a su abuelo. Aquella llamada se había convertido en una feliz costumbre desde que empezó a trabajar.

Así que, en cuanto vio al dios del mar, lo llamó. El teléfono sonó varias veces antes de que su abuelo contestara.

—*Buongiorno, bambina* —saludó Ricardo con esa voz ronca que siempre la hacía sonreír.

—*Buongiorno, nonno* —respondió con una gran sonrisa—. ¿Cómo estás?

—Deseando que se termine esa exposición tan importante... por la que casi no te veo —replicó él. Enseguida suspiró, arrepentido, porque no quería que su nieta pensara que la estaba criticando. —Estoy bien, Camille. Pero te echo de menos.

—Te prometo que esta noche llegaré pronto y cenaremos juntos, *nonno*. ¿Seguro que estás bien?

Le asustaba lo frágil que lo veía últimamente, porque su abuelo lo era todo para ella.

—Claro que sí, cariño.

—Y cuando termine la exposición, me cogeré unos días de vacaciones y nos iremos a la playa —agregó, mientras bostezaba en silencio, para que no la oyera. Esa noche se había quedado dormida a las dos, sobre el ordenador.

—Tus padres tienen que estar tan orgullosos de ti... —murmuró él, emocionado. Carraspeó antes de añadir—: Estoy seguro de que los dos te están viendo ahora mismo.

—Gracias, *nonno*. Te quiero —contestó, con un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero, *bambina*.

Los coches comenzaron a avanzar.

—Tengo que dejarte, abuelo.

—Ve a conquistar el mundo, cariño. Nos vemos esta noche.

La galería donde trabajaba Camille ocupaba un edificio cuya fachada, moderna y elegante, destacaba entre las construcciones clásicas que la rodeaban. Su diseño minimalista se había ganado un

lugar entre los amantes del arte contemporáneo y, a pesar de llevar solo tres años abierta, ya era una de las más importantes de la ciudad.

Y a Camille le encantaba trabajar allí.

Estacionó el coche en su plaza del garaje y se dirigió al ascensor mientras se ajustaba el cinturón del vestido azul claro que había elegido esa mañana. Estaba lista para afrontar una larga jornada de trabajo, animada por la cariñosa conversación que acababa de tener con su abuelo.



La acogedora cafetería donde Ricardo desayunaba todos los días estaba regentada por la misma familia desde hacía generaciones. Se había convertido en una especie de refugio urbano para quienes buscaban un desayuno tranquilo y reconfortante.

Esa mañana, como siempre, lo acompañaba Luigi, su guardaespaldas. Era un hombre corpulento, de cabello oscuro, que solía llevar muy corto, y mirada alerta. Tras tantos años, se había convertido en uno más de la familia, tanto para Ricardo como para Camille.

Los dueños de la cafetería los saludaron efusivamente en cuanto los vieron y, sin necesidad de pedirlo, Marco, el camarero, les llevó dos *espressos* dobles y un plato con dos *maritozzis*, los exquisitos bollos rellenos de nata que tanto les gustaban.

—Grazie, Marco —dijo Ricardo con una leve sonrisa, sentado en su asiento habitual junto a una de las ventanas que daban a la calle.

—*Prego* —respondió el camarero antes de volver a la barra.

Ricardo se acercó uno de los cafés para echarle azúcar. Luigi, que se había sentado frente a él, vigilaba la puerta con la espalda apoyada contra la pared. De esa forma nadie podía sorprenderlo.

—¿Cómo va el embarazo de tu sobrina? —le preguntó Ricardo, antes de darle un mordisco a su bollo.

—Bien. Mi hermana dice que está algo pesada, pero es que ya está de ocho meses.

—¡Ocho meses! ¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó el anciano, limpiándose la boca con una servilleta de papel.

De repente, un estruendo ensordecedor rompió la calma de la cafetería. Todos se giraron hacia la entrada, donde el coche de Ricardo acababa de recibir un fuerte impacto de otro vehículo, y su conductor estaba dando marcha atrás, con la clara intención de huir.

—¡Bastardo! —exclamó Luigi al verlo.

Se levantó de un salto y corrió lo más rápido que pudo, pero cuando salió de la cafetería, el otro coche ya había doblado la esquina que había al final de la calle.

Desde su asiento, Ricardo lo vio examinar los daños de su coche, con expresión furiosa. Distráido por la escena, no advirtió que una pareja de mediana edad, que había estado sentada hasta entonces en una de las mesas del fondo, se levantaba con tranquilidad. Mientras el hombre dejaba unos billetes sobre la mesa, la mujer se acercó a Ricardo con una sonrisa.

Él la miró con expresión inquisitiva... y entonces sintió un dolor agudo en el pecho. Trató de hablar, pero solo logró emitir un jadeo antes de desplomarse sobre la mesa, con gesto incrédulo. La mujer guardó su pistola —envuelta en una revista doblada— en el bolso, y salió del local siguiendo a su pareja. Con el alboroto de la calle, nadie escuchó el disparo; el silenciador había cumplido su función.

Sin fuerzas, Ricardo se deslizó hasta el suelo y la taza que había estado sosteniendo se estrelló, rompiéndose en mil pedazos, provocando que el café oscuro se mezclara con la sangre que brotaba de su cuerpo.

Entonces, el pánico se apoderó de los clientes que, hasta ese momento, habían estado distraídos con el accidente. Algunos comenzaron a gritar histéricamente, derribando sillas en su huida, mientras otros se ocultaban bajo las mesas, paralizados por el miedo. La cajera gritaba señalando la sangre que se extendía por el suelo y Marco, con voz temblorosa, llamaba a una ambulancia desde su móvil.

Al ver cómo algunos clientes salían despavoridos, Luigi regresó corriendo, con el corazón encogido.

—¡No, no! ¡Por favor, no! —gritó al ver a Ricardo tirado en el suelo, sangrando y con los ojos cerrados.

Se arrodilló junto a él y buscó desesperadamente algún signo de vida, encontrando una débil señal de pulso en su cuello. Sus manos temblaban tratando de detener la hemorragia, pero sangraba demasiado.

—Es culpa mía... —murmuró, antes de gritar con voz rota—: ¡Que alguien llame a una ambulancia!

—Ya lo he hecho —respondió Marco, arrodillado a su lado.

El sonido de las sirenas se escuchaba cada vez más cerca, pero el ambiente de la cafetería seguía cargado de tensión.

Afuera, los clientes que habían logrado salir se agrupaban en la acera, mirando hacia el interior a través del escaparate.

Dentro, Ricardo seguía sangrando en brazos de Luigi.



El sol de la mañana se filtraba a través de los amplios ventanales de la galería Giannoli, bañando con su luz las obras expuestas y resaltando la belleza del suelo de mármol negro con vetas doradas. El edificio, con sus grandes arcos y espacios abiertos, tenía un diseño tan vanguardista que lo hacía único.

Después de trabajar durante tres años sin descanso, Carlo y Camille habían logrado hacerse un nombre dentro de la comunidad artística de Florencia, lo que no era poco decir. Como cada mañana, ella atravesó las puertas con paso ligero y saludó con una sonrisa al guardia de seguridad que vigilaba la entrada.

—Buenos días, Enzo. ¿Cómo está tu hija? ¿Se recuperó de la gripe? —El hombre suavizó su expresión al responder:

—Mucho mejor, gracias a Dios, señorita Parisi. El té con miel le vino muy bien.

—Me alegra oírlo —respondió ella con calidez, antes de reanudar la marcha.

Al entrar en la zona privada de la galería, la envolvió el olor a café recién hecho y a pintura fresca. Saludó a los restauradores, que estaban trabajando en una de las salas, al pasar junto a ellos y continuó en dirección a su oficina.

—Buenos días, Anna —dijo a su secretaria, cuando pasó frente a su escritorio.

—Buenos días, Camille —respondió ella, una rubia de piernas interminables y perfectamente maquillada, con una sonrisa forzada.

Camille ignoró la hostilidad oculta en su voz, como hacía siempre. Estaba a punto de entrar en su despacho cuando escuchó que Carlo Giannoli, el director y dueño de la galería, la llamaba, por lo que cambió de dirección y se quedó en el umbral de su oficina, mirándolo. Su jefe estaba trabajando en su escritorio.

—Buenos días.

Carlo hizo un gesto para que se sentara frente a él.

Era un hombre muy atractivo, rubio y con los ojos azules —algo poco habitual entre los italianos—. Además poseía una elegancia natural que lo hacía destacar entre los demás. Seguía soltero y Camille lo consideraba un conquistador, aunque eso nunca había interferido en su relación laboral.

—Buenos días —respondió él—. Ya ha llegado la estrella de la galería.

Camille soltó una leve carcajada y cruzó las piernas, mordiéndose el labio inferior para no bostezar.

—Si esta estrella pudiera tomarse un café, brillaría más —bromeó—. Me gustaría haber llegado hace una hora, pero no me dormí hasta las dos ultimando algunos detalles de la exposición. Y cuando ha sonado el despertador, no me podía levantar.

Carlo sonrió, cogió el café humeante que había sobre su escritorio y se lo tendió.

—Toma, acabo de sacarlo de la máquina. Ahora iré a por otro para mí —añadió la última frase al ver que ella no se decidía a aceptarlo.

—Gracias, no sabes cuánto lo necesito —confesó, cogiéndolo con una sonrisa agradecida.

—Volviendo a la exposición... Anna me ha dicho que todavía te quedan algunas cosas pendientes. ¿Necesitas ayuda?

Camille dejó el vaso de papel sobre la mesa tras dar un largo sorbo y procuró que su rostro no reflejara el cansancio que sentía por tener que lidiar cada día con Anna. Sabía que la secretaria

estaba enamorada en secreto de Carlo y que la veía como una amenaza. A esas alturas, estaba claro que haría lo que fuera para que Camille se marchara de la galería, incluso mentir sobre su trabajo.

—No, gracias. Anoche terminé los últimos informes y los incluí en la web. También le mandé una copia de todo a Anna por correo, pero imagino que no lo habrá visto todavía —añadió, tratando de que su voz sonara normal, como si todo fuera un malentendido..., aunque sabía que no lo era.

—Entonces, estupendo.

—Sí. No quería dejarlo para hoy. —Recordó lo que había hablado con su abuelo y agregó—: Carlo, dentro de unos días, si todo va bien, me gustaría cogerme unas vacaciones.

—¿Por cuánto tiempo?

—Una semana. Necesito descansar o empezaré a quedarme dormida por las mañanas sobre mi escritorio.

Él preguntó, tratando de que su tono sonara casual:

—¿Tienes pensado irte fuera?

—A la playa.

—¿Con... alguien?

Camille abrió mucho los ojos y estuvo a punto de no contestar.

Habían quedado una vez, hacía varios meses, pero durante aquella cena ella le dejó claro que no estaba interesada en mantener una relación romántica. Le dijo que no funcionaría porque trabajaban juntos, aunque la verdadera razón era que no le gustaba.

En realidad, nunca le había gustado ningún chico.

Jamás había sentido esa atracción apasionada que describían las novelas, ni ese cosquilleo en el estómago que veía en sus compañeras de colegio cuando hablaban de sus primeros amores. Durante aquellos años se sintió extraña. Como si hubiera algo en ella que no encajaba. Se preguntaba, en silencio, por qué era tan diferente...

Pero, con el tiempo, dejó de buscar una respuesta. Aceptó que probablemente no se enamoraría nunca, y por eso se volcó por completo en su trabajo.

En su fuero interno decidió que aquella “ausencia” de deseo o emoción tenía que ver con la pérdida de sus padres. Fue tan violenta y era tan pequeña cuando ocurrió, que la herida no se había cerrado del todo.

A veces, en los momentos de mayor estrés, las pesadillas volvían, y eran tan reales que siempre se despertaba sollozando desconsoladamente.

Levantó la mirada de sus manos al escuchar la voz de Carlo.

—Lo siento, no le oí lo que decías... estaba distraída.

—Ya veo que sí que necesitas esas vacaciones —bromeó él.

—Sí... y sobre lo que me has preguntado antes, quiero irme con mi abuelo. No está muy bien de salud.

—Siento oír eso. En cuanto a lo de tus vacaciones, me parece bien. Y, mientras estés fuera... piensa en dónde te gustaría que te llevara a cenar cuando vuelvas.

Camille se mordió la lengua para no repetirle lo mismo que le había dicho durante aquella única cena. Estaba demasiado cansada para discutir, así que dejó pasar el momento; pero se prometió que tendría una conversación definitiva con él cuando volviera de vacaciones.

El siguiente par de horas estuvo corriendo de un lado para otro, comprobando que todo estuviera preparado para la inauguración, pero se sentía en su elemento y no le importaba; disfrutaba del ambiente de la galería, del respeto de sus colegas y del arte que la rodeaba.

Pero su burbuja de felicidad estalló un minuto después de las once, cuando sonó su teléfono. Al ver en la pantalla el nombre del guardaespaldas de su abuelo, contestó de inmediato sintiendo un escalofrío de miedo recorrer su cuerpo, porque él nunca la llamaba.

—¿Luigi? ¿Qué pasa?

Hubo un breve silencio al otro lado que bastó para confirmarle que algo iba muy mal. Y entonces, la voz emocionada de él la atravesó como un puñal:

—Camille... es tu abuelo. Le han disparado. Estamos en el hospital de Santa María Nuova... —hizo una pausa de un par de

segundos, como si no pudiera seguir hablando—. Los médicos han dicho que no saben si sobrevivirá. Deberías venir lo antes posible.

El mundo se detuvo. El aire dejó de entrar en sus pulmones. Su despacho, la luz del sol que entraba por la ventana, el olor a pintura... todo se volvió como un eco lejano, irrelevante, desde el momento en que su cerebro comprendió que su abuelo podía desaparecer. Sacudió la cabeza, negándolo, y se aferró al borde del escritorio con dedos temblorosos.

—No... no, eso no puede ser... —susurró.

—Ha sido en la cafetería, mientras desayunaba. Camille... esto no pinta bien... Ven cuanto antes. Tengo que irme, el médico acaba de volver y quiere decirme algo. —La voz de Luigi apenas se mantenía firme, lo que aumentó el pánico de Camille.

—Voy para allá —murmuró, con voz ahogada, justo antes de que él colgara.

Cuando se apartó el teléfono de la oreja con expresión ausente, Carlo, que estaba a su lado, dijo:

—Camille, ¿qué pasa? —Ella levantó la vista, con los ojos empañados y el corazón a punto de estallar.

—Han disparado a mi abuelo mientras desayunaba en una cafetería. Puede que... puede que muera.

Su cara se contrajo en una mueca de agonía. Carlo le rodeó la espalda con un brazo y la ayudó a levantarse.

—Vamos. Te llevo al hospital. Y no te preocupes por el trabajo, yo me encargo de todo.

Camille se dejó guiar, preguntándose cómo era posible que la felicidad que sentía un momento antes hubiera desaparecido en un segundo, transformada en esa angustia que la estaba destrozando por dentro.

Se concentró en seguir los pasos de Carlo y en no derrumbarse, tratando de no pensar en que la peor de sus pesadillas acababa de hacerse realidad.

TRES



El piso de Leonardo ocupaba la última planta de un edificio situado en una de las mejores zonas de Chicago, entre el río y el lago Michigan.

Los enormes ventanales del salón ofrecían de noche —como en ese momento—, un océano burbujeante de luces doradas y plateadas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

El interior destilaba lujo: suelos de mármol blanco, sofás de cuero italiano y una enorme chimenea que Leonardo no solía encender porque siempre estaba demasiado ocupado trabajando.

Todo el edificio pertenecía a la *Famiglia* y contaba con la mejor seguridad que el dinero podía comprar, además de estar completamente insonorizado. Pero el nivel de protección era máximo en el ático. Las escaleras y el ascensor que llevaban hasta allí solo funcionaban con la huella dactilar de Leonardo o con las tarjetas que poseían unos cuantos privilegiados. Además, desde su móvil, el *capo di capi* podía controlar todas las cámaras y la domótica de todo el edificio.

Esa noche, algunos de los pocos con acceso al ático estaban allí, disfrutando con él de un combate de boxeo que se disputaba en Las Vegas. Leonardo, Greco, Vini y Bruno bebían cerveza y veían el combate en la televisión de cien pulgadas que presidía el salón, como solían hacer al menos una vez al mes.

—Ese cabrón no aguanta más de dos asaltos —gruñó Greco, inclinándose hacia la pantalla con el ceño fruncido y los antebrazos apoyados en las rodillas.

—¿Dos? —Bruno soltó una carcajada despectiva—. Como mucho, uno y medio. Mira cómo ha bajado la guardia.

—Es un idiota —acotó Vini, dando un trago de cerveza y encogiéndose de hombros—. ¿Pero sabéis quiénes son todavía más idiotas que él? Los de la *Bratva*, si creen que vamos a cederles ni un centímetro de nuestro territorio. Con todas sus gilipolleces, lo único que han conseguido es que no podamos ir a Las Vegas a ver el combate—gruñó, enfadado, porque él mismo había organizado el viaje al que no habían podido ir por culpa de los rusos.

—Os dije que no era necesario que os quedarais —contestó Leonardo con voz tranquila, sin apartar la vista de la pantalla.

Habían recibido un soplo de que la *Bratva* planeaba asaltar uno de sus envíos de armas y Leonardo decidió anular su viaje a Las Vegas por precaución, aunque les había dicho a los demás que fueran sin él. Al final, el barco había salido ese mismo día rumbo a Sudamérica con la carga intacta.

—Ninguno de nosotros se iría sabiendo que aquí hay problemas. Por eso somos familia, joder —masculló Greco, lanzándole una mirada molesta a Vini, quien le respondió con una sonrisa burlona, lo que hizo que Greco entrecerrara los ojos y dejara la botella de cerveza sobre la mesa con un golpe seco.

Leonardo los miró.

—Ya está bien, chicos. No quiero tonterías. Nos hemos reunido para pasarlo bien.

Greco y Vini se echaron una última mirada desafiante en silencio, y Bruno miró a Leonardo meneando la cabeza, tan harto como él de que esos dos no dejaran de pelear. Les pasaba desde que eran simples soldados de la *Famiglia*, cuando Leonardo los reunió bajo su

mando como hombres de confianza, siendo todavía *underboss* de Ricardo. Había esperado que, con el tiempo, dejarían las discusiones, pero no había sido así.

Los guardaespaldas de los cuatro estaban en la cocina jugando a las cartas para entretenerse mientras ellos veían el combate. A veces, cuando la televisión se quedaba en silencio, sus voces y risas llegaban hasta el salón, como en ese momento. Vini tragó un sorbo de cerveza y señaló con la cabeza hacia la cocina.

—Mira a esos cabrones cómo se lo pasan. Se supone que deberían estar trabajando.

—También tienen derecho a divertirse un rato de vez en cuando —contestó Bruno, sin apartar los ojos de la pantalla. Los boxeadores habían empezado a atizarse con ganas, pero pocos minutos después llegó el primer descanso y aparecieron los anuncios.

—Y hablando de peleas, Leo... —Greco sonrió con picardía—, ¿ya has llegado a un acuerdo con Tomasso Pellegrini?

Bruno se atragantó con la cerveza y empezó a toser al oír la pregunta de su amigo, pero Leonardo solo sonrió levemente.

—No me jodas —bufó Vini—. ¿En serio te vas a casar con la hija de ese cabrón?

Leonardo apoyó el codo en el brazo del sofá y observó a Vini y a Greco durante unos segundos con una expresión impenetrable, antes de decidir que había llegado el momento de que los dos lo supieran. Bruno ya estaba al tanto.

—La respuesta a tu pregunta es sí, aunque todavía no hemos firmado el contrato por culpa de los ataques de la *Bratva*.

Pellegrini domina Nueva York, uno de los mercados más importantes del país. La alianza nos conviene.

—¿Estás seguro de que sabes dónde te metes? —preguntó Bruno, aprovechando el momento—. Esa mujer es una malcriada y está obsesionada contigo. No creo que esas dos condiciones sean una buena combinación para una esposa.

Leonardo no respondió de inmediato, antes bebió el último sorbo de su botellín y lo dejó sobre la mesa.

—Ginevra sabe qué puede esperar de este matrimonio. La última vez que hablé con ella, se lo dejé muy claro.

—Espero que no te arrepientas —murmuró Bruno, con tono sincero.

Greco y Vini pensaban igual que él, pero no dijeron nada. Sabían que, cuando Leonardo tomaba una decisión, no había vuelta atrás. Lo que significaba que, ocurriera lo que ocurriera, se casaría con Ginevra Pellegrini.

El teléfono de Leonardo comenzó a vibrar y él arrugó la frente al ver quién llamaba. Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que había hablado con el guardaespaldas de Ricardo.

—Hola, Luigi. ¿Qué ocurre? —Algo grave debía de haber pasado para que lo llamara.

—Hola, Leo. Han disparado a Ricardo.

Leonardo se levantó sin darse cuenta y fue hasta la ventana, mirando sin ver el paisaje.

—¿Qué?

—Ha sido esta mañana. Le dispararon en el pecho, en la cafetería a la que vamos siempre. Los asesinos eran profesionales. Desaparecieron sin dejar rastro.

—¿Y dónde estabas tú mientras ocurría eso? —preguntó Leonardo con voz helada.

—Había salido a la calle porque un coche había chocado con el nuestro... Fue un error —reconoció él, apesadumbrado.

Leonardo respiró hondo, tratando de controlarse.

—Ya hablaremos sobre eso —zanjó, por el momento, porque prefería hacerlo cara a cara—. ¿Dónde está él ahora?

—En el hospital. Van a operarlo..., pero... los médicos son pesimistas. No saben si logrará sobrevivir. —Leonardo cerró los ojos un segundo, procesando la información.

—¿Y Camille? —A duras penas se acordó de su nombre. En su memoria seguía recordándola como una niña pequeña aferrada a la mano de su abuelo.

—Está destrozada.

Leonardo siguió mirando por la ventana durante unos segundos, valorando la situación. Pero solo había una cosa que podía hacer, porque Ricardo le había hecho prometer que cuidaría de su nieta cuando él ya no estuviera. Con la mandíbula tensa, ordenó:

—No la pierdas de vista ni un segundo. Estaré allí lo antes posible.

Sin esperar respuesta, colgó y se masajeó la nuca. Al notar el silencio de la habitación, se giró y vio a Greco, Vini y Bruno observándolo con seriedad. La televisión estaba apagada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bruno.

—Han disparado a Ricardo. Está bastante grave.

—¿Dónde está? —preguntó Greco.

Fiel a su promesa, Leonardo no había compartido esa información con nadie. Ni siquiera con esos tres amigos a los que consideraba sus hermanos.

—En Florencia —dijo. Luego, gritó, mirando hacia el pasillo—: ¡Alonzo!

Marcó el número de su piloto y, cuando este respondió, le ordenó:

—Prepara el avión. Volamos a Florencia en cuanto esté listo.

Colgó justo cuando Alonzo entraba en el salón y se detenía frente a él, esperando instrucciones.

—Nos vamos a Italia —le dijo Leonardo.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí, jefe?

—No lo sé. Pero no creo que sea más de una semana.

No podía permitirse ausentarse más tiempo de la ciudad.

La noche de chicos había terminado de golpe, pero Greco, Vini y Bruno seguían allí, mirándolo en silencio. Leonardo se giró hacia ellos.

—Bruno, encárgate de todo hasta que vuelva. Y, sobre todo, unta bien a los soplones que tenemos entre los rusos. Si la *Bratva* planea volver a atacarnos, quiero saberlo antes de que den un solo paso.

—Hecho.

—Cuento con vosotros para ayudarlo —ordenó Leonardo, señalando con el dedo a Vini y a Greco, que respondieron con un murmullo afirmativo. —Voy a por mi maleta—añadió, dirigiéndose hacia su dormitorio. Tenía siempre una preparada en su armario, para situaciones como aquella.

—Mierda —murmuró Vini, cruzándose de brazos cuando Leonardo ya había desaparecido por el pasillo—. Esto no me gusta

nada.

—A mí tampoco —dijo Greco—. ¿Quién querría matar a un viejo *capo*, retirado hace tantos años?

—No lo sé, pero que Dios se apiade de quien lo haya hecho ... porque lo que es seguro es que Leonardo no lo hará —afirmó Bruno.



Camille odiaba los hospitales desde que era una niña y eso no había mejorado con los años; todo lo contrario. Pero no se marcharía de este ni aunque la sacaran a rastras.

Ya era de madrugada y seguía sentada en una de las sillas de la sala de espera que había junto a la UCI, con las manos sobre el regazo y la mirada perdida en el suelo de baldosas blancas. El cabello rubio le caía de forma desordenada sobre los hombros, enmarcando su rostro pálido. Sus ojos color miel estaban velados por el miedo y el cansancio.

Hacía más de veinticuatro horas que habían operado a su abuelo y el médico le había dicho que lo único que podían hacer ahora era esperar. Al menos Luigi estaba con ella, y eso evitaba que se sintiera completamente sola.

—Tienes que comer algo —le repitió él en voz baja.

—No puedo, Luigi. No puedo. —Él suspiró antes de abrazarla por los hombros.

—Tranquila. Tu abuelo es muy fuerte —murmuró.

Ambos sabían que eso era mentira. Ricardo había sido un hombre muy duro, pero hacía años que ya no lo era, aunque seguía luchando con todas sus fuerzas para salir de esta.

Pero ella asintió y trató de sonreír mientras se tragaba el nudo que tenía en la garganta.

El sonido de unos pasos acercándose por el pasillo hizo que Luigi se levantara y se dirigiera a la entrada de la sala. Camille reconoció enseguida al hombre que apareció en el umbral, aunque hacía años que no lo veía. Su tío Mattia.

Por su expresión estaba sufriendo... o, al menos, eso quería aparentar. No estaba segura.

—Camille... —dijo él con voz contenida mientras se acercaba, pero Luigi se interpuso entre ambos, deteniéndolo.

—¿Qué haces? Es mi sobrina —señaló, irritado.

—Y yo su guardaespaldas —replicó Luigi, sujetándolo con más fuerza cuando intentó sacudirse de su agarre.

Mattia miró a Camille.

—¿Vas a dejar que me trate así? —preguntó, ofendido.

Ella se levantó y se acercó a ellos.

—Luigi, suéltalo. Por favor —dijo, con voz cansada.

El guardaespaldas la miró durante un momento antes de asentir y dar un paso atrás. Mattia ni siquiera le dirigió una mirada. Se acercó a Camille y, antes de que pudiera reaccionar, la abrazó. Ella se quedó rígida; no recordaba otra ocasión en la que su tío la hubiera abrazado, pero no se apartó.

—He venido en cuanto me he enterado... —susurró él contra su cabello.

Luigi, a su lado, observaba la escena con la mandíbula apretada y los ojos oscuros entrecerrados, hasta que Mattia se apartó de ella.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —preguntó, con voz amable.

Luigi se irguió, rígido, y respondió antes de que Camille pudiera hacerlo:

—No.

La palabra quedó flotando en el aire como una sentencia. Camille miró a Luigi y lo que vio en su expresión fue suficiente para no llevarle la contraria.

Mattia le respondió con tono inocente:

—Vamos, Luigi, no hay necesidad de esto. Solo quiero hablar con ella un momento.

—Pues tendrás que decirle lo que sea delante de mí, porque no pienso dejarla sola —contestó él sin titubear, observándolo fijamente.

Mattia frunció los labios, pero no insistió. Volvió a mirar a Camille.

—¿Has podido ver a mi padre después de la operación?

—No. Los médicos dicen que todavía no puede recibir visitas. Tenemos que esperar.

—¿Has descansado algo? —preguntó, sorprendiéndola—. No te vendría mal irte a casa a ducharte y despejarte un poco.

—Mattia... ¿cómo es que estás aquí?

—¿Qué?

—Vives en Chicago —continuó ella, sin apartar la mirada de su rostro—. Sé que el abuelo te envía dinero todos los meses, con la condición de que te quedes allí. Así que... ¿por qué estás en Florencia? ¿Y cómo te has enterado tan pronto de que le habían disparado? Nosotros no te hemos llamado —aclaró con voz firme.

Él contestó con expresión inocente:

—Llegué ayer. Vine para darle una sorpresa a mi padre por su cumpleaños; pensaba aparecer mañana en su piso... Pero hace un rato, por la tele, me enteré de lo que había pasado.

Camille asintió lentamente, sin dejar de observarlo.

— Ahora van a tratar de despertarlo. Si quieres quedarte... —ofreció con voz neutra antes de volver a su silla.

Luigi permaneció de pie, esperando el siguiente movimiento de Mattia, pero él se sentó en la otra punta de la sala. Entonces, el guardaespaldas volvió a su asiento junto a Camille, mientras ella volvía a clavar la mirada en las baldosas.

Casi una hora después, la puerta de la UCI se abrió y apareció el cirujano que había operado a Ricardo. Todos se pusieron de pie, pero solo Camille se acercó a él.

—¿Cómo está? —susurró, casi sin voz, al ver la expresión del médico.

—Hemos tratado de despertarlo insistentemente, pero no reacciona. Me temo que ha entrado en coma.

Camille jadeó, sintiendo que el aire se le escapaba de los pulmones. Luigi la sostuvo por la cintura, temiendo que se desmayara. Ella tragó saliva, para poder preguntar:

—¿Pero puede despertar en algún momento?

—Sí, pero también es posible que no lo haga nunca —contestó el médico—. Cuando un paciente entra en ese estado por sí solo, nunca sabemos si despertará. Y en el caso de tu abuelo, su edad y las patologías previas al disparo lo complican todo. Aunque... —añadió, suavizando su voz—: nunca se sabe.

—Gracias, doctor —murmuró ella.

Él se marchó, y al salir se cruzó con un hombre alto, de complexión fuerte y músculos definidos, que entró en la sala sin decir una palabra.

Se detuvo a menos de un metro de Camille y la observó en silencio.

Llevaba un traje gris oscuro, hecho a medida, que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel; una camisa blanca, impecable, que le daba un aire elegante que contrastaba con la energía letal que irradiaba. Su cabello negro, peinado con precisión, completaba su imagen de control absoluto. Pero lo más impactante de todo eran sus ojos: negros, fríos y sin emoción.

—¿Cómo está Ricardo? —preguntó, con voz autoritaria.

En ese momento, ella supo quién era.

—Acaban de decirnos que ha entrado en coma —respondió Mattia, desde su asiento.

CUATRO



Leonardo le dedicó a Mattia una larga y amenazante mirada. Después, se volvió hacia Camille.

—¿Saben si se va a despertar?

—No —respondió ella, tratando de no llorar.

La observó un instante. Luego se irguió y giró la cabeza hacia Luigi.

—Ven conmigo —ordenó, con un tono que no admitía réplica.

Luigi lo siguió a través de la sala.

—Alonzo, cuida de la chica —dijo el *capo* al salir al pasillo, sin detenerse.

Pasaron junto a varias puertas hasta llegar a la de emergencias, que comunicaba con una escalera. Leonardo dejó que Luigi pasara primero con aparente amabilidad, pero, en cuanto la puerta se cerró tras ellos, toda la calma que lo envolvía desapareció. Se movió con la velocidad de un depredador, lo agarró por el cuello y lo estrelló contra la pared. El golpe retumbó en el hueco de la escalera, y el agarre en su garganta era tan fuerte que a Luigi le costaba respirar.

—¿Por qué permitiste que lo dispararan? —escupió, entre dientes. Su voz era un gruñido apenas humano.

Luigi jadeó, sin tratar de defenderse; sabía que oponer resistencia era inútil. Aunque hacía años que no lo veía, recordaba muy bien que, cuando Leonardo perdía el control, se transformaba en una bestia.

—Lo siento... Sé que fue culpa mía —susurró con dificultad—. Pero no creí que nadie quisiera matarlo después de tantos años.

El *capo* lo observó con furia contenida y apretó un poco más antes de soltarlo de golpe. Luigi se dobló sobre sí mismo, tosiendo, y llevándose una mano al cuello mientras recuperaba el aliento.

—Entonces, supongo que, como hombre de honor, asumirás tu responsabilidad... si Ricardo muere. —El guardaespaldas se quedó rígido y se irguió, mirándolo. Tras unos segundos, asintió con solemnidad. Leonardo respondió del mismo modo, bajando la cabeza con gravedad.

—Bien. Ya hablaremos de eso cuando llegue el momento. ¿Crees que la chica está en peligro?

—No debería, pero tampoco había ninguna razón para atacar a Ricardo y, sin embargo... —dejó la frase en el aire, pero su significado era evidente.

Leonardo lo observaba con una frialdad absoluta.

—¿Y Mattia? ¿Sabes qué hace aquí? —Luigi titubeó un segundo antes de responder.

—Ha aparecido de repente, sin que lo llamáramos. Ricardo no lo quería cerca; no se fiaba de él —confesó.

—Yo tampoco —sentenció Leonardo, estirándose los puños de la camisa para que aparecieran bajo la manga del traje. Cada movimiento suyo era una amenaza silenciosa. Finalmente, alzó la vista y dejó caer las siguientes palabras con una autoridad innegable —: A partir de ahora, la chica queda bajo mi protección. De momento seguirás cuidándola, mientras no te diga otra cosa.

—Se llama Camille —corrigió Luigi, tratando de aparentar tranquilidad.

Leonardo esbozó una leve sonrisa sin humor.

—¿Sientes algo por ella?

—No, para mí es como una hermana pequeña.

El *capo* le sostuvo la mirada unos segundos más, sin mostrarle si lo creía o no. Luego, simplemente giró sobre sus talones y volvió a abrir la puerta de la escalera. Regresaron en silencio, pero la tensión seguía rodeando a Leonardo, casi como si fuera un escudo protector. Luigi se preguntó si no sería así siempre.



Cuando volvió a la sala, Leonardo le hizo un gesto a Mattia para que lo siguiera al pasillo y, cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que no los oyeran, se volvió hacia él y le preguntó con tono cortante:

—¿Qué haces aquí?

Mattia alzó la barbilla con altanería. No le sorprendía la actitud de Leonardo: jamás se habían soportado.

—Hasta tú, que nunca has tenido una familia, deberías saberlo.

La expresión de Leonardo se endureció y su mirada adquirió un brillo letal.

—Como si alguna vez te hubiera importado lo que le pasara a la tuya —se burló, sonriendo falsamente. Pero, enseguida, la sonrisa desapareció de su rostro y le advirtió—: Solo te lo voy a decir una vez, Mattia: si quieres seguir viviendo, no vuelvas a hablarme así. Ya deberías saber que no consiento que nadie me falte al respeto. —Se inclinó ligeramente sobre él, porque le sacaba casi una cabeza de altura, y añadió en tono bajo y amenazante—: Te aseguro que nada me gustaría más que meterte una bala en ese cerebro tan débil y cobarde que tienes. No olvides que yo no soy tu padre.

Mattia no se movió, pero en el fondo de sus ojos apareció una chispa de duda. Al verla, los labios de Leonardo formaron una

sonrisa malvada, parecida a la de un tiburón antes de atacar.

—Jamás te confundiría con mi padre —replicó, por fin, manteniéndole la mirada.

—Bien, porque si me entero de que has tenido algo que ver con lo que le ha pasado a Ricardo, me encargaré personalmente de ti. Y te aseguro que no será agradable.

Mattia replicó, visiblemente ofendido:

—¿Cómo te atreves...?

El *capo* lo agarró por el cuello, como acababa de hacer con Luigi, pero esta vez apretó con más fuerza, aprovechando que no había nadie en el pasillo. Mattia trató de apartar su mano, pero no consiguió nada. Emitía jadeos ahogados, tratando de respirar con todas sus fuerzas. Leonardo le ordenó en voz baja:

—Y otra cosa: deja en paz a tu sobrina. No te acerques a ella. Mejor dicho, ni la mires.

Lo soltó de repente y Mattia jadeó sonoramente, tratando de llenar de oxígeno sus pulmones.

El *capo* volvió a la sala de espera y se sentó junto a Camille, que seguía con la mirada perdida en el suelo, inmóvil; al otro lado de la joven, Luigi permanecía en silencio, con gesto serio. Unos minutos más tarde Mattia regresó y se instaló en el extremo opuesto de la sala, alejándose lo más posible de ellos.

Solo se escuchaba el sonido amortiguado de la maquinaria médica de la UCI hasta que, unos minutos después, el teléfono de Leonardo vibró en su bolsillo. Lo sacó y respondió en voz baja:

—¿Sí?

Era Bruno. Llamaba para informarle de que los rusos habían matado a uno de los suyos. Leonardo contuvo la furia que le recorría las venas como si fuera lava y le indicó, en clave —como solían hacer—, cómo debía responder a la agresión. También le ordenó que visitara a la viuda del soldado, que le diera el pésame en su nombre y le asegurara que se harían cargo económicamente de ella y de su familia. La conversación fue breve y, justo cuando estaba despidiéndose, algo captó su atención: Camille seguía mirando hacia el suelo y una lágrima cayó entre sus pies, golpeando las baldosas blancas. Luego otra. Y otra. Su cuerpo temblaba levemente, como si

tuviera frío, a pesar de que era la que más ropa llevaba de todos los presentes.

Leonardo entrecerró los ojos. Colgó diciéndole a Bruno que lo llamara si había novedades y, sin pensarlo dos veces, extendió la mano y posó los dedos sobre el brazo de Camille. Ella se giró.

Sus ojos, estaban arrasados por las lágrimas. Y por la tristeza.

—Estás helada. Acércate a mí —ofreció en voz baja.

—No hace falta. Gracias —empezó a decir ella, apartándose con rigidez. Pero Leonardo no se lo permitió. La sujetó con decisión por el brazo y la atrajo hacia él, con una determinación que no admitía discusión. Su mirada, oscura e implacable, atrapó la de ella y, antes de que pudiera resistirse, ya estaba envuelta en su abrazo.

Al principio se quedó rígida con las manos apoyadas sobre su pecho, sin saber cómo reaccionar, pero la calidez del enorme cuerpo masculino empezó a calar en el suyo, y algo dentro de ella cedió. Poco a poco, su respiración se ralentizó y, finalmente, apoyó la cabeza en su hombro. Leonardo la sostuvo, sintiendo su fragilidad, sin comprender por qué, de repente, sentía un deseo tan intenso de protegerla. Era una sensación extraña e incómoda. Y, sin embargo, no la soltó hasta que dejó de temblar.

Cuando alzó la vista, se encontró con la mirada atónita de Alonzo, que seguía junto a la puerta. El guardaespaldas lo observaba con los ojos muy abiertos, como si acabara de presenciar algo inverosímil.



Era noche cerrada cuando Leonardo se levantó y, como si fuera lo más normal del mundo, le ordenó a Camille:

—Vamos a la cafetería. Tienes que comer algo.

Ella lo miró con desconfianza y, acto seguido, dirigió la vista a Luigi, convencida de que él le había dicho algo. Su amigo se encogió de hombros sin molestarse en negarlo. Exhausta, Camille suspiró y se volvió hacia Leonardo.

—No tengo hambre. Iré más tarde.

Pero él no era como otros hombres con los que había tratado hasta entonces. Sin molestarse en discutir, cogió su mano y tiró de ella para obligarla a levantarse.

—¡Oye! ¡Déjame en paz! ¡Vete tú solo! —protestó, mirando a Luigi, que también se había puesto en pie, pero no parecía tener ninguna intención de detener al *capo*.

Trató de sacudir su mano para soltarse, pero Leonardo se giró hacia ella con los ojos entrecerrados y masculló:

—Vas a bajar y a cenar algo, Camille. Tú verás si quieres hacerlo por tu propio pie o en mis brazos, porque yo no tengo ningún problema con ninguna de las dos opciones.

—Creo que te odio —respondió ella en voz baja, mirándolo con el ceño fruncido.

Luigi la miró sorprendido porque nunca le había oído decir algo así.

—No eres la primera —afirmó Leonardo, encogiéndose de hombros. Luego echó a andar hacia el pasillo, llevándola de la mano —. Vamos.

—Yo prefiero cenar en mi hotel. Aprovecharé para ducharme y cambiarme de ropa —informó Mattia, adelantándolos, sin dirigirse a nadie en particular.

Sus palabras provocaron que Leonardo se detuviera en seco. Miró a Alonzo y el guardaespaldas se marchó tras Mattia. Luego, el *capo* reanudó el paso, llevando a Camille de la mano, con Luigi detrás.

En la cafetería eligieron dos mesas apartadas. En una se sentaron Camille y Leonardo, y Luigi lo hizo en la de al lado.

—¿Qué quieres comer? —preguntó él, mirando la carta.

—Me da igual.

Leonardo la miró.

—¿Qué quieres comer? —repitió.

—Un sándwich —concedió, más para quitárselo de encima que porque tuviera apetito—. Luigi te ha dicho que no he comido nada, ¿verdad?

—Sí. Está preocupado por ti —contestó, observando sus ojos hinchados y su palidez—. Como lo estaría tu abuelo si te viera así.

Camille desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior.

Una camarera se acercó y Leonardo pidió tres sándwiches —dos para él y uno para ella—, además de cafés para ambos. Estaba terminando de pedir cuando apareció Alonzo. Se inclinó sobre su jefe y le dijo en voz baja que Mattia había salido del hospital y se había marchado en un taxi.

Camille hizo como si no lo hubiera escuchado.

—Siéntate con Luigi —le ordenó Leonardo a Alonzo—. Pedid algo para cenar.

—¿Cómo va tu trabajo en la galería? —preguntó a Camille cuando estuvieron solos, pillándola desprevenida.

—Muy bien... pero ¿cómo sabes en qué trabajo?

—¿Tu abuelo no te contó que él y yo hablábamos al menos una vez al mes?

—No. Sé que os conocéis y que él te tiene cariño, pero nunca me dijo que hablarais tan a menudo.

Él la observó con atención durante unos segundos antes de revelar:

—Ricardo estaba muy orgulloso de ti. También decía que trabajabas demasiado.

—Mi trabajo es muy importante para mí —admitió ella con una suave sonrisa que hizo que Leonardo se fijara en sus labios.

—¿Qué es lo que más te gusta de trabajar en una galería?

—Sobre todo, dar un espacio a artistas nuevos, ayudar a que sus obras sean vistas. Eso es lo más gratificante. Y, también, descubrir las historias que esconde cada pieza —murmuró sin mirarlo, jugando con el sándwich.

Leonardo no podía dejar de observarla. Había algo en ella que lo atraía con una fuerza que no entendía. Finalmente apartó la mirada y sacudió la cabeza, como si quisiera alejar un pensamiento incómodo.

—Come —ordenó con frialdad, terminándose el café—. No quiero tener que cargar contigo si te desmayas.

Camille apretó los labios, resistiéndose a la tentación de contestarle, y comenzó a comerse el sándwich.



Mientras tanto, Mattia, que había dado instrucciones al taxista para que lo llevara a su hotel, cambió de idea a los pocos minutos de trayecto.

—Lléveme de nuevo al hospital. He olvidado una cosa.

Tras cruzar la entrada, recorrió el pasillo en dirección a la sala donde, esa misma tarde, había visto a varios médicos entrar para cambiarse. Una vez allí, cogió la primera bata blanca que encontró, se la puso sin vacilar y, con rostro impasible, se dirigió a la UCI.

En uno de los boxes, un médico estaba revisando las pupilas de una paciente con una linterna, pero Mattia no se detuvo. Se dirigió a la habitación de su padre, entró sin hacer ruido y cerró la puerta tras de sí.

Había pensado en apagar las máquinas que lo mantenían con vida, pero sabía que eso haría saltar las alarmas y necesitaba matarlo de forma rápida y discreta. Sus ojos se posaron en la almohada que descansaba sobre una silla. La cogió con una frialdad sobrecogedora, mientras la mandíbula se le tensaba y una oleada de rencor le oprimía el pecho.

—¿Lo ves, padre? Tenías que haberme tratado mejor todos estos años —susurró con el rostro deformado por el odio, apretando la almohada contra su cara.

Respiraba agitadamente y las manos le temblaban... no por miedo, sino por la rabia acumulada durante toda una vida.

Por un instante, el torso de Ricardo se arqueó levemente como si, pese al coma, luchara instintivamente por respirar. Fue solo un reflejo, una sacudida involuntaria... y luego, la quietud más absoluta.

Antes de que los monitores comenzaran a emitir sus alarmas, dejó caer la almohada al suelo y se marchó sin mirar atrás. En el pasillo, se quitó la bata blanca y la arrojó dentro de una papelería. Luego salió del hospital y cogió un taxi.

Cuando Camille, Leonardo y los guardaespaldas regresaron a la sala de espera, una enfermera se acercó a ellos apresuradamente, como si hubiera estado buscándolos.

Con solo ver su expresión, Camille supo lo que iba a decir.

—Lo siento mucho —murmuró la enfermera amablemente—. Tu abuelo acaba de fallecer.

Camille sintió que su cabeza flotaba y sus piernas se doblaban como si fueran de goma, pero Leonardo la sujetó antes de que tocara el suelo. Luigi también extendió la mano para ayudarla, pero se detuvo en seco al ver la mirada gélida del *capo*, que la levantó en brazos sin esfuerzo y la llevó hasta una de las sillas de la sala de espera. La sentó con cuidado y se acucilló frente a ella. Con gesto pausado, le apartó un mechón de cabello del rostro y esa caricia hizo que lo mirara.

—No me puedo creer que no vaya a verlo nunca más —susurró con una tristeza tan profunda que, si hubiera tenido corazón, a Leonardo se le habría roto.

Y entonces, sin pensarlo, la abrazó.

Camille se aferró a él y comenzó a llorar con el rostro enterrado en su pecho.

Él la sostuvo con fuerza, sin decir una palabra.

CINCO



Camille caminaba junto a Leonardo con la mirada perdida. Se sentía como si su cerebro estuviera envuelto en una bruma espesa que le impedía pensar con claridad. Un momento antes había enviado un mensaje a Carlo para contarle que su abuelo había muerto. Él le había respondido de inmediato que iría al hospital, pero le había pedido que no lo hiciera; ver a alguien conocido solo la hundiría aún más.

Prefería estar junto a Leonardo, algo que, en otro momento de su vida, le habría parecido impensable... Él le transmitía una extraña calma, quizás por su frialdad... no lo sabía con certeza. Mientras caminaban, había posado la mano en la parte baja de su espalda, un gesto sutil que no sabía si era para guiarla o apoyarla, pero que no le molestaba.

Unos pasos detrás de ellos marchaban Alonzo y Luigi. Cuando llegaron a la habitación donde estaba el cuerpo de Ricardo, Leonardo se detuvo en el umbral y dejó pasar primero a Camille, que tragó saliva y se dirigió a la cama donde yacía su abuelo.

Él, sin embargo, se giró hacia Alonzo y Luigi.

—¿Alguna novedad?

—Sí, jefe —respondió Alonzo, muy serio—. Hablamos con las enfermeras, como dijiste. Una de ellas nos contó que al entrar en la habitación, después de la muerte de Ricardo, encontraron una almohada en el suelo, junto a la cama. Dice que normalmente está en la silla que hay junto a la ventana y que, Ricardo, en su estado, es imposible que la moviera.

Leonardo asintió y entró en la habitación, cerrando la puerta tras él para dar más intimidad a Camille.

Ricardo parecía dormido y ella acariciaba su rostro tiernamente, con la respiración entrecortada.

—Te quiero, abuelo... —susurró con la voz rota por el dolor.

Se inclinó para besarle la frente y secó con cuidado una lágrima suya que le había caído en el rostro. El gesto era tan íntimo y lleno de amor que Leonardo se quedó inmóvil, mirándola.

Había decidido darle el tiempo que necesitara, pero la despedida se alargaba tanto que parecía que no acabaría nunca. Se acercó en silencio y posó una mano firme sobre su hombro. No dijo nada, no hacía falta. Sintió cómo el cuerpo de ella temblaba levemente bajo su mano antes de que lo mirara.

—Tenemos que llevarlo a casa —susurró—, para enterrarlo con tus padres.

Camille parpadeó un par de veces porque aún no había pensado en eso, pero enseguida asintió, a la vez que se secaba las lágrimas con los dedos.

—Sí. Tendré que pedir el certificado de defunción ... —Su voz se quebró inesperadamente.

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré de todo —respondió él, mirándola intensamente. —Pero, antes de nada, voy a llevarte a casa. Necesitas descansar.

Ella volvió a mirar a su abuelo.

—Había reservado una habitación en un hotel para Alonzo y para mí, pero creo que será mejor que nos quedemos contigo —añadió Leonardo—. Al menos esta noche.

—Sí. Por supuesto —murmuró ella.

Con un último beso en la frente de su abuelo, dio media vuelta y salió de la habitación. Leonardo fue tras ella y, al llegar al pasillo, les

hizo un leve gesto a Alonzo y Luigi para que los siguieran.



Luigi estaba apostado en la ventana del salón, observando la calle por si detectaba algún movimiento sospechoso. Leonardo y Alonzo se habían marchado una hora antes a la embajada de Estados Unidos, para informarse de los trámites necesarios para el traslado del cuerpo de Ricardo a Chicago.

El apartamento estaba en completo silencio, salvo por el leve zumbido del tráfico. Aguzó el oído al escuchar el timbre del teléfono de Camille, que estaba en su habitación. No había hablado mucho con ella desde que llegaron del hospital, y en cierto modo, lo prefería. La conversación telefónica fue breve y Luigi no alcanzó a oír lo que Camille había dicho. Segundos después, entró en el salón con expresión tensa.

—Era del hospital —dijo, cruzándose de brazos—. Necesitan que vaya a firmar unos papeles para poder emitir el certificado de defunción.

—Leonardo se está encargando de eso.

—Sí, pero ha ido a la embajada, no al hospital. Y, además, él no es de la familia; la chica que me ha llamado ha insistido en que tengo que ir yo —aclaró. Su voz era más firme que en las últimas horas, pero seguía pareciendo agotada.

Luigi frunció el ceño, dudando.

—Pues llámale y díselo.

—No. Porque me va a decir que lo espere y no puedo seguir aquí encerrada. Cada rincón de esta casa me recuerda a mi abuelo. Por

favor, Luigi —añadió, bajando la voz—. Necesito salir un rato, aunque sea por unos minutos.

—Está bien —aceptó—. Pero abrígate. Hace frío.

Durante un momento, Camille pareció sorprendida porque hubiera aceptado, pero, enseguida, fue a buscar su abrigo mientras Luigi comprobaba, a través de la mirilla, que el rellano estaba despejado. Abrió la puerta y salió primero, como solía hacer cuando iba con Ricardo, para asegurarse de que todo estaba en orden. Pero no llegó a dar ni tres pasos cuando dos disparos silenciosos impactaron contra su pecho. Eran los dardos de una táser. Se tambaleó con los músculos dolorosamente sacudidos por la descarga eléctrica, y cayó al suelo con un golpe seco.

Camille, que ya estaba en la entrada con su abrigo en la mano, ahogó un grito al verlo desplomarse y se arrodilló a su lado. Apenas le había rozado el cuello para comprobar su pulso, cuando vio a Mattia salir de las sombras del rellano. Tenía la táser en la mano.

—Está K.O. —aseguró con una sonrisa malvada, dejando caer el dispositivo al suelo—. No se despertará en un buen rato.

—¿Qué... qué quieres? —balbuceó Camille, levantándose y retrocediendo.

Mattia avanzó hacia ella con aire tranquilo, como si disfrutara de la escena.

—Hola, sobrina.

Ella dio otro paso atrás, pero él fue más rápido y la sujetó del antebrazo con tanta fuerza que la hizo gritar de dolor.

—¡Bastardo! —exclamó, dándole una bofetada.

Su tío le devolvió un puñetazo brutal en la mejilla. Camille cayó de rodillas, aturdida, llevándose una mano a la cara y él la agarró por la muñeca y la arrastró al interior del piso.

—No tienes idea de cuánto tiempo he estado esperando para poder hacer esto —masculló.

Una vez dentro de la casa, la empujó con tanta violencia que Camille salió despedida y se golpeó la cabeza contra la pared. Estuvo unos segundos atontada mientras Mattia salía de nuevo al rellano y agarraba a Luigi —aún inconsciente— y lo arrastraba hacia el

interior. Después, cerró la puerta y, cuando la levantó de un tirón, parecía eufórico.

—¡Suéltame! ¡Estás loco! —gritó.

Tratando de zafarse, lo arañó, le dio un codazo en las costillas... pero él la zarandeó con tanta fuerza que la dejó sin aliento.

Con los labios pegados a su oído, susurró:

—Cuidado, sobrinita, mi padre ya no está aquí para protegerte...



Leonardo se dejó caer en el asiento del copiloto con gesto tenso y Alonzo ocupó el del conductor. La embajada les había confirmado que no podrían repatriar el cuerpo de Ricardo hasta que Camille, su familiar más directo, firmara los documentos del hospital y el Ayuntamiento.

—¿Por qué no nos lo han dicho antes? Nos han tenido ahí más de media hora, perdiendo el tiempo... —refunfuñó.

—Supongo que pensaban que ella ya lo había firmado todo —respondió Alonzo, poniendo el vehículo en marcha.

Leonardo sacó el móvil del bolsillo interior de su americana y marcó el número de Camille. El tono sonó varias veces, pero ella no respondió. Frunció el ceño y volvió a intentarlo, sin éxito. Entonces llamó a Luigi... y tampoco descolgó.

—Ninguno de los dos lo coge. Y le he dicho a Luigi que no la pierda de vista —dijo, sin dejar de mirar la pantalla. —Acelera— ordenó con voz grave—. Algo no va bien.

Alonzo obedeció y el coche voló por las adoquinadas calles de Florencia, mientras Leonardo seguía intentando comunicarse con Camille.



Aterrorizada, Camille se dejó arrastrar hasta el despacho de su abuelo, sin ofrecer resistencia. Una vez dentro, Mattia cerró la puerta con llave, la obligó a sentarse frente al escritorio y él lo hizo en la silla de su padre, como si le perteneciera. Sacó una pistola de la chaqueta y la dejó sobre la mesa con gesto amenazante. Ella no dijo nada, solo se mordió el labio inferior para evitar que le temblara. Sabía que cualquier palabra que dijera lo provocaría aún más.

—Tu guardaespaldas ha tenido suerte de que le haya disparado con la táser porque no quería hacer ruido —masculló Mattia—. Pero antes de irme, me despediré apropiadamente de él... haciéndole pagar por todas las veces que me impidió ver a mi padre.

Camille sabía que no serviría de nada explicarle que Luigi solo seguía órdenes de Ricardo.

A continuación, él comenzó a registrar frenéticamente los cajones del escritorio.

—¿Qué estás buscando? —susurró.

No respondió, pero su expresión se transformó cuando encontró unos documentos de aspecto oficial que dejó sobre la mesa. Ella contuvo la respiración al ver que era el testamento de su abuelo. Mattia comenzó a murmurar algo entre dientes mientras pasaba las hojas rápidamente, hasta que encontró lo que buscaba.

—¡Hijo de puta! —exclamó, furioso, tras leer la página. Agarró la pistola y la miró con una sonrisa amarga. —El cabrón de mi padre te

lo deja todo a ti. Pero no pensó que, si tú mueres... yo soy tu único heredero. Curioso, ¿no te parece?

Camille cerró los ojos, convencida de que ese sería su final. En ese instante, alguien intentó abrir la puerta.

La voz autoritaria de Leonardo retumbó en la habitación, igual que los tres golpes secos que dio sobre la madera:

—¡Camille! ¿Estás bien? ¡Abrid!

—¡Leonardo, ten cuidado! ¡Mattia tiene una pistola! —gritó ella, corriendo hacia la puerta.

Pero no llegó a alcanzarla. Se detuvo en seco al sentir un dolor punzante en el brazo.

Mattia le había disparado.

Tambaleándose, observó cómo empezaba a brotarle sangre de la herida a borbotones.

—¡Leonardo! ¡Si tratas de entrar... la mato! —vociferó su tío, desesperado, a su espalda.

—No tienes escapatoria, Mattia —respondió el *capo* desde el otro lado—. Abre ahora mismo.

Su tío corrió hacia la ventana que había detrás del escritorio, la abrió y asomó la cabeza.

Mientras se sujetaba el brazo, ella lo observaba, incrédula: estaban en un quinto piso.

—¡Camille, apártate de la puerta! —Le advirtió Leonardo.

Ella reaccionó al instante y se pegó a la pared.

Segundos después, sonó un disparo y la cerradura estalló en mil pedazos. La puerta se abrió de golpe y Leonardo entró, pistola en mano, con Alonzo detrás de él, también armado.

Mattia dejó caer la suya al suelo y miró a Camille.

—Perdóname... —suplicó—. Estoy desesperado. Tengo muchas deudas. Vine a Florencia a pedirle dinero a mi padre, pero me enteré de que lo habían disparado... y cuando he visto que tú lo heredabas todo, me he vuelto loco.

Camille lo miró, conmovida, hasta que se dio cuenta de que no iba a morir. Entonces su espalda comenzó a deslizarse por la pared. Pero Leonardo la atrapó antes de que cayera al suelo y la alzó con una delicadeza inusual en él.

—Ata a Mattia y vigílalo. Y dile a Luigi que llame al médico —ordenó a Alonzo.

Después, se volvió hacia Mattia.

—Más tarde me ocuparé de ti —afirmó, con una mirada que prometía venganza.

El terror que había en sus ojos le arrancó una sonrisa antes de que se diera la vuelta para llevarse a Camille, que temblaba en sus brazos. Y aunque él nunca había sentido compasión por nadie, en ese instante habría hecho cualquier cosa por aliviar su dolor.

La depositó con cuidado sobre su cama, pero antes de que pudiera alejarse, Camille se aferró a su camisa con los dedos manchados de sangre y susurró algo inaudible. Tuvo que agachar su rostro hasta que estuvo casi pegado al de ella, para poder oír lo que decía.

—¿Luigi está bien? —preguntó. Leonardo entrecerró los ojos. Le molestaba que, incluso en ese estado, se preocupara tanto por el guardaespaldas.

—Sí —respondió con frialdad—. Ya está recuperándose.

—Por favor... —continuó susurrando Camille— no mates a Mattia.

La miró, incrédulo.

—Camille...

—Por favor —repitió, tercamente—. Mi abuelo lo quería, a pesar de todo. No lo mates—insistió, haciendo una mueca por el dolor.

Leonardo apretó los dientes y se quedó mirándola unos segundos, pero finalmente asintió con gesto grave. Fue al baño, trajo unas toallas limpias y, doblando la más gruesa, la presionó con firmeza sobre la herida para contener la sangre.

—Es solo un roce —murmuró—. Pero el brazo siempre sangra mucho.

Como estaba muy callada, la miró y vio que se había desmayado. Limpió con el dedo la gota de sangre que le manchaba la barbilla y siguió presionando con la toalla sobre la herida.



El médico era un hombre joven y de aspecto serio, que llegó media hora después de que Luigi lo llamara. Su nombre era Giovanni Martelo y en cuanto Leonardo vio cómo examinaba a Camille, supo que era bueno en su trabajo. Lo primero que hizo fue preguntarle a ella qué había ocurrido.

—Ha sido un... accidente. Mi tío estaba limpiando su pistola y se le disparó —explicó ella.

Él no hizo ningún comentario, como si fuera lo más normal del mundo que alguien tuviera un arma cargada en casa.

—¿Y el golpe que tienes en la mejilla?

—Debí de hacérmelo al caer.

Estaba tan pálida que parecía a punto de desmayarse. Leonardo habló sin pensar:

—Dale algo para el dolor.

El médico asintió, sin inmutarse ante el tono autoritario, y siguió revisando la herida con una linterna. Luego la limpió con sumo cuidado.

—Hay que poner puntos —informó. Al ver el gesto de Camille, que odiaba las agujas, añadió:

—Solo dos. Tres como mucho.

Ella suspiró, apartando la mirada. El doctor trabajó con rapidez. Vendó la herida con habilidad y, finalmente, le administró un sedante que la ayudaría a descansar.

Leonardo no se movió de su sitio, a los pies de la cama, observando cada gesto del médico. Cuando Giovanni terminó, le dedicó a Camille una leve sonrisa y le deseó que se recuperara pronto. Luego se dirigió a la cómoda donde había dejado su maletín,

del que sacó un pequeño frasco de pastillas que le tendió a Leonardo.

—Son analgésicos. Puede tomar tres al día, pero solo si siente dolor.

Después sacó una libreta, escribió algo con letra rápida y arrancó la hoja.

—Y esto es una receta para un antibiótico. Tiene que tomar una cápsula diariamente durante una semana. Y que no mueva el brazo en unos días —explicó, entregándosela.

Leonardo asintió sin decir nada. En cuanto el médico salió al pasillo, donde lo esperaba Alonzo para acompañarlo a la puerta, le tendió la hoja.

—Ve a por esto a la farmacia.

Después, se sentó en la cama junto a Camille, que ya empezaba a notar el efecto del sedante. Sus labios se habían curvado levemente formando una sonrisa y su respiración se volvió más lenta. En cuestión de minutos, se durmió.

Solo entonces, Leonardo se puso de pie y salió de la habitación. Y con cada paso que daba, la paz que ella le había transmitido iba desapareciendo poco a poco. Su expresión cambió, endureciéndose. Sus ojos adquirieron un brillo salvaje, su mandíbula se tensó y sus puños se cerraron como si trataran de contener la furia que hervía bajo su piel.

Cuando llegó a la puerta del baño de servicio, Alonzo le abrió sin necesidad de que dijera una sola palabra.

Mattia estaba sentado sobre el inodoro, atado de pies y manos, con la boca tapada con un trozo de cinta americana que le impedía emitir el más mínimo sonido. En cuanto Leonardo entró, se la arrancó de un tirón.

—Leonardo, por favor... yo... lo siento, estaba... estaba desesperado... —comenzó a balbucear, aterrado.

Él no respondió. Se quitó los gemelos de brillantes y se los tendió a Alonzo para que los guardara. Luego comenzó a arremangarse la camisa con lentitud dejando al descubierto sus musculosos antebrazos, cubiertos por tatuajes oscuros, símbolos de un mundo

que dominaba por derecho propio. Una vez que se ajustó los puños a su gusto, descargó el primer puñetazo sin previo aviso.

El impacto retumbó en el reducido espacio del baño. Mattia gruñó de dolor, pero no tuvo tiempo de reaccionar antes de que el segundo golpe le reventara el labio. Leonardo siguió golpeándolo sin piedad. Lanzaba puñetazos a sus costillas, el estómago, la mandíbula... le daba igual dónde. El sonido de los impactos se mezclaba con los jadeos entrecortados de Mattia y el crujido seco de sus huesos.

Cuando por fin se detuvo, Mattia era un guiñapo tembloroso, empapado en sangre y sudor. Se agachó junto a él, con la mirada sombría, y le dijo en voz baja y letal:

—No te mato porque Camille me lo ha pedido. Pero escucha bien, pedazo de mierda... —lo agarró del pelo y le alzó la cabeza para que lo mirara a los ojos—: Si vuelves a acercarte a ella, date por muerto.

Mattia rompió a llorar. Negaba con la cabeza frenéticamente, asegurándole que no volverían a verlo jamás.

Leonardo lo soltó con brusquedad al notar que se había meado encima. Se apartó con una mueca de asco y volvió a acomodarse las mangas de la camisa con la misma calma de antes.

—Llévadlo a su hotel.

—¿Seguro, jefe? —preguntó Alonzo.

—Sí —contestó. Luego se giró de nuevo hacia Mattia—. Si vuelves a molestarla, me aseguraré de que te torturen durante semanas, antes de acabar contigo de la forma más dolorosa posible.

Mattia no se atrevía ni a parpadear cuando Leonardo se volvió hacia Alonzo y le ordenó con voz severa:

—Haz lo que te digo.

—Sí, jefe —respondió él de inmediato. Pero lo miró con atención cuando salió de la habitación porque jamás lo había visto contenerse así. Y menos por una promesa hecha a una mujer.

Luigi y Alonzo levantaron a Mattia entre los dos para llevarlo a su hotel, mientras él sollozaba, aliviado porque Leonardo no lo hubiera matado.



Acababa de amanecer cuando Leonardo entró en la cocina, ya duchado y vestido. Allí se encontró con Luigi, que tomaba una taza de café de pie, apoyado en la encimera.

—Buenos días —saludó.

—Buenas.

—¿Quieres? —preguntó Luigi, levantando la cafetera.

—Sí —respondió él, sentándose en una de las sillas.

—¿Solo?

—Sí. ¿Y Alonzo?

—En el salón, controlando la calle —explicó, dejando el café junto a Leonardo, que se lo bebió de un trago.

No había pegado ojo en toda la noche, pendiente del teléfono. Los de la *Bratva* parecían saber que no estaba en el país y no dejaban de atacar los negocios de la *Famiglia*. Estaba deseando volver para devolverles cada golpe multiplicado por mil.

—¿Y Camille?

—Todavía no la he visto —respondió Luigi.

Leonardo se levantó y cruzó el pasillo hasta la habitación de ella. Llamó a la puerta y esperó.

Camille abrió unos segundos después, envuelta en un vestido largo y sin mangas. Los ojos del *capo* brillaron al ver su pierna a través de una de las aberturas laterales.

Ella debió de notar algo raro en su expresión, porque dijo:

—Es el único vestido que tengo sin cremalleras. Ni siquiera he podido ponerme el... —se detuvo, mordiéndose el labio inferior, incómoda.

Leonardo dio un paso, acercándose a ella más de lo que debía, y un sutil aroma a coco lo envolvió por completo. Nunca le había gustado ese olor, pero en ella resultaba extrañamente tentador.

—¿Qué es lo que no has podido ponerte, Camille? —susurró, mirándola fijamente.

—El sujetador —murmuró ella, apartando la mirada.

—Yo te ayudaré.

—No hace falta —respondió, contemplándolo como si se hubiera vuelto loco. Soltando una maldición en italiano que lo hacía peligrosamente sexy, él se dirigió al vestidor que había en la habitación. Camille lo siguió, abochornada.

—¡No se te ocurra tocar mi ropa interior!

Leonardo se giró al escuchar su prohibición. Algo malvado y travieso brilló en sus ojos cuando se acercó a ella de nuevo e inclinó el rostro, tanto, que sus bocas casi se rozaron.

—¿Por qué? ¿Crees que voy a contaminar tus bragas si las toco?

Camille se pasó la lengua por el labio inferior. El aire a su alrededor se había vuelto tan sofocante que le costaba respirar.

Él atrapó su muñeca sana y la atrajo hacia sí. Ella jadeó, no por miedo, sino por el deseo que ardía en los ojos masculinos.

—Basta de juegos —murmuró Leonardo sobre sus labios. Camille parpadeó dos veces y él la besó.

Fue una embestida hambrienta, dura, sin rastro de dulzura. La atrapó contra la pared, envolviéndola con su cuerpo, exigiendo su rendición. Su lengua invadió la boca de Camille sin pedir permiso y la saboreó como si no existiera nada más en el mundo. Y ella, sorprendiéndose a sí misma, respondió con la misma hambre. Acarició su nuca, ardiendo por la necesidad de probar su sabor. Un sonido grave y masculino vibró en el pecho de Leonardo, encendido por su respuesta y su mano bajó por su cintura, hasta la cadera... y más allá.

Ella jadeó cuando sintió sus dedos deslizarse bajo la abertura del vestido y rozarle el muslo; después, la acarició suavemente por encima de las bragas, mientras su boca seguía devorándola.

Su otra mano subió por su cuerpo, memorizando cada curva, hasta alcanzar uno de sus pechos, cuyo pezón retorció con suavidad.

Camille gimió y ese sonido lo excitó aún más. La presionó con fuerza y ella soltó un gemido ahogado, esta vez debido al dolor.

Leonardo se detuvo en seco. La pasión voraz que había sentido hasta ese momento se desvaneció, dando paso a la preocupación.

—Mierda... ¿te he hecho daño? —susurró, mirándola a los ojos.

—Es que me he clavado el picaporte —contestó ella, quitándole importancia.

Sin darse cuenta, se habían movido hasta que ella había acabado apoyada en la puerta.

—No quería hacerte daño —murmuró con voz grave.

Después de todo el dolor que sus manos habían causado a lo largo de su vida, no sabía por qué le resultaba intolerable hacérselo a ella. Pero así era.

—Lo sé.

El problema no era que él la hubiera besado, sino que ella le había respondido con la misma pasión. Acababa de descubrir lo que se sentía cuando se deseaba a alguien de verdad. Y no sabía qué hacer con ese sentimiento.

Estaba destrozada por la muerte de su abuelo, pero, sobre todo, el hombre al que deseaba con todas sus fuerzas era un *capo*. El más poderoso de Chicago. Y ella se había prometido que nunca se involucraría en ese mundo.

No después de que la mafia se llevara lo que más amaba.

—Leonardo... esto no se puede repetir. No quiero tener nada que ver con la mafia —confesó, con el corazón en los ojos.

Se quedaron mirándose durante unos segundos que parecieron infinitos. Entonces, con una ternura que contradecía todo lo que sabía sobre él, Leonardo acarició la mejilla herida de Camille.

—Tengo que ir al Ayuntamiento a por los permisos para el traslado de Ricardo —le dijo.

Ella tragó saliva, deseando tener más experiencia con los hombres. Trató de sonreír, mientras el corazón le latía a toda velocidad.

—Los italianos tienen demasiada burocracia, es mejor que te acompañe. Como no eres de la familia, no van a darte el certificado de fallecimiento.

—Para eso sirve el dinero. Prefiero que no salgas a la calle, de momento. Puede ser peligroso —respondió con tono autoritario.

Antes de que ella pudiera replicar, alzó una mano y le rodeó la nuca para atraerla de nuevo hacia él. Camille sintió un escalofrío de placer, pero dio un paso atrás.

—Te he dicho que no podemos seguir —murmuró, con la boca seca.

Sin soltarla, él respondió con total desvergüenza:

—Nadie va a impedirme besarte cuando me dé la gana. —Se inclinó otra vez sobre ella, hasta que sus respiraciones se mezclaron, y susurró—: Porque tú tampoco quieres que me detenga.

Camille se tensó. Su reacción hizo que él sonriera, pero la soltó y se marchó.

Mientras se ponía la chaqueta en la entrada y ajustaba su arnés, habló con Luigi, que se había acercado y observaba cómo él y Alonzo se preparaban para salir.

—No te separes de ella ni un segundo —le ordenó con frialdad—. Si le ocurre algo, te mato.

—He aprendido la lección. No me apartaré de ella —respondió sin vacilar.

SEIS



Después de cuatro días de trámites interminables, Leonardo había conseguido los permisos necesarios para trasladar el cuerpo de Ricardo en un avión comercial. Camille sospechaba que, de haber tenido espacio, se lo habría llevado en su avión sin decir nada a nadie.

Todo estaba listo, el equipaje cargado y la pista asignada, pero aún no habían despegado porque estaban esperando a que apareciera Carlo, que había insistido en verla antes de que se marchara.

Desde que dispararon a su abuelo, no había dejado de llamarla, preocupado, suplicándole que lo dejara ir a visitarla. Pero Camille le había estado dando largas, porque no se sentía con fuerzas para ver a nadie; estaba reservando las pocas que le quedaban para el viaje y el entierro.

Por supuesto, al trabajar para Carlo, había tenido que pedirle unos días libres para poder ir a Chicago. Por eso sabía qué día se marchaba y, cuando le dijo que quería ir al aeropuerto a despedirse de ella, se sintió obligada a prometer que lo esperaría.

Llevaban diez minutos esperando y Leonardo acababa de decirle que tenían que marcharse, cuando Carlo apareció corriendo. Se

detuvo bruscamente al ver su rostro y preguntó, horrorizado:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—No es nada. Estaba medio dormida, tropecé y me di un golpe.

Había decidido que esa era la mejor versión que podía dar, ya que contar la verdad era imposible.

Él la abrazó, y ella se mordió la lengua para no decirle que no la apretara tanto. Si lo hacía, tendría que explicarle que también le habían disparado en el brazo. La mirada Carlo chocó bruscamente con la de Leonardo y deshizo el abrazo enseguida. Se quedó mirando al *capo*, que estaba a pocos pasos de ellos, observándolos con una expresión impenetrable.

—¿Quién es ese? —preguntó, suspicaz.

—El amigo de mi abuelo... ya te hablé de él. El avión es suyo y, además, es el que se ha encargado de todo —respondió Camille con tono calmado.

Carlo lo miró con desconfianza porque había esperado que la acompañase un vejestorio y no un hombre tan atractivo. Pero cuando ella le dio un beso en la mejilla y le aseguró que volvería después del entierro, se relajó un poco. Después, Camille se dirigió a las escaleras del avión y Leonardo la siguió de cerca, colocando una mano en la parte baja de su espalda para ayudarla a subir.

El interior del avión era increíblemente cómodo y lujoso. Los asientos de cuero y las luces suaves creaban una atmósfera relajante. Incluso había una habitación con una cama de matrimonio en la parte de la cola.

Camille se acercó a Luigi para sentarse a su lado, pero él le indicó con un gesto que debía hacerlo con Leonardo. Irritada, se sentó frente al *capo* y cruzó las piernas con elegancia antes de clavarle la mirada.

—¿También tengo que sentarme donde tú quieras?

Él la miró con la sombra de una sonrisa en los labios.

—Resulta que me gusta tenerte cerca.

Camille se abrochó el cinturón y el avión empezó a rodar por la pista.

—¿Es que todo el mundo hace siempre lo que tú quieres?

—Sí —contestó, divertido por su enfado.

Ella se movió y, sin querer, se rozó el brazo con el asiento. Jadeó y se llevó la mano a la herida, que había comenzado a latir. Aunque estaba mejor, la zona seguía muy sensible y, a pesar de que la llevaba cubierta con varias gasas, hasta el roce del jersey le molestaba.

—¿Te estás tomando las pastillas que te dejó el médico?

—Sí —susurró, controlándose para no poner los ojos en blanco.

—Déjame ver la herida.

Camille alargó el brazo, sorprendida por la suavidad de su voz.

Leonardo le levantó la manga del jersey hasta el hombro y quitó uno de los esparadrapos que sujetaban las gasas, para asegurarse de que los puntos estaban en buen estado. Los rozó con la yema del índice, tan cuidadosamente que ella apenas lo sintió.

—En dos o tres días habrá que quitarlos —murmuró.

Camille se sintió vulnerable, y esa sensación la incomodó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Quiero quedarme en casa de mi abuelo mientras estemos en Chicago —dijo, sin mirarlo.

Era la única manera que se le ocurría para poner distancia entre los dos.

Él colocó las gasas y la manga del jersey en su sitio.

—No, no es seguro. Te quedarás en la mía.

Camille entrecerró los ojos con expresión terca.

—Como mucho voy a estar dos días en la ciudad y nadie se va a enterar de que estoy allí.

Leonardo la miró como si estuviera lidiando con una niña testaruda.

En ese momento, se acercó Alonzo para entregarle un iPad, murmurándole algo que Camille no alcanzó a oír. Ella suspiró, se giró hacia la ventanilla y se quedó mirando las nubes. Poco a poco, sin darse cuenta, sus ojos se fueron cerrando y se quedó dormida.

Soñó que paseaba con su abuelo por la playa y que él le contaba algo que la hacía reír. Se despertó con una sonrisa... hasta que la realidad la golpeó, y tuvo que respirar hondo para evitar las lágrimas.

Alguien la había arropado con una manta, asegurándose de que le cubriera hasta la barbilla. Enseguida supo quién había sido y miró a Leonardo, que seguía enfrascado en el iPad. Se había quitado la chaqueta y llevaba la camisa arremangada, dejando ver sus antebrazos tatuados. Camille se sorprendió al darse cuenta de que algunos eran como los que tenía su abuelo. Impulsada por la curiosidad, se inclinó hacia él y los acarició suavemente con el dedo índice. Sus ojos brillaban recordando otro momento, muchos años atrás, cuando le preguntó a su abuelo por ellos.

—¿Todos tus hombres tienen los mismos tatuajes? —susurró.

Leonardo la miró con una mezcla de asombro y fascinación. Nadie se atrevía a tocarlo sin su permiso. Nunca. Y, sin embargo, Camille lo hacía con una naturalidad que lo desarmaba.

—Solo uno, este. Indica que pertenecemos a la *Famiglia* —respondió, señalando un corazón atravesado por un puñal. —El resto... son decisiones personales. —Ella asintió, absorta en los diseños.

Entonces el avión cambió de trayectoria y el comandante pidió que se abrocharan los cinturones. Comenzaban el descenso.



Caminaron hasta la salida, donde un todoterreno negro los esperaba. Alonzo se había quedado en el aeropuerto para recibir el avión que traía el féretro.

—Ella es Camille —dijo Leonardo, dirigiéndose al hombre corpulento que había junto al coche, con la mano sutilmente apoyada en la espalda de Camille—. Y Luigi, su guardaespaldas.

Luego la miró a ella y añadió:

—Él es Gio, mi chófer.

Gio los saludó con un leve gesto de cabeza y comenzó a cargar el equipaje en el maletero, con ayuda de Luigi.

Cuando terminaron, ambos se sentaron en los asientos delanteros del vehículo y Camille y Leonardo ocuparon la parte trasera.

—¿No has dormido nada durante el vuelo? —le preguntó ella, cuando el coche se puso en marcha.

—Tenía mucho trabajo atrasado.

Por primera vez, Camille se dio cuenta de lo ocupado que debía de estar habitualmente, y se sintió culpable por haberlo apartado de sus responsabilidades durante tanto tiempo.

—Te agradezco mucho todo lo que has hecho. Espero dejar de molestarte dentro de poco.

—No me molestas, Camille —respondió él con voz ronca, observándola con tal intensidad que ella tuvo que apartar la vista, fingiendo que le interesaba lo que se veía por su ventanilla. Se mordió el labio inferior, incómoda con la súbita presión que sentía en el pecho y el calor en el vientre. La desconcertaba que Leonardo consiguiera excitarla como ningún hombre lo había hecho antes.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

Camille siempre había pensado que su casa de Florencia era lujosa, hasta que vio el edificio donde vivía Leonardo. Cuando el coche se detuvo, esperando a que se abriera el portón del garaje, alzó la vista y se quedó impresionada por la imponente estructura de piedra caliza. Sus líneas rectas y sobrias y las ventanas enmarcadas en negro, lo hacían parecer un bastión de otro siglo, erguido en medio del moderno y bullicioso Chicago. No era ostentoso, pero a simple vista se notaba que era exclusivo. El tipo de lugar al que solo accedían los más poderosos.

El chófer aparcó el todoterreno junto a la pared que había al fondo del garaje. Leonardo bajó el primero y le hizo un gesto a ella para que lo siguiera hasta su ascensor privado. Apoyó la palma de la mano sobre el panel de seguridad, sonó un pitido, y las puertas se abrieron. Camille se dio cuenta de que no había botones con los números de los pisos, lo que significaba que aquel ascensor solo

tenía un destino: el ático donde vivía Leonardo. Intentó no quedarse boquiabierta, pero cuando las puertas se abrieron de nuevo —esta vez directamente a un salón—, sintió que se le cortaba la respiración.

Aprovechando que él había recibido una llamada, se acercó a los ventanales desde los que se divisaba toda la ciudad. Luego paseó despacio entre los muebles de líneas firmes, acariciando el cuero oscuro de los sofás y deteniéndose ante los dos cuadros antiguos que colgaban de una de las paredes. No había ostentación a la vista, ningún objeto pensado para impresionar. Todo hablaba de un gusto personal, sobrio y audaz a la vez. Y eso, a ella, le revelaba más de Leonardo que cualquier conversación.

Se detuvo ante un óleo de gran tamaño. Un rostro masculino de mirada penetrante emergía de un fondo oscuro. Había algo amenazador y fascinante a la vez en la pintura.

No se dio cuenta de que Leonardo ya había terminado la llamada hasta que lo sintió a su lado, observando el cuadro.

—¿Es... un Arrivabene? —le preguntó, asombrada.

Él asintió sin mirarla.

—En cuanto lo vi, tuve que comprarlo.

El segundo cuadro representaba a una mujer desnuda, aparentemente dormida, sobre un suelo de mármol. Su cuerpo era tan perfecto como una escultura griega y la escena transmitía una serenidad inquietante.

—Roberto Ferri... —murmuró Camille.

Leonardo la miró por encima del hombro.

—Ven. Quiero enseñarte algo —dijo.

Su tono era sereno, casi amable... esta vez sonaba más a una invitación que a una orden y lo siguió sin dudarlo.

La condujo a través del salón hasta unas puertas dobles que parecían dar a una terraza y que abrió para dejarla pasar. Al cruzar el umbral, Camille entró en otro mundo.

El aire fresco la envolvió. Se apartó el pelo de la cara y miró a su alrededor, boquiabierta.

Sobre una alfombra de césped natural se alzaban cuatro bancos de piedra de estilo clásico, dispuestos en círculo alrededor de una

fuentes central. La fuente, de piedra rosada, dejaba correr el agua con un murmullo sereno que parecía marcar el ritmo del lugar.

Alrededor del conjunto, parterres de flores de todos los colores estallaban en formas perfectas, delimitados con una precisión casi matemática. Por un momento, le pareció estar contemplando los jardines de un palacio.

—¿Pero cuánto mide esta terraza?

—Unos trescientos metros. Perteneció a un compositor muy conocido, que era dueño de todo el edificio, aunque solo ocupaba el ático y lo tenía bastante abandonado. Murió sin dejar herederos —respondió él, con las manos en los bolsillos—. Lo compré hace cinco años, pero las obras para reformarlo duraron casi dos años. Ahora, todos los pisos están ocupados por miembros de la *Famiglia*.

—¿Todo el edificio es vuestro? —Lo miraba boquiabierto.

—Sí. Necesitábamos un lugar seguro y este lo es. Y discreto —añadió.

—¿Eso es un templo? —preguntó ella, al divisar la estructura circular que estaba a unos cincuenta metros de ellos.

—Sí —sonrió él, siguiéndola hacia la pintoresca construcción—, por lo visto, al antiguo dueño le gustaba sentarse ahí a trabajar.

Dentro del templo había otro banco de piedra donde Camille se sentó con un suspiro. Desde allí no se divisaba la calle, pero sí el horizonte.

—Esto es maravilloso... —murmuró.

Era como si Chicago se hubiese desvanecido y estuviera en los jardines de una villa italiana suspendida en el aire.

Se levantó, se acercó a la balaustrada y apoyó las manos en la piedra fría, contemplando el inmenso lago que se extendía hasta confundirse con el cielo.

—¿Este es...?

—El lago Michigan.

Camille se quedó mirando el reflejo del sol en el agua, absorta. Leonardo la observaba a ella.

—Sabía que había un lago, pero no imaginaba que sería tan grande —confesó, sin apartar la vista.

Al no recibir respuesta, se giró lentamente... y se encontró a Leonardo observándola. Parecía disfrutar viéndola allí.

—Ven —dijo, alargando la mano hacia ella—. Aún queda algo más que quiero que veas.

Ella aceptó su mano y lo dejó guiarla. Atravesaron de nuevo el salón y la llevó por uno de los dos pasillos laterales hasta una puerta, que abrió para dejarla pasar. Era un dormitorio enorme. Pero lo que más sorprendió a Camille no fue su tamaño, sino cómo estaba decorado. Era... inesperadamente acogedor.

Las cortinas de lino color crema dejaban pasar la luz suavemente. Los muebles, lacados en rosa palo con toques de oro viejo, aportaban una dulzura refinada. Hasta la cama con dosel parecía invitar al descanso. Camille entró despacio y acarició la colcha con los dedos, admirando cada detalle.

Se giró hacia Leonardo, que la miraba desde el umbral con una expresión que no supo interpretar.

—¿Quién usa esta habitación? —preguntó, sintiendo una punzada de inquietud.

—Hasta ahora, nadie. Hice que la decoraran para ti.

El corazón de Camille dio un vuelco y apartó la vista, incapaz de sostenerle la mirada. Leonardo dio un paso hacia ella, pero el timbre de la puerta lo detuvo.

—Debe de ser Bruno. Quiero que lo conozcas.

Camille pestañeó, desconcertada, porque no se lo esperaba. Sabía que, como *capo di capi*, el círculo de confianza de Leonardo era muy reducido y su *underboss* era el más cercano a él. Intuía que aquella presentación significaba algo... y no quería preguntarse el qué.

—No, Leonardo. Prefiero mantenerme alejada. Ya te he dicho que voy a irme en dos días.

Él tomó su mano con suavidad, sin darle opción a réplica. Camille se dejó llevar, pero antes de llegar al salón, murmuró:

—Necesito salir a comprar algo de ropa para el entierro. No tengo nada completamente negro.

Leonardo se detuvo en seco y la miró.

—Hoy no puedo acompañarte. Tengo varias reuniones.

—¿Reuniones? —repitió ella, tratando de aligerar la tensión—. Siempre imaginé que los *capos* de la mafia se pasaban el día en un sótano mal iluminado, jugando a las cartas. Y fumando puros.

Él arqueó una ceja.

—Eso era antes. Ahora tenemos más reuniones que un político en campaña. Pero nuestro café es mejor.

Ella se rió, gratamente sorprendida por su sentido del humor.

—No te lo decía para que me acompañaras. Había pensado ir con Luigi...

—No me fío de que cuide bien de ti —replicó Leonardo con sequedad.

Camille lo miró, escandalizada.

—Dispararon a Ricardo bajo su vigilancia. Y luego permitió que Mattia te pusiera las manos encima. Si quieres salir de casa, Alonzo irá contigo. Luigi puede acompañaros, pero no saldrás a ningún lado sola con él.

Ella abrió la boca para protestar, pero su mirada le dijo que no cedería, de modo que suspiró y aceptó, a regañadientes.

—Está bien.

—¿Tienes dinero? —preguntó, tan serio que la hizo sonreír.

—Desde que era adolescente, mi abuelo ingresaba todos los meses en mi cuenta una cantidad escandalosa. Y como yo nunca he tenido ningún vicio, lo ahorraba casi todo... Puede que tenga más dinero que tú —bromeó.

Pero él no sonrió. Entrecerró los ojos y se acercó a ella, cogiéndola por la cintura.

—¿Sigues sin tener vicios, Camille? —preguntó con voz ronca.

La miraba de tal manera que a ella le ardieron las mejillas y se quedó muda. Intentó apartarse, pero él no la soltó; al contrario, la atrajo hacia sí, pegándola a su cuerpo, y la besó.

Al principio, Camille se quedó inmóvil, desconcertada. Pero luego se dejó llevar por sus deseos y le devolvió el beso. Sus dedos se deslizaron hasta su nuca y se hundieron en el cabello oscuro, aferrándose a él.

Siguieron besándose, cada vez con más urgencia, hasta que Leonardo se apartó de golpe, soltando una maldición al recordar que

Bruno lo estaba esperando.

—Luego seguiremos —prometió, en voz baja.

—De eso nada —dijo ella, aunque no sonaba muy convencida.

Sin molestarse en responder, Leonardo volvió a cogerla de la mano y la llevó hasta el salón, donde los esperaba Bruno. Cuando los vio entrar, su *underboss* se puso de pie y su mirada se detuvo un segundo más de la cuenta en ella, como si estuviera sorprendido de verla allí.

—Camille, este es Bruno Zanolli. Es el hombre en quien más confío —dijo Leonardo.

—Lamento mucho la pérdida de tu abuelo, Camille. Era un hombre admirable —respondió él, estrechando su mano.

Ella se lo quedó mirando unos segundos. La cicatriz que le cruzaba el rostro le daba un aire imponente, pero fue el respeto con el que había hablado de su abuelo lo que la impresionó. Tragó saliva antes de esbozar una tenue sonrisa.

—Gracias.

Bruno no pudo dejar de observar que la mirada de Leonardo se suavizaba al mirar a Camille y que parecía completamente pendiente de ella, aunque no dijera una sola palabra. Durante años lo había visto rodeado de mujeres espectaculares, con las que había tenido aventuras, pero que nunca le habían dejado huella. Y, sin embargo, esta muchacha, con la que solo había estado una semana, parecía haberlo cambiado.

—Voy a por un café —anunció Camille mirando a Leonardo que le había pedido que se sintiera como en su casa—. ¿Queréis uno?

El *capo* negó silenciosamente y Bruno sonrió cortésmente mientras respondía:

—Gracias, pero ya me he tomado dos.

Ella le devolvió la sonrisa y se marchó a la cocina. Leonardo se volvió hacia Bruno.

—Vamos a mi despacho.

—Claro —respondió. Mientras lo seguía, dijo —: Esta mañana te envié un informe con los daños que nos ha causado la *Bratva* durante tu ausencia.

Él asintió y encendió su iPad en cuanto se sentaron en su despacho.

Mientras Leonardo leía el informe, Bruno no dejaba de pensar en que miraba a Camille.

Y, recordando su compromiso con la hija de Tomasso Pellegrini, supo que se avecinaban problemas.

SIETE



Toda la *Famiglia* de Chicago y parte de la mafia neoyorquina — entre ellos Tomasso y Ginevra Pellegrini— se habían reunido aquel día en cementerio.

Los soldados se encargaban de la seguridad, montando guardia alrededor del perímetro que Bruno había delimitado, para impedir que la *Bratva* pudiera perturbar el entierro. Leonardo no pensaba darles la oportunidad de atacar de nuevo, y menos con Camille a su lado. Una reunión de ese tipo siempre era un riesgo, pero rendir el último respeto al anterior *capo di capi* era ineludible.

Había acudido tanta gente que casi no cabían en la pequeña explanada que había frente al mausoleo familiar. Cuando Camille y Leonardo, acompañados por Luigi y Alonzo, bajaron del coche, los estaban esperando Bruno, Greco y Vini. El *capo* aprovechó para presentarle a ella a su *consiglieri* y su *enforcer*, antes de apartarse a un lado con Bruno, que quería comentarle algo en privado.

Greco y Vini apenas tuvieron tiempo de darle el pésame a Camille antes de que Leonardo regresara para acompañarla hasta el lugar donde enterrarían a Ricardo.

Los asistentes se apartaron en silencio para dejarles pasar, lo que les permitió situarse en primera fila frente al mausoleo. A la derecha

de Leonardo se colocaron tres hombres de aspecto serio y autoritario —Camille más tarde se enteraría de que eran los otros *capos* de Chicago— y detrás de ella y Leonardo, estaban sus guardaespaldas, además de Bruno, Greco y Vini.

El día anterior había ido a comprarse ropa adecuada, acompañada por Luigi y Alonzo, y por eso vestía completamente de negro. Además, sus ojos estaban ocultos por unas gafas oscuras por debajo de las cuales, de vez en cuando, rodaban algunas lágrimas.

Cuando terminó la ceremonia, Leonardo se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Ahora vendrán todos a darte el pésame, pero no me separaré de tu lado.

Los primeros en acercarse fueron los tres hombres que habían estado toda la ceremonia a la derecha de Leonardo. Él mismo los presentó:

—Camille, ellos son Sandro Vitali, Luca Caruso y Emilio Conti.

El primero, un hombre corpulento de cabello gris y mirada astuta, le estrechó la mano con una sonrisa inesperadamente cálida.

—Tu abuelo era un buen hombre. Siento que ya no esté entre nosotros —dijo con voz cordial.

El siguiente, más joven y con el rostro serio, no intentó sonreír. Le apretó la mano con firmeza.

—Recibe mis condolencias, Camille —murmuró. Su tono era sobrio y formal, como el de alguien que está cumpliendo con su deber.

El último en saludarla fue Emilio Conti. Delgado, con unos ojos pequeños y brillantes, la miró de forma extraña mientras estrechaba su mano.

—Tu abuelo y yo no siempre estuvimos de acuerdo, pero lo respetaba —dijo.

Había algo en él que hizo que Camille se estremeciera. Mientras le agradecía sus palabras, se dio cuenta de que Leonardo se había acercado más a ella, como si quisiera protegerla de algo.

Continuó recibiendo las condolencias de los demás asistentes con una sonrisa mecánica, hasta que sintió que Leonardo se ponía rígido ante a la siguiente pareja.

—Camille, ellos son Ginevra Pellegrini y su padre, Tomasso —dijo.

La mujer, que poseía una belleza oscura e impactante, abrazó a Leonardo con familiaridad, prolongando el contacto más de lo necesario. Mientras lo hacía, lanzó a Camille una mirada fría y calculadora, muy distinta a la que le había dirigido al *capo*.

—Lamento mucho tu pérdida —afirmó, a continuación, con voz perfectamente modulada, aunque fría.

Su padre, tan distante como ella, también le ofreció su pésame y Camille percibió la misma falta de sinceridad en su tono. Cuando se alejaron, los siguió con la mirada, con la sensación de haber presenciado algo que no terminaba de comprender.

Más tarde, cuando iban en el coche de regreso al ático, no podía quitarse de la cabeza el encuentro.

—¿Ginevra es amiga tuya? —preguntó a Leonardo.

—No.

Parecía tranquilo, como si no tuviera nada que ocultar, pero había tardado un segundo más de la cuenta en contestar y Camille sintió que le mentía.

Entonces sonó su móvil. Leyó un mensaje que le hizo fruncir el ceño y lo contestó. Camille esperó en silencio, pero él no añadió nada más. Finalmente, ella se encogió de hombros y volvió la vista a la ventanilla. En unos días se marcharía, se dijo, y, además, lo que él hiciera con su vida no era asunto suyo.

Cuando llegaron al piso, Marie, el ama de llaves y cocinera de Leonardo, había preparado un *brunch* para los invitados.

Camille se alejó en dirección a los ventanales, incapaz de entablar una conversación con nadie. Fingió estar fascinada con las vistas de Chicago, mientras pensaba que se sentía más sola que nunca.

—Es una visión impresionante, ¿verdad? —dijo una voz gélida a su lado.

Camille giró la cabeza. Era Ginevra. Sus ojos negros la observaban con demasiada intensidad como para sentirse cómoda.

—Sí —respondió con voz cautelosa.

La morena dio un pequeño sorbo a su copa de vino, sin apartar la mirada de ella.

—Pero Florencia también es preciosa. Estarás deseando volver...
—sugirió con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Sí.

—¿Y cuándo lo harás?

—Aún no lo sé.

Ginevra ladeó ligeramente la cabeza, como si la estuviera estudiando.

—Será mejor que no tardes mucho —murmuró.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó con paso elegante.

Camille la observó marcharse mientras respiraba profundamente. Se preguntó si realmente acababa de amenazarla.

Mientras tanto, Leonardo estaba en su despacho con Tomasso Pellegrini, que le había pedido una reunión urgente en cuanto llegaron al ático.

—Quiero que el compromiso se formalice ya —dijo el *capo* de Nueva York.

—Tomasso, este no es el momento adecuado para hablar sobre eso —respondió Leonardo, con voz firme.

El neoyorquino entrecerró los ojos, y su tono se volvió más cortante.

—Prefiero que me digas lo que sea a la cara y no por teléfono, cuando vuelva a casa.

Leonardo también prefería hacerlo así. No era ningún cobarde.

—Entonces, te diré que no quiero seguir adelante con el compromiso —dijo con una calma glacial—. Por supuesto, estoy dispuesto a negociar una compensación por anular el preacuerdo.

Tomasso golpeó la mesa con tanta fuerza que el teléfono de Leonardo y su bolígrafo de oro dieron un pequeño salto antes de volver a caer.

—¡Eso no es más que un montón de mierda! —gruñó—. Más te vale que todo esto no tenga que ver con la nieta de Parisi, porque si es así...

Leonardo se levantó de golpe, irguiéndose en toda su estatura. Luego se inclinó sobre él, dejando que la furia se reflejara en sus ojos.

—No consiento que nadie me hable así y menos en mi casa. Piensa bien si de verdad quieres tenerme como enemigo, Tomasso.

El otro *capo* también se puso en pie.

—No voy a permitir que te rías de mi familia —advirtió, furioso.

Leonardo respondió con frialdad.

—No lo hago. Por eso te ofrezco una compensación por las molestias.

El ambiente de la habitación se tensó hasta volverse irrespirable, pero Tomasso no se atrevió a hacer nada más, consciente de dónde estaba. Le lanzó una mirada gélida a Leonardo y salió sin mirar atrás. Cuando volvió con su hija al salón, le murmuró algo al oído y se marcharon sin despedirse de nadie.

Leonardo cogió una copa de vino en cuanto salió del despacho. Bruno se le acercó con el ceño fruncido.

—¿Te has vuelto loco? No puedes tratar así a Tomasso Pellegrini —susurró, inquieto.

Había visto la expresión del *capo* neoyorquino y se imaginaba lo que había pasado. Pero Leonardo se encogió de hombros y bebió un sorbo de vino.

—Es un gilipollas —dijo, sin más.

Bruno negó con la cabeza, frustrado. Pero su jefe ya no le prestaba atención. Sus ojos estaban fijos en Camille, que permanecía sola junto al ventanal, observando la ciudad.

—Organiza una reunión con los tres *capos* y sus hombres de confianza para mañana a primera hora de la tarde. Y Bruno... que vengan todos —ordenó, sin apartar la vista de ella—. Quiero nuestras defensas listas. Si Pellegrini o la *Bratva* quieren guerra, la tendrán.

Sin esperar respuesta, caminó hacia Camille, dejando a Bruno boquiabierto.



Leonardo se había marchado a trabajar después de comer y Camille había pasado casi toda la tarde en el salón viendo la televisión. Luigi permanecía en el cuarto de vigilancia, una pequeña sala que había en la zona de servicio, desde donde se podían ver todas las cámaras de seguridad del edificio.

La relación entre los dos se había enfriado durante los últimos días, aunque ella no sabía por qué.

Cuando Leonardo regresó a las once de la noche, ella se había cambiado para estar más cómoda. Llevaba unos ligeros pantalones de yoga y una camiseta sin mangas, porque en el piso hacía mucho calor. Estaba sentada en el sofá, con los pies descalzos apoyados en la alfombra, aparentando ver la televisión. Pero en realidad no dejaba de pensar en lo que él le había dicho antes de marcharse: que no saliera de casa porque creía que estaba en peligro.

Le había dado muchas vueltas a esas palabras hasta decidir que no estaba de acuerdo con él. A pesar de lo que le había ocurrido a su abuelo, Camille creía que podía retomar su antigua vida en cualquier momento sin que le pasara nada. Y tenía intención de decírselo.

Pero cuando la puerta del ascensor se abrió y lo vio tan cansado, ese pensamiento se esfumó de su mente y lo saludó, acercándose a él.

—Buenas noches.

—Hola.

—¿La reunión fue bien?

Leonardo negó con la cabeza.

—No demasiado, pero no tengo ganas de hablar sobre eso. Estoy hambriento. ¿Hay algo de comer?

A Camille le hizo gracia que lo preguntara como si ella fuera la dueña de la casa, pero asintió y lo precedió hasta la cocina.

—Siéntate. Te calentaré un poco del guiso que dejó Marie. Está muy bueno.

Él obedeció y se sentó dejando el móvil sobre la mesa. Justo entonces, empezó a vibrar. Leonardo leyó el mensaje, lo contestó rápidamente y volvió a dejar el teléfono en su sitio, cuando Camille le ponía delante un plato con el guiso humeante.

Luego le trajo los cubiertos y un trozo de pan.

—¿Qué quieres beber?

—Agua.

Ella lo miró con una sonrisa. Por primera vez desde que había llegado, el rostro de Leonardo se relajó.

—¿Te divierte que beba agua?

—Es que casi no bebes alcohol. Estás destrozando la imagen que tenía de los mafiosos.

Su respuesta lo hizo sonreír, aunque no dijo nada mientras ella se sentaba a su lado y colocaba el vaso frente a su plato.

Camille esperó a que terminara de comer antes de hablar.

—He estado dándole vueltas y yo no creo que esté en peligro —dijo con calma—. Por eso voy a volver a Florencia. Mañana mismo reservaré el billete.

—No vas a marcharte hasta que yo sepa que es seguro —afirmó él, dejando el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—No puedes retenerme aquí si yo no quiero —murmuró ella, con los ojos muy abiertos.

—Hablaremos mañana. Ahora no tengo paciencia para esto —respondió Leonardo con voz tensa.

Se levantó, decidido a marcharse, sin haber probado la cena.

Camille sintió una punzada de culpa al verlo así, con los hombros tensos y el cansancio marcado en cada gesto. Pero enseguida recordó que, desde que se habían conocido, siempre se las había arreglado para que ella hiciera lo que él quería. Y ya estaba harta. Por eso se puso en pie y se interpuso en su camino.

—Llevo toda la tarde esperando para hablar contigo. Lo menos que puedes hacer es dedicarme unos minutos.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Es mejor que hablemos mañana. Te lo digo por tu bien.

Ella soltó una carcajada llena de ironía.

—Nunca es el momento adecuado para hablar de lo que a ti no te interesa.

A Leonardo se le acabó la paciencia.

—Camille, no te vas a ir hasta que yo lo diga. Y punto —ordenó con su voz más autoritaria.

Pero ella no se amilanó. Al contrario, entrecerró los ojos y lo retó con la mirada.

—¿Ah, no? ¿Y qué vas a hacer para evitarlo? ¿Ponerme una correa, como a una perra?

Exasperado, dio un paso hacia ella, pero Camille se mantuvo firme y alzó la barbilla, desafiante.

—No puedes retenerme —insistió, como si quisiera provocarlo—. Yo no soy una de esas mujeres a las que debes estar acostumbrado, que vienen corriendo cuando chasqueas los dedos.

Algo dentro de él se desbordó ante su desafío. Con un gruñido, le tomó el rostro entre las manos y la besó con fiereza.

Fue un beso hambriento, posesivo, como si quisiera castigarla por cada palabra, por cada gesto de rebeldía. Un beso que hablaba de noches sin descanso, de celos y de ganas contenidas demasiado tiempo. Que decía sin palabras todo lo que su orgullo no le había permitido admitir hasta ese momento.

Camille se quedó inmóvil al principio; pero, casi enseguida, su corazón empezó a latir como un tambor en su pecho y, con un gemido, se aferró a su camisa. Después, respondió con la misma intensidad, rindiéndose a la pasión que sentía por él casi desde el principio.

Leonardo la alzó en brazos sin esfuerzo y sin apartar sus labios de los de ella, caminó hacia su habitación con paso firme.

Y ella, abrazada a su cuello, devolviéndole cada beso como si fuera el último, supo que esa noche todo cambiaría.

OCHO



Cuando la tumbó en su cama y lo tuvo sobre ella, con su erección presionando su vientre, Camille apoyó ambas palmas contra su pecho. Intentó apartarlo, como si algo la hubiera frenado de golpe.

Leonardo tardó solo unos segundos en darse cuenta de que ella ya no lo besaba. Alzó el rostro y la miró, con los ojos nublados por el deseo.

—¿Qué pasa? —murmuró con voz ronca.

Ella tragó saliva y lo soltó antes de que la vergüenza la devorara:

—Soy virgen.

Casi se ahogó al decirlo y, más aún, al ver su expresión.

—Eso sí que no me lo esperaba —masculló Leonardo, apartándose y sentándose en el borde de la cama. Respiró hondo, tratando de calmarse—. Imagino que quieres que lo dejemos —añadió, sin mirarla.

—No... quiero seguir. A menos que tú no quieras, claro —confesó Camille, sintiendo que la cara le ardía.

Él la miró, sorprendido. Alargando una mano acarició su pierna, cubierta por los pantalones, hasta llegar a la rodilla que apretó con

suavidad. La caricia consiguió que se le pasara un poco la vergüenza.

—No besas como una virgen —dijo, inclinándose para buscar sus ojos.

—He besado a otros hombres... y he hecho otras cosas. Pero nunca he llegado hasta el final —confesó.

No quiso decirle que, hasta ese momento, no había sentido ningún deseo de hacerlo.

Leonardo se acercó tanto a ella que sus narices se rozaron.

—¿Te has besado con tu jefe? Ya me parecía a mí que ese era demasiado cariñoso contigo —gruñó, con un brillo peligroso en la mirada.

Ella no sabía por qué, pero su posesividad la excitó.

—No, con él no. Carlo no me atrae de esa manera.

Él la miró en silencio durante unos segundos, luego le tendió la mano.

—Vamos. Si eres virgen, necesitas relajarte... antes de que te haga mía.

La crudeza de sus palabras hizo que el calor se arremolinara en su vientre. Aceptó su mano sin dudarlo.

La llevó hasta su baño donde había una bañera redonda, incrustada en el suelo, a la que se accedía bajando tres escalones, como si fuera una piscina. La ducha ocupaba una pared entera y al fondo se veía una puerta cerrada que, probablemente, ocultaba el inodoro.

—Nos meteremos un rato en la bañera. Eso te ayudará —aseguró.

Camille observó cómo abría el grifo y el agua comenzaba a caer con un murmullo relajante. Cuando él se volvió y la vio tan tensa,ladeó la cabeza, sin dejar de observarla.

—Déjate la ropa interior si quieres —ofreció, tratando de que se sintiera más cómoda.

Ella asintió, con la garganta seca. Se quitó la camiseta y los pantalones, dejándolos con cuidado sobre una de las dos banquetas que había junto a la bañera.

Leonardo dejó su ropa en la otra, aunque conservó puestos los calzoncillos. Camille tragó saliva al notar la erección que abultaba la suave tela de su ropa interior. Apartó la mirada, nerviosa, y él se acercó a ella con paso lento y los ojos oscuros ardiendo. Cuando llegó a su lado, apoyó una mano en su cadera, y comenzó a acariciarla con el pulgar, lentamente.

—Eres todavía más jodidamente perfecta de lo que me imaginaba —susurró en su oído.

Sin previo aviso, la levantó en brazos como si no pesara nada, y ella se aferró a sus hombros musculosos, con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Él la sostuvo con firmeza mientras bajaba los escalones del jacuzzi y la sumergió lentamente en el agua caliente y burbujeante. Se sentó con ella sobre su regazo, rodeándola con los brazos.

Camille escondió el rostro en su cuello, nerviosa por lo que iba a ocurrir. Él le frotó la espalda con la mano, tranquilizándola, y murmuró:

—No quiero que me tengas miedo.

Ella levantó la cara para mirarlo.

—No te tengo miedo, pero aguanto mal el dolor —confesó con voz temblorosa.

—Trataré de que te duela lo menos posible. Por eso vamos a darnos un baño antes —respondió, besándole la sien con ternura.

—Prométeme que no me harás daño a propósito.

—¿Por qué iba a hacerte daño? —preguntó él, sorprendido. Luego, sus labios se curvaron en una sonrisa irónica—. ¿O crees que soy tan salvaje que no puedo acostarme con una mujer sin hierirla?

—Aunque he crecido fuera de la *Famiglia*, sé las cosas que hacéis. Tenéis que ser duros para sobrevivir —aseguró ella, tratando de explicarse.

Apenas las palabras salieron de su boca se sintió culpable porque, desde que lo había conocido, ese hombre tan fuerte solo le había mostrado ternura.

—No creo que contigo pudiera ser duro, aunque tuviera que hacerlo —confesó él acariciando un mechón de su pelo—. Quiero darte placer, hacer que te corras tantas veces que te olvides de los

otros hombres que te han besado. Pero también quiero abrazarte cuando acabemos. Y eso... eso nunca lo he sentido antes. En cierto modo, lo que vamos a hacer esta noche es tan nuevo para mí como para ti.

Antes de que ella pudiera procesar lo que acababa de decir, volvió a besarla. Camille se movió para poder abrazarlo hasta que sintió su erección rozar sus nalgas, mientras sus lenguas se entrelazaban.

Leonardo aprovechó ese cambio de postura para deslizar la mano por su cuerpo, hasta la parte interna de su muslo, y colarse bajo sus bragas.

Cuando sus dedos acariciaron su coño, Camille gimió y abrió más las piernas, incapaz de contenerse.

Con un movimiento experto, Leonardo le quitó el sujetador y gruñó al ver sus pechos, con los pezones endurecidos por la pasión. Atrapó uno de ellos con la boca, mordiéndolo suavemente. A la vez, comenzó a frotar el clítoris de Camille con el pulgar.

Ella cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

—No. Mírame —ordenó él con voz ronca.

Camille obedeció. Lo observó mientras lamía sus pechos y sus ojos hambrientos se clavaban en ella, como si quisieran grabarla en su memoria para siempre.

Leonardo aceleró las caricias en su clítoris y Camille comenzó a mover sus caderas, cada vez más deprisa, hasta que un estremecimiento recorrió su cuerpo.

Entonces, él la levantó con facilidad, sacándola del agua para colocarla sobre el borde del jacuzzi.

—¿Qué haces? —murmuró ella.

Sin responder, le quitó las bragas con un solo gesto, le abrió las piernas y metió la cabeza entre ellas. Su lengua recorrió todo su coño con un gemido gutural, lleno de placer, como si acabara de encontrar agua en medio del desierto.

—Joder, sí... —gruñó. A continuación succionó el clítoris con fuerza y Camille le sujetó la cabeza con las dos manos, jadeando con los ojos cerrados. —Mírame—ordenó de nuevo. Ella lo hizo, sonrojada por la vergüenza y el deseo.

Leonardo lamía su sexo sin pudor, mientras sus ojos negros, hambrientos, permanecían clavados en los suyos.

—Eres mía —afirmó con dureza. La lamió otra vez, pero más lentamente. —Dilo —exigió.

Camille apretó la mandíbula, resistiéndose. Entonces, él se detuvo y esperó.

—Soy tuya —susurró ella, después de unos segundos. Habría hecho cualquier cosa porque volviera a lamerla.

Los pulgares de Leonardo la abrieron más, dejando su botón erguido totalmente expuesto, palpitante. Pero la miraba a ella cuando abrió la boca y lo atrapó suavemente entre los dientes, para después calmarlo con la lengua.

Camille tiró de su cabello con tanta fuerza que debió de hacerle daño, aunque no protestó. Poco después, se corrió en su boca. Pero él no se detuvo.

Leonardo era implacable y estaba hambriento de ella.

Camille se dejó caer hacia atrás, agotada, con la vista fija en el techo del baño, mientras él seguía devorándola.

—¡Joder, qué bien sabes! —masculló contra su sexo, haciéndola estremecerse. Aunque su cuerpo todavía se estaba recuperando, el calor volvió a arder en su vientre.

Introdujo un dedo en su interior y empezó a moverlo con lentitud, entrando y saliendo de ella. Sin dejar de hacerlo, volvió a lamer el clítoris. Camille temblaba. Él aceleró los movimientos de su dedo y su boca, hasta que ella volvió a correrse, esta vez gritando, aferrada a su pelo, mientras el frío del mármol le quemaba la espalda.

Leonardo esperó hasta que dejó de temblar y, entonces, la tomó en brazos y la sacó del jacuzzi. La envolvió en una toalla grande y él se quitó los calzoncillos y se secó rápidamente, antes de llevarla de vuelta a la cama.

Se tumbó a su lado, de costado, y luego, la besó. Camille respondió al beso poniendo una mano sobre su mejilla y él volvió a introducir un dedo en su coño, esta vez más profundamente. Ella se movió, tratando de adaptarse a esa nueva sensación.

—Todavía estás muy apretada —murmuró.

Camille se mordió el labio decidida a no quejarse, aunque le doliera. No quería que se detuviera por nada del mundo. Siguió callada, concentrada en respirar despacio para relajarse.

Leonardo la besó otra vez. Sus ojos parecían más oscuros que nunca.

—¿Todavía te duele? —preguntó con voz ronca.

—No mucho —contestó, tratando de sonreír.

Él le lamió los labios y mordisqueó el inferior con suavidad.

—¿Quieres que sigamos?

Los ojos de Camille se abrieron como platos ante la posibilidad de que se detuviera y volvió a ponerle la mano en la mejilla, asegurándose de que la miraba.

—Sí. Siempre he sido muy estrecha y eso no va a cambiar por mucho tiempo que espere.

Leonardo gruñó y la besó apasionadamente. Camille se aferró a él, devolviéndole el beso sin pudor.

—Iremos despacio.

—Está bien —contestó, con voz ronca.

Él volvió a mover el dedo dentro de Camille, dibujando círculos sutiles en su carne para ensancharla con paciencia, lentamente, hasta que el movimiento empezó a resultarle placentero a ella.

—Eres tan suave... y estás tan apretada. No te imaginas lo jodidamente bien que te siento —murmuró, mientras su miembro se deslizaba por la parte exterior de su muslo.

Sus labios se buscaron de nuevo y las lenguas se entrelazaron, siguiendo el mismo ritmo enloquecedor con que él la penetraba con su dedo, cada vez más profundamente.

Cuando Camille empezó a mover las caderas, tratando de ir a su encuentro, Leonardo comenzó a frotarle el clítoris con el pulgar. Su cuerpo se tensó de placer y los movimientos de su pelvis se aceleraron. Pero, de pronto, él apartó las manos.

Camille protestó, jadeante.

—¡Oye!

Leonardo soltó una risa por lo bajo que retumbó en la habitación y se arrodilló frente a ella. Le separó las piernas con las manos y la miró, esperando su consentimiento.

Ella asintió y él empujó despacio la punta de su pene dentro de ella. Camille se tensó, esperando que le doliera... pero, en vez de eso, una inesperada calidez recorrió su cuerpo.

Como un bálsamo reparador.

Leonardo empezó a moverse, entrando y saliendo lentamente, profundizando en ella con cada embestida; como había hecho antes con su dedo. Cuando su boca atrapó uno de sus pezones, Camille gimió y abrió más las piernas, completamente entregada.

Aferrada a su nuca, sintió el orgasmo formarse de nuevo en su interior, pero más rápido y salvaje que los anteriores. Gritó al correrse, con los músculos estremeciéndose bajo la intensidad del placer, hasta que se derrumbó, laxa, sobre la cama.

Leonardo aceleró sus movimientos hasta que también se corrió, saliéndose de ella justo a tiempo para terminar sobre su vientre.

Ella lo observó, con las mejillas encendidas, todavía aturdida, pensando en lo extraño que era haber compartido su cuerpo tan íntimamente con un hombre al que solo conocía desde hacía una semana.

—Ni siquiera me ha dolido. Eres bueno en esto —murmuró.

Él sonrió mientras la besaba, esta vez con dulzura, como si acabara de marcarla como suya de un modo definitivo. Luego se levantó y ella se incorporó para mirar bajo su cuerpo. La sorprendió ver que solo unas gotas de sangre manchaban la sábana, mucho menos de lo que esperaba.

Volvió a tumbarse al oír los pasos de Leonardo, que regresaba del baño con una toalla humedecida en la mano. Lo vio acercarse, completamente desnudo, y sentarse en el borde de la cama. Cuando alargó la mano hacia ella, comprendió lo que pretendía hacer y se apartó instintivamente.

—Puedo hacerlo yo —dijo estirando la mano para tomar la toalla. Pero él no se lo permitió.

—Déjame.

Camille vio en sus ojos que eso era importante para él y accedió. No se movió, aunque le escoció un poco cuando le pasó la toalla con suavidad por la vulva. Después, lo vio limpiarse el pene, y solo entonces notó que estaba manchado con un poco de sangre.

Pensando que era lo que él querría, dijo:

—Creo que debería irme a mi cama.

Leonardo dejó la toalla sobre su mesilla, se tumbó a su lado y contestó:

—Ni se te ocurra.

—Tengo frío.

—Yo te calentaré —prometió, alargando el brazo para pegarla a su cuerpo.

—No puedo dormir bocarriba.

—Adelante —contestó él, divertido, levantando los brazos para que pudiera darse la vuelta.

Camille se giró, acomodándose de costado, y Leonardo se acurrucó a su espalda, envolviéndola con su calor. Rodeó su vientre con el brazo y le besó el cuello con suavidad.

—¿Mejor?

—Sí —murmuró, sintiéndose relajada, protegida y calentita... antes de quedarse dormida con una sonrisa.

NUEVE



La vida de Camille había cambiado de forma vertiginosa en las dos semanas que llevaba viviendo con Leonardo. Lo que más le sorprendía de todo era lo bien que se sentía a su lado. No sabía cuánto le duraría ese sentimiento, pero pensaba alargarlo todo lo posible.

Después de pensarlo detenidamente había decidido renunciar a su trabajo, al menos por ahora, y así se lo había dicho a Carlo. Dudó mucho antes de hacerlo, pero, para su sorpresa, en cuanto habló con él, se sintió liberada.

Él seguía llamándola insistentemente, pero ella ya se había cansado de escuchar sus advertencias.

Sabía bien que el mundo de Leonardo era oscuro y cruel, pero era la primera vez en su vida que se sentía tan feliz, y no iba a permitir que nadie le arruinara ese sentimiento.

Esa noche, por fin, él le enseñó *El Infierno*, su club.

Camille bajó del coche con su ayuda y se quedó inmóvil, observando la fachada. Alonzo y Luigi, que habían venido en otro automóvil, esperaban a unos pasos, vigilando.

En el pasado, el edificio había sido una fábrica de cerveza. Leonardo lo compró diez años atrás, cuando estaba medio en ruinas,

y lo reformó con la ambiciosa idea de transformarlo en el club más exclusivo de Chicago.

Gracias a una costosa restauración, se había recuperado su imponente fachada de ladrillo rojizo y los grandes ventanales de hierro, típicos de las fábricas de su época, lo que lo convirtió en un edificio único en la ciudad.

Todo eso lo había leído Camille en Google esa misma mañana, cuando Leonardo le dijo que la llevaría a conocerlo.

—¿Te gusta? —preguntó él con una sonrisa ladeada.

Ella sacudió la cabeza, impresionada.

—Creía que la galería donde trabajaba era bonita —murmuró—. Pero esto... esto es precioso, Leonardo.

Él se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos con suavidad, antes de caminar con ella hacia el interior.

Los dos porteros saludaron respetuosamente a su jefe y se apartaron para dejarlos pasar.

Al cruzar el portón, accedieron a un vestíbulo de techos altos, presidido por una enorme lámpara de araña de la que colgaban miles de pequeños cristales negros.

El mármol oscuro del suelo reflejaba la elegante iluminación procedente del techo y de los apliques colocados estratégicamente, creando un ambiente de lujo y misterio. Las paredes estaban forradas hasta media altura con paneles de ébano y la parte superior revestida de terciopelo rojo oscuro, que servía de fondo a una serie de fotografías artísticas en blanco y negro que narraban la historia de Chicago.

—¿Contrataste a un diseñador para el interior?

—Sí. Quería que todo quedara perfecto —contestó él, apoyando la mano suavemente en su espalda.

Antes de acceder a la pista de baile y las demás áreas del club, se encontraba la zona del guardarropa, delimitada por un largo mostrador de madera embellecido con detalles en oro viejo.

Un par de empleados vestidos con trajes oscuros recibieron sus abrigos. Pequeñas luces tenues iluminaban todo el espacio, creando un ambiente íntimo y exclusivo.

Más adelante, una puerta de grueso cristal ahumado dejaba escapar, amortiguada, la vibración de la música que sonaba al otro lado.

—¿Ahí está la pista de baile?

—Sí. ¿Pasamos?

—Claro —contestó, creyendo que estaba preparada para lo que iba a ver. Pero no era así.

Se quedó boquiabierta, mientras su mirada recorría la sala.

El suelo, formado por paneles de vidrio iluminados desde abajo, latía en rojo y negro al ritmo de la música, convirtiendo el espacio en un espectáculo hipnótico.

En cada una de las paredes, revestidas de terciopelo negro con detalles rojos —al revés que en la entrada—, había una enorme pantalla que proyectaba imágenes abstractas y juegos de luces sincronizados.

También había seis barras repartidas por toda la sala, aunque era difícil encontrarlas entre tanta gente.

—Es como si fuera un infierno de verdad... pero uno de lujo —le gritó Camille a Leonardo al oído, porque era la única forma de comunicarse con aquel estruendo.

—Eso era lo que quería —le respondió él, inclinándose hacia ella—. Ven, vamos a tomar algo.

Sus ojos tenían ese brillo travieso que tanto la atraía cuando cogió su mano y la guió entre los cuerpos que se agitaban al ritmo de la música, hasta una barra de mármol rojo con vetas doradas.

—¿Qué quieres beber?

—Algo que no sea muy fuerte o tendrás que llevarme en brazos a casa —contestó, haciendo una mueca.

Él pidió algo al camarero antes de volverse hacia ella.

—Eso me encantaría. Puede que lo haga aunque no te emborraches —susurró en su oído.

Camille no entendía cómo era posible que todavía se sonrojara con él, pero le seguía ocurriendo.

—Me encanta —confesó Leonardo, acariciándole la mejilla ruborizada con un dedo, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Alonzo se acercó para decirle algo al oído. Ella apartó la mirada para darles algo de privacidad y observó al camarero mientras preparaba su bebida con movimientos precisos y seguros. La sirvió en una copa roja, añadió dos guindas y se la acercó a su jefe con gesto respetuoso.

—Cada barra tiene una especialidad. Desde la que sirve los cócteles más clásicos hasta la que solo prepara las creaciones exclusivas del club —le explicó Leonardo, entregándole la bebida—. Me temo que tengo que ir al despacho porque ya han llegado los clientes con los que había quedado. Pero antes de marcharme, te dejaré en el reservado. Alonzo y Luigi se quedarán contigo.

La condujo hasta uno que estaba situado en lo alto de unas pequeñas escaleras, y delimitado por un murete curvo y gruesas cortinas de terciopelo rojo que garantizaban una intimidad absoluta. En su interior, un cómodo sofá de cuero y una mesa baja de ónix negro creaban un ambiente selecto y confortable. Desde allí, se disfrutaba de una vista privilegiada de toda la sala.

Leonardo dejó su cóctel sobre la mesa y le dio un beso rápido en los labios antes de marcharse. A Camille no le pasó desapercibido el gesto que les hizo a Luigi y a Alonzo para que no la perdieran de vista. Probó la bebida, temiendo lo peor, pero sonrió al descubrir que no tenía alcohol y que estaba realmente buena. Después, se dedicó a contemplar la sala, asombrada por lo que Leonardo había creado.

Cada día descubría algo nuevo de él, y eso le encantaba. Pero cuando él estaba trabajando —y trabajaba mucho—, ella se aburría en el ático.

Llevaba días dándole vueltas a la idea de buscar trabajo en una galería, y por fin había decidido que lo haría. Pero antes tendría que hablarlo con Leonardo.

Con un suspiro, cogió la copa y bebió otro trago, decidida a disfrutar.

Entonces vio a Ginevra, charlando con un pequeño grupo en un reservado frente al suyo, como si el lugar le perteneciera. Cuando sus miradas se cruzaron, la morena le dedicó una sonrisa falsa y alzó la copa en su dirección, en un gesto claramente burlón.

Camille se obligó a respirar hondo. Leonardo le había dicho que Tomasso Pellegrini era el *capo* de una importante *famiglia* de Nueva York y un aliado. Tratando de evitar problemas, se levantó y bajó las escaleras, donde Alonzo y Luigi esperaban.

—Tengo que ir al baño —dijo, sintiéndose como una niña que le pedía permiso a la profesora en el colegio para ir a hacer pis, pero Alonzo asintió como si fuera lo más normal del mundo.

—Sígueme, te llevaré al de los VIP.

Camille caminó detrás de él, sintiendo los pasos de Luigi a sus espaldas. Giró la cabeza y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa antes de que ella volviera a mirar al frente. Poco después, se detuvieron ante una puerta roja que su amigo abrió para ella.

—Estoy deseando ver si ahí dentro todo es rojo y negro —bromeó, ganándose otra sonrisa suya.

—Nos quedaremos en el pasillo —respondió Luigi.

Camille asintió, conteniendo un suspiro, porque no creía que ese despliegue de seguridad fuera necesario. Esperaba que, con el tiempo, Leonardo también se diera cuenta de ello.

Cuando la puerta del baño se cerró tras ella, sonrió al ver los tonos suaves de la decoración: paredes crema, detalles en madera oscura y mármol claro en el suelo. Pero, sobre todo, agradeció el silencio. Sin duda habían diseñado aquel espacio para que los clientes VIP pudieran relajarse un momento antes de volver a la pista.

Estaba lavándose las manos cuando la puerta se abrió y, a través del espejo, vio a Ginevra.

—Hola, Camille —saludó, enseñando los dientes.

—Hola —respondió ella, mientras se secaba las manos.

—En cuanto te vi, le dije a mi padre que eras una de esas mosquitas muertas que se dedican a robarles los hombres a otras mujeres —afirmó, sin perder la sonrisa—. Al menos espero que sepas que solo eres una puta más para él y que, en cuanto se canse de tu coño, se deshará de ti como ha hecho con las otras.

A Camille le llevó un momento procesar lo que acababa de oír, porque nadie le había hablado jamás con tanto desprecio. Pero no

pensaba darle a Ginevra la satisfacción de ver que sus palabras le habían hecho daño.

Por eso solo respondió con aparente indiferencia:

—Estás loca.

Decidida a salir de allí lo antes posible, se dirigió hacia la puerta, pero la morena se interpuso en su camino.

—¿Eso crees? —rió con amargura—. No sé si eres una ingenua o algo peor. ¿Me vas a decir que no sabes que Leonardo y yo estamos comprometidos? ¿Que mi padre y él lo acordaron hace meses?

Camille sacudió la cabeza, negándose a creerlo.

—Estás mintiendo —murmuró.

Pero, en cuanto lo dijo, recordó el día del entierro de su abuelo, cuando volvían en el coche al ático. Le había preguntado a Leonardo si Ginevra era amiga suya... él había dudado antes de contestar que no y Camille tuvo la sensación de que mentía.

Ginevra se rio, mirándola con desprecio.

—Disfruta mientras puedas, pero jamás se casará contigo. Él necesita unirse a alguien como yo. No olvides que soy la hija del capo más poderoso de Nueva York...

—O sea, que se va a casar contigo por interés —la interrumpió, aunque sentía que su mundo se tambaleaba.

La neoyorquina la fulminó con la mirada.

—Nuestra boda unirá a dos de las *familias* más grandes del país. ¿Crees que por calentarle la cama va a renunciar a eso?

Camille sonrió con frialdad. Si Ginevra quería jugar sucio, ella también podía golpear donde más dolía.

—Si lo vuestro solo es un acuerdo entre *familias*... ¿por qué te molesta tanto que esté conmigo? —Ladeó la cabeza, desafiante—. ¿O es que tú sí lo quieres, pero a Leonardo no le importas una mierda?

De repente, Ginevra le cruzó la cara con una bofetada. El golpe fue tan fuerte que el rostro de Camille se giró involuntariamente.

Pero ella no se quedó quieta y se la devolvió con todas sus fuerzas.

La morena gritó enfurecida, metió la mano en el bolso y sacó una pistola, apuntando al rostro de Camille.

—Ginevra, baja eso —ordenó con voz suave, a pesar del pánico que le oprimía el pecho.

La puerta del baño se abrió de golpe y Luigi y Alonzo irrumpieron como un vendaval. Sin vacilar, Alonzo le arrebató a Ginevra el arma de las manos y la sujetó por la muñeca con fuerza.

—¡Suéltame! ¿Te has vuelto loco? ¿No sabes quién es mi padre? —gritó, tratando de zafarse de su agarre, sin éxito.

—¿Estás bien? —preguntaba mientras, Luigi a Camille.

Ella asintió, llevándose la mano al pómulo, que le ardía. Solo entonces notó que estaba temblando.

—¿Qué coño está pasando aquí? —bramó Leonardo entrando en el baño.

Camille no podía ni mirarlo. La rabia y la decepción la consumían, y lo último que quería era hablar con él.

Leonardo se acercó, le levantó la barbilla con un dedo y vio la marca en su mejilla.

—¿Quién te ha hecho eso? —masculló, con la mandíbula tan tensa que parecía a punto de estallar.

Camille apartó la vista, sin responder, y Leonardo miró a Alonzo.

—Ha sido ella —respondió el guardaespaldas, señalando con la cabeza a Ginevra, a quien todavía tenía sujeta—. Desde fuera oímos la pelea.

—¡Suéltame, maldito! —gritaba la neoyorquina, revolviéndose como una fiera rabiosa y lanzándole patadas.

—¡Estate quieta! —gruñó Alonzo.

—¡Que me sueltes! —chilló ella, girándose hacia Leonardo con el rostro desencajado—. ¡Dile a *esa* que estamos comprometidos!

A Camille se le heló la sangre, pero ni siquiera entonces miró a Leonardo, mientras él respondía a Ginevra con tanta frialdad que la estremeció:

—No estamos comprometidos. Y no lo estaremos nunca.

Ginevra se quedó paralizada un instante, pero, enseguida, su rabia estalló con más fuerza.

—¿Me rechazas por *ella*? —escupió, señalando a Camille con un dedo—. ¿Crees que puedes hacerme eso a mí? ¡Mi padre te declarará la guerra! ¡Y todo por una don nadie!

Leonardo dio un paso al frente, inclinándose de forma amenazadora sobre ella.

—¡Cállate, Ginevra! —ordenó. Su voz era como un cuchillo afilado —. Alonzo, llévatela. Asegúrate de que regresa a Nueva York.

—¡No puedes tratarme así! —gritó ella, forcejeando mientras Alonzo la arrastraba hacia la salida, ante la mirada atónita de Camille —. ¡Te arrepentirás de esto, Leonardo! ¡Te lo juro!

Alonzo consiguió sacarla al pasillo, pero sus insultos y amenazas se siguieron escuchando en el baño hasta que su voz se perdió entre el bullicio del club.

Camille respiró profundamente.

Leonardo le tendió la mano.

—Vamos, te llevaré a casa.

—Quiero irme con Luigi —respondió, sin mirarlo.

—No. Has venido conmigo y volverás conmigo —sentenció él. Como ella no aceptaba su mano, la cogió y tiró de ella.

—¡Suéltame...! —protestó Camille.

—He dicho que vienes conmigo —cortó con dureza. Luego miró a Luigi—: Pídele a uno de los porteros un coche del club para que puedas seguirnos. Mientras, nosotros recogeremos los abrigos.

Y sin más, tiró de ella para sacarla de allí.

Minutos después, Camille miraba por la ventanilla del coche, sin ver nada, mientras en su mente no dejaba de repetirse lo estúpida que era.

Leonardo le lanzaba frecuentes miradas de reojo, intentando ser paciente —algo a lo que no estaba acostumbrado—, hasta que no aguantó más y detuvo el coche junto al arcén.

—Había decidido esperar a llegar a casa, pero creo que es mejor que hablemos ahora —dijo, enfadado. Como seguía sin mirarlo, ordenó en voz baja—: Camille, mírame.

—No quiero hablar.

Él encendió la luz interior y al ver la marca rojiza que había en su pómulos, algo oscuro y peligroso brotó en su interior. Se inclinó con un gruñido para verla mejor.

—¿Te duele? —preguntó.

—No —mintió Camille, mirándolo por fin.

Se odió a sí misma al notar que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Es cierto que estabais prometidos? —preguntó con la voz rota.

Sabía que muchos matrimonios en la mafia —sobre todo los de los capos— eran de conveniencia. Pero eso no lo hacía más fácil de aceptar. Si estaba prometido, tendría que habérselo dicho. Desde el principio. ¿O es que ella solo era un capricho para él, algo que duraría hasta que se cansara, tal y como había dicho Ginevra?

Leonardo la abrazó y no la soltó, aunque ella le pidió que lo hiciera.

—Ginevra nunca ha significado nada para mí —susurró contra su cabello—. Accedí al compromiso pensando en el negocio. Pero no llegamos a firmar el acuerdo y ya no voy a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque después de ti, no podría estar con ninguna otra —aseguró, apartándose para que viera la verdad en sus ojos—. Pero tampoco quiero llevar a mis hombres a la guerra solo porque ... —se detuvo bruscamente.

—¿Porque estés enojado conmigo? —terminó ella, dolida—. Eso es lo que ella ha dado a entender, ¿no? Que para ti no soy más que una puta.

—¡No digas eso! —rugió él, mirándola furioso.

—Suéltame —ordenó Camille, con voz helada.

Cuando lo hizo, ella volvió a mirar por la ventanilla, mordiéndose el labio inferior con fuerza, tratando de que ese dolor sofocara el que sentía en el pecho.

El resto del trayecto transcurrió en silencio.

Al llegar al ático, Camille fue directamente a su habitación. Entró en el vestidor, sacó la maleta y la abrió sobre la cama.

Leonardo entró detrás de ella.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Me voy a un hotel —respondió ella sin mirarlo—. Volveré a Florencia en el próximo vuelo.

Él se quedó inmóvil solo un instante. Luego agarró la maleta y la lanzó contra la pared con tanta violencia que rebotó y se estrelló contra el suelo. Sin decir nada, fue directo hacia Camille, la atrapó

entre sus brazos y la besó con una fiereza brutal, como si quisiera marcarla, hacerla suya de un modo que le impidiera abandonarlo jamás.

Ella trató de resistirse, apartando el rostro, pero él le sujetó la barbilla con firmeza para que no se moviera. Desesperada, le mordió el labio con tanta fuerza que lo hizo sangrar, pero eso no lo detuvo. Siguió besándola y ambos compartieron el sabor metálico de su sangre hasta que Camille se rindió y le devolvió el beso.

Hicieron el amor con una pasión desbordante, casi violenta. Se entregaron el uno al otro con una mezcla salvaje de deseo, rabia y ternura, hasta quedar exhaustos.

Después, él la abrazó y Camille se acurrucó sobre su pecho, un poco más tranquila, aunque dentro de ella seguía habiendo demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque sabía que te irías si lo hacía. Y haría cosas mucho peores que mentirte para que te quedes a mi lado —admitió.

—¿En qué más me has mentido? —susurró, mirándolo a los ojos.

—En nada. Pensé que casarme con Ginevra era lo mejor para la *Famiglia*. El acuerdo nos daría estabilidad y facilitaría nuestra expansión a Nueva York. Era una decisión estratégica... pero tú lo has cambiado todo —confesó, acariciando su mejilla sana—. No puedo casarme con otra mujer, cuando tú eres la única que quiero.

Ella parpadeó, tratando de contener las lágrimas.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó en voz baja.

—El padre de Ginevra no aceptará la ruptura sin más. Exigirá una compensación, pero no me importa. Haré lo que sea para no perderte.

Camille lo miró en silencio durante unos segundos eternos. Luego, lo besó, reconociendo en su interior la única verdad que no podía negar: que ella también lo quería.

Se había enamorado del *capo di capi* de Chicago.

DIEZ



Dos días después, Greco, Bruno y Vini acudieron al ático. Al abrirse las puertas del ascensor, él estaba esperándolos con el rostro serio. Tras saludarlos brevemente, los condujo directamente a su despacho.

Cada uno ocupó su asiento habitual, salvo Vini, que prefirió quedarse de pie, apoyado en la pared con los brazos cruzados. Era una postura frecuente en él y los demás estaban acostumbrados.

Bruno fue el primero en romper el silencio:

—Los dos soldados asesinados anoche en sus casas eran los porteros de la discoteca donde Ginevra atacó a Camille. Es imposible que sea una coincidencia.

Leonardo asintió con el ceño fruncido.

—Lo sé. Tiene que ser cosa de su padre.

Vini intervino con tono despreocupado:

—Si quieres, puedo ir a Nueva York para encargarme de él. Sería muy fácil.

Leonardo le lanzó una mirada de advertencia. Vini cerró la boca, pero le sonrió.

Bruno suspiró antes de continuar:

—Como me pediste, pregunté al chivato que tenemos en el entorno de Tomasso, y me confirmó que está rabioso. Cree que te has reído de él, aunque no quiere iniciar una guerra porque sabe que somos más fuertes que ellos. Pero lo importante es que ahora dice que está dispuesto a aceptar una compensación tuya, si es lo bastante jugosa... y siempre que viajes a Nueva York para reunirte con él.

—Ese está aún más loco que su hija —comentó Greco, incrédulo. Luego, al ver el rostro de Leonardo, le preguntó—: ¿No pensarás ir?

—No creo que tenga otra opción, si quiero evitar la guerra —respondió—. Además, en realidad, esto es culpa mía. Nunca debí aceptar ese compromiso.

Bruno afirmó con la cabeza, agradecido por su sinceridad.

—¿Qué quieres hacer?

—Hablaré con Salvatore, a ver si puede mediar entre los dos. Creo que tiene buena relación con Tomasso —contestó Leonardo, pensativo.

—Buena idea —dijo Bruno—. Pero, por si es una trampa, quiero acompañarte.

—No. Tú tienes que quedarte aquí. No podemos ausentarnos los dos al mismo tiempo.

—Entonces, ¿quién va a ir contigo? —preguntó Vini, impaciente por entrar en acción.

—Tú y Greco tampoco podéis venir —les dijo, observándolos fijamente—. Quiero que os quedéis, por si hay algún problema con la *Bratva*. Puede que Bruno tenga razón y que todo esto sea una trampa.

Volvió a mirar a su *underboss*.

—Necesito un hombre de confianza para que me acompañe, además de Alonzo. Y otro para que se quede aquí, cuidando de Camille.

—¿Gio sigue en el hospital? —preguntó Vini.

Lo habían herido durante el ataque de la *Bratva* a uno de los almacenes del puerto.

—Sí —suspiró Leonardo—. Todavía tardará unas semanas en volver al trabajo.

—¿Tu chica necesita dos guardaespaldas? —curioseó Vini, extrañado, ya que las mujeres de los capos solían tener solo uno.

Leonardo le lanzó una mirada asesina y él alzó las manos, divertido, en señal de rendición.

—¡Pero si no he dicho nada!

Greco bajó la cabeza para ocultar una sonrisa y Leonardo se dirigió de nuevo a Bruno:

—Asegúrate de que las familias de los hombres caídos reciben una compensación generosa y encárgate de pagar sus entierros, como siempre. No quiero que nadie piense que no cuidamos de los nuestros.

—Ok. —A continuación, añadió—: Bart podría ir contigo a Nueva York... ya te ha acompañado en un par de viajes y me dijiste que lo hizo bien. ¿Te parece bien?

—Sí.

Después de cerrar algunos detalles, la reunión llegó a su fin. Cuando Bruno y Greco salieron al pasillo, Vini se quedó rezagado. Se acercó a Leonardo y le soltó:

—Si cambias de opinión sobre lo de cargarme a Tomasso, solo tienes que mandarme un mensaje.

Luego, sin esperar su respuesta, salió del despacho con su habitual actitud relajada, como si la muerte del *capo* más importante de Nueva York fuera un simple encargo que no le importase cumplir.



El amanecer en Chicago teñía el cielo de naranja y proyectaba una luz tenue sobre la ciudad. Desde el ventanal de la habitación de Leonardo, la vista era imponente; los rascacielos reflejaban los

primeros destellos del sol y el lago Michigan se extendía al fondo, tranquilo y grandioso.

Leonardo y Camille seguían en la cama, abrazados en silencio, tranquilos. Él estaba bocarriba con un brazo rodeando su cintura y ella, tumbada de costado, lo miraba con la mejilla apoyada en su pecho. Ambos intentaban alargar el momento antes de separarse, porque esa mañana él volaba a Nueva York para la negociación con Tomasso Pellegrini.

—Leo, ¿cómo conociste a mi abuelo?

—¿Ricardo nunca te lo contó? —preguntó, sorprendido.

—No.

Él respiró hondo y desvió la mirada hacia el ventanal, como si fuera más fácil hablar de ello sin mirarla.

—Yo tenía diez años. Estaba merodeando por uno de los clubes de la *Famiglia* porque había oído que por allí se movía gente con mucho dinero. Intentaba robar una cartera.

Camille se incorporó ligeramente y lo miró, horrorizada.

—¿Con diez años? ¿Dónde estaban tus padres? —Él esbozó una sonrisa amarga.

—Nunca los conocí. Me crie en un orfanato, hasta que me escapé con siete años.

—¿Por qué te marchaste siendo tan pequeño? —susurró ella.

No le gustaba hablar de esa parte de su pasado, pero las palabras le salieron solas.

—Un chico mucho mayor que yo no me dejaba en paz. Me había escapado de él un par de veces, pero sabía que, si no me marchaba, una noche acabaría en su cama. Así que me largué.

Ella se quedó callada, buscando algo adecuado que decir. Como no lo encontró, tomó su mano entre las suyas y la apretó con fuerza, transmitiéndole su apoyo sin palabras.

—¿No había ningún adulto a quien pudieras contárselo? —preguntó después de un rato.

—Te aseguro que todos ellos sabían lo que nos ocurría a los más pequeños. A veces, hasta participaban.

—¡Por Dios! —murmuró ella, con el estómago revuelto.

Él levantó su mano y la besó. Camille parpadeó varias veces.

—Aquella noche —continuó—, conseguí robarle el bolso a una mujer, que resultó ser la amante de uno de los *capos*. Su guardaespaldas me vio y corrió detrás de mí. Me pilló, me quitó el bolso y me llevó al sótano del club. Allí me dio una paliza.

—Lo siento mucho —susurró ella, con los ojos brillantes.

—Ricardo me encontró cuando ya estaba inconsciente. Ordenó al guardaespaldas que dejara de pegarme e hizo que me curaran. Habló con uno de sus hombres de confianza, que tenía un hijo de mi edad, para que me acogiera en su casa. El chico era Bruno. En cuanto me recuperé, nos hicimos inseparables.

—¿El padre de Bruno también está en la *Famiglia*?

—Estaba. Sus padres murieron hace unos años. Viví con ellos durante un tiempo, pero estaba acostumbrado a sobrevivir solo y, aunque el padre de Bruno era un buen hombre, tenía sus reglas, y por entonces yo era un cabrón muy rebelde —reconoció—. Así que le pedí a Ricardo que me diera algún trabajo para empezar a ganar dinero, y él lo hizo. También me dejó vivir en uno de sus almacenes.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Tres años. Después, tu abuelo me consiguió un apartamento para mí solo; por entonces tendría trece o catorce años —murmuró, pensativo—. Lo cierto es que nunca he sido capaz de compartir techo con nadie.

Le tocó la barbilla y esperó a que la mirara antes de preguntar:

—¿Y conmigo?

—Tú eres diferente —afirmó con una sonrisa. La besó suavemente en los labios.

Cuando se apartó, Camille se mordió el labio inferior, un poco molesta.

—No entiendo por qué mi abuelo no te llevó a vivir con su familia. ¡Eras solo un niño, tendría que haberte ayudado más! —Leonardo le acarició la mejilla.

—Él sabía que no habría funcionado. Ya te he dicho que por entonces yo era un salvaje.

Camille lo abrazó con fuerza, empezando a entender su forma de ser. Se prometió que, mientras dependiera de ella, nunca volvería a sentirse solo.

El sonido del despertador anunció que ya era la hora. Leonardo extendió la mano y lo apagó.

—¿Te duchas conmigo? —susurró contra su boca.

—Sí.

Entraron juntos en la ducha y, en cuanto el agua caliente comenzó a caer sobre ellos, Leonardo la abrazó con una delicadeza que la desarmó.

Camille se agarró a sus hombros con los ojos cerrados, temblando ligeramente mientras las manos de él recorrían su cuerpo como si quisiera memorizar cada curva. La tocaba con tanta ternura que se le encogió el corazón. Después, acarició sus pechos y sus pezones se endurecieron entre sus dedos, mientras su polla, erguida y húmeda, rozaba su piel. Camille la rodeó con la mano y lo masturbó, como él le había enseñado. Pero Leonardo le apartó la mano con suavidad y le dijo:

—Quiero follarte. Ábrete.

Sus crudas palabras la hicieron enrojecer y excitarse a la vez. Separó los muslos y él la penetró con dos dedos. Camille jadeó y apoyó la cabeza en su pecho. Leonardo movió los dedos dentro de ella, llevándola al borde del orgasmo. Entonces la levantó, apoyando su espalda en la pared de mármol, y sujetándola con fuerza.

—Rodéame con las piernas —ordenó con voz áspera.

Camille obedeció y gimió con fuerza al sentirlo entrar por completo en ella. Leonardo se quedó quieto y la observó a través de las pestañas, mojadas por el agua de la ducha.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó, aunque la postura le resultaba cada vez más molesta.

Leonardo lo notó. Sin dejar de moverse dentro de ella, rodeó su cuello con el brazo libre y la atrajo hacia sí, para que se apoyara en él y no en la pared.

Camille se dejó caer contra su hombro con un suspiro entrecortado, justo cuando él empujó más hondo. Siguió así, una y otra vez, hasta que ella gritó, perdida en el placer.

Leonardo se quedó inmóvil, dejándola disfrutar del orgasmo. Pero los espasmos de su cuerpo lo obligaron a moverse de nuevo,

cada vez más deprisa, hasta alcanzar el clímax.

Al correrse, dejó caer la cabeza en el hombro de Camille, completamente satisfecho. Ella lo abrazó por la nuca, acariciándole el pelo.

Poco después, él la liberó, dejándola deslizarse lentamente por su cuerpo hasta que sus pies tocaron el plato de la ducha.

Entonces ahuecó una mano alrededor de su cabeza mojada y la besó con ternura.

—No quiero que te vayas —susurró ella sin pensarlo, aferrándose a él.

Leonardo apoyó la frente sobre la suya, con la respiración entrecortada.

—Volveré antes de que te des cuenta —prometió. La abrazó un momento más bajo el agua caliente—. No salgas de casa sin Tom. Es de fiar y cuidará bien de ti —ordenó.

Tom era el guardaespaldas que le había asignado para que la protegiera mientras él estaba en Nueva York. No quería dejarla solo al cuidado de Luigi.

—Está bien —contestó.

Se enjabonaron en silencio, conscientes de lo mucho que había cambiado todo desde la noche anterior. Al salir de la ducha, se secaron, se vistieron, y recorrieron el pasillo cogidos de la mano.

Al llegar frente al ascensor Luigi, Tom y Alonzo apartaron la mirada con discreción.

Leonardo deslizó una mano por su mejilla y la besó por última vez. Luego puso la mano en el sensor para que se abrieran las puertas.

—Vuelve pronto —susurró Camille.

Él la miró fijamente hasta que las puertas se cerraron. Iba acompañado solo por Alonzo porque Bart los esperaba en el garaje.

A pesar de que Luigi y Tom estaban a su lado, Camille se sintió abrumadoramente sola.

ONCE



Nueva York estaba en plena hora punta cuando el coche se internó en el infernal tráfico de la ciudad. Leonardo le había pedido a Bruno que le consiguiera el Mercedes-Maybach GLS 600 blindado que había usado en otras visitas, y, como siempre, su *underboss* había cumplido, pese al poco margen de tiempo con el que había contado.

Al aterrizar en el aeropuerto de La Guardia el vehículo lo estaba esperando, junto a un empleado de la empresa de alquiler que le hizo firmar un documento antes de entregarle las llaves. Acostumbrado al coche, que era idéntico al que usaba en casa, Leonardo decidió conducir él mismo. Puso una emisora de música en la radio y salió del aeropuerto rápidamente.

Condujo concentrado, esquivando los taxis amarillos que serpenteaban entre los carriles y a los peatones que cruzaban con prisa, a veces ignorando las señales. Pese al caos reinante, el coche se deslizaba por el pavimento con una elegancia imperturbable, como si el bullicio de la ciudad no lograra afectarlo.

Poco más de media hora después de aterrizar, Leonardo dejaba el coche en doble fila frente al edificio donde vivía Salvatore. El

antiguo *consigliere* de Ricardo se había instalado en Nueva York después de retirarse para estar cerca de su familia.

La fachada era de piedra gris, con líneas rectas y sobrias, y tenía un aire clásico, característico de la parte más antigua de la ciudad. Lo único llamativo en el edificio era la enorme puerta de hierro, negra y dorada, que señalaba la entrada.

Como habían acordado, Bart se colocó al volante mientras Leonardo y Alonzo se dirigían al portal. El portero, un hombre mayor con uniforme rojo, gorra de plato y guantes blancos, les abrió la puerta con una leve inclinación de cabeza. Era evidente que Salvatore le había avisado. Subieron en ascensor hasta el octavo piso, donde estaba el apartamento del antiguo *consigliere* y allí, su asistente los recibió con una sonrisa cortés y los condujo al interior.

La espaciosa vivienda, decorada con muebles antiguos y alfombras oscuras, irradiaba el encanto de otra época. En el salón, junto a una ventana, los esperaba Salvatore, sentado en un sillón de cuero marrón. Se levantó con dificultad al verlos.

—Leonardo —dijo con voz grave, extendiendo una mano—. Bienvenido a mi casa.

Él le estrechó la mano con respeto, sorprendido por lo mucho que había envejecido desde la última vez que se habían visto.

—Gracias por ayudarme con esto, Salvatore.

El anciano le hizo un gesto para que se sentara. Luego lanzó una mirada discreta a Alonzo, que se quedó de pie en el otro extremo de la sala, para darles algo de intimidad.

—Ya sabes que siempre haré lo que pueda por la *Famiglia*, aunque solo sea por Ricardo.

—Todos lo echamos de menos.

—Era un hombre fuerte y justo. Y tú te pareces a él más de lo que crees —aseguró con una sonrisa melancólica.

—Lo intento, Salvatore. Pero las cosas han cambiado mucho. Chicago ya no es lo que era.

El anciano suspiró y apoyó una mano en el bastón colocado junto al brazo de su butaca.

—No pude ir al entierro; mi médico no me deja volar. Dice que mi corazón no lo aguantaría —confesó con amargura—. Pero recé por

él. Se merecía una despedida digna.

—La tuvo —aseguró Leonardo con voz firme—. Y su legado sigue vivo.

El rostro de Salvatore se relajó un poco, como si sus palabras le devolvieran algo de paz.

—¿Y su nieta? Se llama Camille, ¿no?

Leonardo sostuvo su mirada con naturalidad. Sabía que Salvatore siempre estaba bien informado y que no hablaba por hablar.

—Está bien. Adaptándose a su nueva vida.

—¿Contigo? —preguntó el anciano, sonriendo amablemente.

Leonardo no le devolvió el gesto. Camille era demasiado importante.

—Sí —confirmó, con total seriedad.

El anciano asintió, mostrando que su respuesta no lo sorprendía. Pero antes de que pudiera decir nada más, un timbre estridente sonó por toda la casa.

—Ese debe de ser Tomasso —dijo.

Ambos escucharon a la asistenta contestar al telefonillo desde la cocina. Después de colgar, se acercó y anunció, mirando a Salvatore:

—Es Tomasso Pellegrini. Ya sube.

El anciano se levantó apoyándose en el bastón, mientras la asistenta se dirigía a abrir la puerta. Luego, posó una mano en el brazo de Leonardo y le hizo un gesto para que se inclinara hacia él. Cuando lo hizo, le susurró al oído, en un tono tan bajo que ni siquiera Alonzo —que ya se había acercado— logró oírlo:

—Quédate un rato cuando él se vaya. Tengo que contarte algo importante.

Tomasso Pellegrini entró en el apartamento con paso seguro, sin intentar disimular la rabia que sentía. Su guardaespaldas lo seguía de cerca, con la mirada alerta. Detectó enseguida la presencia de Alonzo, que se mantenía detrás de Leonardo. Ambos esperaban en segundo plano, dejando que Salvatore iniciara la conversación.

Tomasso saludó al dueño de la casa y se sentó a su derecha, mientras que Leonardo lo hizo a su izquierda, quedando así frente a frente.

Apenas tomó asiento, el recién llegado explotó.

—¿Quién demonios te has creído que eres para tratar así a mi hija? —gruñó, con voz venenosa.

No alzó el tono, pero Leonardo reconoció la amenaza latente en sus palabras. Iba a responder, pero Salvatore levantó una mano, pidiendo calma.

—Tranquilicémonos, caballeros. Estamos aquí para dialogar, no para pelear.

Pero Tomasso estaba demasiado encendido para escuchar a nadie.

—¡La has deshonrado! ¡Ahora ningún hombre honorable la querrá en su casa!

Leonardo, que se había mantenido impassible hasta el momento, soltó una carcajada breve y seca, sin pizca de humor.

—¿Que la he deshonrado? —repitió con una sonrisa cínica—. Ni siquiera la he tocado. Si a tu hija no la respetan, quizá deberías preguntarte cómo se comporta a tus espaldas, en lugar de venir a exigirme explicaciones a mí.

Tomasso entrecerró los ojos, brillantes de furia, y se inclinó hacia adelante, reduciendo la distancia entre ambos.

—¿Te ríes de mí, en mi cara...? —su voz bajó hasta convertirse en un susurro áspero—. Eres un hijo de puta, DeSantis. Y en cuanto a esa zorra que te calienta la cama...

En un parpadeo, Leonardo tenía el cañón de su pistola apoyado sobre su frente. Con una sonrisa amenazante, quitó el seguro del arma y Tomasso tragó saliva visiblemente.

—Si vuelves a decir su nombre, te arranco la lengua —prometió.

El *capo* neoyorquino permaneció inmóvil. Para cuando su guardaespaldas sacó el arma, Alonzo ya tenía la suya apoyada en su nuca.

—Baja esa mierda —advirtió con voz tranquila, pero letal.

Tomasso ordenó con voz ronca:

—Guarda el arma, Nico.

—Acabas de salvar tu vida, Pellegrini —murmuró Leonardo—. Ahora empezaremos a negociar... Pero si vuelves a nombrarla, morirás.

Mantuvo la pistola sobre su frente, esperando a que el otro *capo* le diera alguna señal de que lo había entendido. En ese momento, la asistente entró en el salón con una bandeja con café para todos; pero, al ver la escena, soltó un grito y dejó caer todo al suelo antes de volver corriendo a la cocina.

Tomasso asintió lentamente. Solo entonces Leonardo se guardó la pistola en la funda del hombro.

El neoyorquino, pálido, se levantó de la silla esforzándose para no mostrar su miedo. Se alisó la chaqueta un par de veces antes de decir:

—Quiero cincuenta millones de dólares. Hoy. O habrá guerra.

Leonardo le devolvió la mirada con frialdad, pero no contestó. Tomasso saludó con una inclinación de cabeza a Salvatore, indicó a su guardaespaldas que lo siguiera y ambos se marcharon.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Salvatore se reclinó en su sillón con un suspiro de alivio. Con manos temblorosas, se sirvió un poco de whisky de la licorera que tenía al lado. Levantó la botella en un gesto de invitación, pero Leonardo negó con la cabeza. Prefería mantener la mente fría. Quería volver a Chicago cuanto antes, pero lo que el anciano tenía que decir debía de ser importante.

Cuando por fin habló, sus palabras lo dejaron atónito.

—Leonardo... ¿Has oído hablar de unas subastas donde se ofrecen mujeres vinculadas con la mafia?

—No —respondió, extrañado.

Salvatore dejó el vaso vacío en la mesa y lo miró con gravedad.

—Es algo relativamente nuevo, pero me dicen que la red ya opera por todo el país. Secuestran a mujeres jóvenes —tienen que ser familia de los *capos* más importantes— y las subastan al mejor postor. Los millonarios enfermos que las compran, las convierten en sus esclavas. Las encierran y abusan de ellas durante años... si es que sobreviven, claro.

—¿Tu fuente es de fiar? —preguntó Leonardo en voz baja.

Salvatore asintió con solemnidad.

—Sí. Lo conozco desde hace más de cincuenta años. Y me ha asegurado que, en la próxima subasta, una de las muchachas será la nieta de Ricardo.

El corazón de Leonardo se aceleró y su mente empezó a trabajar a toda velocidad.

—¿Sabes quién va a entregarla?

—No. Pero puedo intentar averiguarlo.

—Si consigues ese nombre, puedes pedirme lo que quieras.

—Tengo más dinero del que puedo necesitar. No, lo haré por Ricardo. Fue un buen amigo.

Leonardo asintió y se levantó, con el rostro mucho más tenso que cuando había llegado.

—Me parece que no piensas volver a reunirse con Tomasso.

—No. Le daré lo que quiere.

Salvatore lo observó como si lo entendiera. Leonardo se inclinó sobre él y le apretó el hombro con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos, fríos como el acero.

—No te levantes. Llámame si consigues ese nombre. Y gracias, Salvatore. —El anciano asintió de nuevo.

Esta vez, Leonardo se sentó en la parte trasera del coche. Se pasó una mano por el rostro, intentando calmarse y, mientras volvían al aeropuerto, llamó a Camille.

—¿Estás en casa? —preguntó en cuanto oyó su voz.

—Sí.

—Escucha, ya estamos volviendo al aeropuerto. Estaré en Chicago en unas tres horas. Mientras tanto, no quiero que salgas de casa. Prométemelo.

Camille tardó un par de segundos en contestar:

—Claro... te lo prometo.

—Bien —suspiró él—. Nos vemos en un rato.

Cuando colgó, marcó el número de Bruno.

—Pellegrini quiere cincuenta millones. Llama a su hombre de confianza y ciérralo con él. Quiero que reciba el dinero hoy mismo.

Bruno resopló al otro lado de la línea.

—Leo, eso es una locura. Si le apretamos, seguro que baja a la mitad...

—Haz lo que te digo —le cortó, seco.

—Por supuesto, jefe —contestó Bruno sin dudar.

—Otra cosa... ¿Tu amigo sigue fabricando esos collares que tienen un GPS escondido?

—Sí. Además, ahora les ha añadido un botón del pánico. Yo mismo lo he probado y es acojonante. Pulsas dos veces y el collar envía un mensaje con tu ubicación al móvil que quieras.

—Quiero uno.

—El del botón del pánico todavía está en fase de prueba. Solo ha fabricado cuatro.

—Consígueme uno.

—Creo que podría convencerlo para que te lo venda, pero no será barato.

—No me importa el precio. Consíguelo. Y lo quiero hoy mismo.

—Joder... —exclamó Bruno, pero, a continuación, suspiró y respondió—: Claro, jefe.

Leonardo se despidió y colgó. Mientras miraba por la ventanilla se preguntó si debía contarle a Camille lo que acababa de descubrir. Tardó solo unos segundos en decidir que sí.

Si conocía la verdad, tendría más cuidado. Y él podría protegerla mejor.



Camille apagó la televisión y se levantó con un suspiro. Luigi y Tom estaban en la habitación de seguridad, pero ella necesitaba hablar con alguien o terminaría volviéndose loca.

Se dirigió a la cocina y encontró a Marie cortando una cebolla con precisión milimétrica. La luz del sol entraba por las ventanas y el

aroma del guiso que se cocía en los fogones flotaba en el aire, haciendo que la estancia resultara cálida y acogedora.

—¿Necesitas algo? —preguntó Marie sin apartar la vista de su tarea.

—No. ¿Te importa si me siento aquí un rato?

Rodeó la isla central de la cocina y se acomodó en una de las sillas donde solía comer con Leonardo. La cocinera le dedicó una rápida mirada antes de contestar:

—Claro que no.

Camille apoyó los codos sobre la mesa y la observó en silencio. Ahora ya se había acostumbrado a su aspecto, pero recordaba perfectamente la impresión que le causó al conocerla. Y es que ni el cabello tan corto y teñido de rubio platino ni los coloridos tatuajes que le cubrían los brazos, cuadraban con la imagen tradicional de un ama de llaves ni de una cocinera.

—¿Puedo preguntarte qué edad tienes? Es que pareces muy joven para tener tanta experiencia —dijo, admirando su destreza con el cuchillo.

Marie sonrió, sin dejar de cortar.

—Veintiocho. Pero empecé muy joven en esto.

—¿Leonardo ha traído a alguna mujer aquí antes que a mí? —preguntó Camille, de pronto. Marie se detuvo en seco y la miró con una mezcla de sorpresa y diversión. —Ya sé que no debería preguntar... —añadió, encogiéndose de hombros.

La otra mujer pareció debatirse entre responder o no. Finalmente, dejó el cuchillo sobre la tabla y le sostuvo la mirada.

—No. Eres la primera. Imagino que ha habido mujeres en su vida, pero aquí nunca había traído a ninguna. —Luego, añadió con tono serio—: Sé quién es Leonardo. Pero conmigo siempre ha sido honesto y amable, y eso es raro hoy en día.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Lo sé. Perdona por haberte preguntado. Supongo que me siento un poco insegura.

Marie la observó con detenimiento antes de añadir:

—Si me permites que te lo diga, no deberías sentirte así, porque nunca he visto a un hombre mirar a una mujer como él te mira a ti.

Camille sintió un leve escalofrío recorrerle la espalda. Se lo agradeció y se marchó.

DOCE



El cielo estaba cubierto por densas nubes grises que se oscurecían a cada instante y el viento soplaba con intensidad, anunciando una tormenta inminente. Pero no era el clima lo que inquietaba a Camille mientras estaba en la terraza del ático sentada en uno de los bancos, frente a la fuente.

Desde que Leonardo la llamó para advertirle que no saliera a la calle bajo ningún concepto, su preocupación no había hecho más que aumentar. Sentía un cosquilleo persistente en la nuca, un instinto que no lograba ignorar. Por eso había tratado de distraerse leyendo un libro, sin éxito.

Escuchó unos pasos, levantó la vista y vio a Luigi a unos metros de distancia, pero no se acercó a ella; probablemente solo había salido para comprobar que todo estuviera bien porque desde el salón no se veía ese punto de la terraza.

—¿No quieres que hablemos un poco? Hace mucho que no lo hacemos... —le dijo.

Él vaciló un momento, pero terminó por acceder y se sentó a su lado en el banco.

—¿Qué tal te llevas con Tom? —le preguntó, sin saber muy bien cómo empezar esa conversación.

De repente, se sentía incómoda con él, algo que nunca le había ocurrido antes.

—Bien, aunque no habla demasiado.

—No, no lo hace —admitió ella.

Tom era callado, disciplinado y terriblemente serio, a pesar de su juventud. Además, sentía una lealtad inquebrantable por Leonardo, algo que no le sorprendía porque todos los hombres de la *Famiglia* que había conocido se comportaban igual.

—¿Qué te pasa, Luigi? —Se atrevió a preguntar por fin—. Desde que volvimos de Florencia apenas me hablas. Creía que estarías contento en Chicago, puesto que tu hermana vive aquí.

La mandíbula de él se tensó, pero siguió mirando hacia el horizonte un poco más, antes de volver la vista hacia ella y contestar:

—Si no te hablo es porque Leonardo no quiere que lo haga.

Camille parpadeó, atónita.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Imagino que está celoso —afirmó, encogiéndose de hombros.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Iba a decirle que eso era absurdo, que Leonardo no era un hombre inseguro... pero las palabras se le atragantaron al recordar lo posesivo que podía ser.

—Por cierto, mi sobrina nació ayer —anunció Luigi, cambiando por completo de tema.

—¡Felicidades! ¡Estarás muy contento! —respondió, sabiendo cuánto quería a su hermana—. ¿Tienes una foto?

Él sacó su móvil y le mostró la imagen de una recién nacida.

—¡Cuánto pelo tiene! —exclamó Camille, acariciando la pantalla con el dedo—. ¡Y qué morena!

—Sí. Me gustaría ir al hospital a conocerla.

—Por supuesto. ¿Quieres ir mañana?

—Eso estaría muy bien.

—Se lo diré a Leonardo en cuanto llegue —le aseguró, imaginando que prefería que se lo dijera ella. Luigi asintió en silencio. Camille apoyó una mano sobre su brazo y le sonrió.

—Espero que sigamos siendo amigos.

Él bajó la mirada hacia su mano, y ella notó una ligera tensión en su brazo. Pero solo contestó:

—Claro.

Luego se marchó.

Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció, y luego volvió a su libro. Intentó concentrarse en la lectura, pero le fue imposible. Lo cerró y alzó la vista al cielo, observando las nubes negras que se cernían sobre la ciudad.

En lo más profundo de su ser, presentía que algo no iba bien.



Leonardo regresó al ático al anochecer. Había tenido que pasar por *El Infierno* antes, a pesar de que estaba deseando abrazar a Camille y asegurarse de que estaba bien.

Se detuvo en la portería, donde Bruno le había dejado el paquete. El conserje, un antiguo soldado de la organización ya retirado, se lo entregó sin decir una palabra. Él lo cogió, pero no lo abrió hasta estar dentro del ascensor. No quería que nadie viera lo que era.

Mientras subía, retiró con cuidado el envoltorio de papel, que ocultaba una pequeña caja de terciopelo rojo, de las que se usan en las joyerías. En el interior descansaba un delicado collar de oro con una esmeralda.

Bajo el collar, había una nota de Bruno que decía:

Si Camille pulsa dos veces sobre la esmeralda, te llegará un mensaje con su ubicación al móvil. También puedes localizarla en cualquier momento con el programa que te he enviado al correo.

Ah, por cierto: le debes treinta mil a mi amigo.

Bruno

Satisfecho, Leonardo cerró la caja y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Antes de dársela a Camille, tenía que explicárselo todo.

Cuando el ascensor se abrió en su salón, Tom estaba allí, cumpliendo su orden de vigilar cada vez que sonaba la alarma que indicaba que alguien subía al ático.

—Buenas tardes, jefe.

—Buenas. ¿Dónde está Camille?

—En la terraza.

La encontró sentada frente a la fuente, vestida con una chaqueta gruesa y unos pantalones de yoga. Tenía la mirada perdida en el horizonte y los brazos cruzados sobre un libro.

Al verla, se acercó a él y lo abrazó. Leonardo la estrechó entre sus brazos un momento y luego la besó, mientras ella se aferraba a su chaqueta.

—Tenemos que hablar —dijo cuando se separaron.

Una sombra de preocupación cruzó el rostro de ella.

—¿Ha pasado algo?

Él negó con la cabeza. Acariciando el dorso de su mano con el pulgar, añadió:

—Lo hablaremos durante la cena. Ve a prepararte, he reservado mesa en uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

—Pero si tú mismo me has dicho que no saliera a ningún sitio —replicó, sorprendida.

—Sin mí. Conmigo no te ocurrirá nada.

—¿Qué pasa, Leonardo? —insistió.

—Prefiero contártelo durante la cena. Vamos, tenemos la reserva dentro de una hora.

Camille no parecía del todo convencida, pero lo siguió hasta el salón. Mientras ella se dirigía a su habitación, él fue a la sala de seguridad. Tal como imaginaba, allí estaban Tom y Luigi.

—Quiero hablar contigo —dijo Leonardo, mirando al primero. Tom lo siguió sin hacer preguntas.

Cuando entraron en su despacho, le ordenó:

—Cierra la puerta.

Luego se dejó caer en su silla con un suspiro cansado, mientras Tom permanecía de pie, adoptando una postura respetuosa.

—¿Cómo ha ido todo?

—Sin incidentes —respondió sin dudar.

Leonardo apoyó un codo en el escritorio y lo miró con atención.

—¿Y Luigi? ¿Cómo se ha comportado? —Tom titubeó un segundo. No fue un gesto evidente, pero Leonardo lo captó. —Habla —ordenó.

—No ha hecho nada incorrecto. Pero... no termina de gustarme. Tengo la sensación de que oculta algo.

Leonardo se reclinó en la silla y frunció el ceño.

—¿Puedes ser más concreto?

—No lo sé, es solo una sensación. Hace su trabajo, sí... pero ha estado todo el día conmigo y no me ha dirigido ni una palabra.

Puede que se crea por encima de mí porque conoce a tu mujer desde hace años... o quizá sea otra cosa. No lo sé.

Leonardo tenía la misma sensación. Aunque su mente seguía en alerta, se distrajo un momento con lo mucho que le había gustado oír a Tom llamar a Camille, su mujer. Siempre había huido de los compromisos, pero por primera vez en su vida comprendió que, si era con ella, no le importaría comprometerse.

—Puedes irte.

Tom inclinó la cabeza y se marchó.

Cuando cerró la puerta tras él, Leonardo entrecerró los ojos, pensativo. Sabía que Luigi tenía motivos para estar molesto porque antes tenía más libertad de acción y, ahora que estaba bajo sus órdenes, eso se le había terminado. Además, le había prohibido acercarse a Camille. Era probable que ese fuera el único problema... y que no tuviera nada más que ocultar... Pero seguía sin fiarse de él.

Se levantó tras mirar su reloj. Si no se daba prisa no le daría tiempo a ducharse y a cambiarse de ropa para la cena.



Camille había elegido un vestido rojo que resaltaba su figura, acompañado por un abrigo negro. Leonardo, en esta ocasión, había dejado de lado su habitual traje y optado por unos vaqueros oscuros, camisa blanca y chaqueta gris claro. Además, esa noche había cogido el Mercedes, su coche preferido. A cierta distancia, Luigi y Tom los seguían discretamente en un todoterreno.

Desde que salieron del ático, Leonardo se había mostrado especialmente atento con Camille. Ella estaba feliz, pero no podía evitar preguntarse qué quería decirle.

—Ya hemos llegado —anunció quince minutos después de salir del ático, deteniendo el vehículo.

Camille miró a su alrededor, pero solo vio boutiques cerradas.

—¿Dónde está el restaurante?

—Arriba, en la terraza. Merece la pena, ya verás —aseguró él, bajando del coche para abrirle la puerta.

La jefa de sala los condujo a dos mesas. Desde la de Camille y Leonardo se podía ver toda la ciudad, majestuosa, iluminada por miles de luces. Tom y Luigi se sentaron en otra, cerca de ellos, desde donde podían controlar todo el salón.

Leonardo pidió un *filet mignon* con puré de trufa; Camille, un *risotto* de langosta. Compartieron una selección de ostras frescas y una botella de *Latour Chablis Grand Cru*, elegida por él. Para el postre, se decidieron por una tarta de queso con frutos rojos y reducción de frambuesa.

Durante la cena, él le contó lo ocurrido esa mañana en Nueva York, excepto la conversación con Salvatore y la referencia de

Tomasso a ella. Camille le hacía preguntas de vez en cuando, consciente de la preocupación que reflejaban sus ojos.

Finalmente, cuando el camarero se llevó los platos y trajo un café para Camille y un whisky añejo para Leonardo, su expresión cambió y ella supo que había llegado el momento.

Él bebió un sorbo de su vaso y lo dejó sobre la mesa. Luego, alargó el brazo y acarició con el índice el dorso de la mano de Camille.

—Como te he dicho, tengo que contarte algo. Pero quiero que estés tranquila —dijo.

A propósito, su voz era más baja de lo habitual, como si quisiera suavizar el impacto de sus palabras.

—Cuando Tomasso y su guardaespaldas se marcharon, Salvatore me contó algo que te afecta.

Camille dejó la taza en el platillo y lo miró con atención.

—¿A mí? —preguntó, perpleja.

Él asintió con expresión grave.

—Existe una organización que se dedica a secuestrar chicas que están emparentadas con *capos* de la mafia. Cuando las capturan, las subastan al mejor postor como si fueran esclavas.

—Dime que es una broma —susurró.

—Desgraciadamente no lo es. Y lo peor es que tu nombre figura en la lista de la próxima subasta —añadió, alargando la mano para coger la de ella y apretarla con suavidad—. Por eso te he pedido antes que no salieras.

Camille asintió, incapaz de hablar. Leonardo endureció el gesto al ver su inquietud y sacó del bolsillo de su chaqueta la cajita de terciopelo. La colocó sobre la mesa y la deslizó hacia ella.

—Todavía no sé nada sobre esa organización, pero averiguaré quiénes son y los destruiré. Mientras tanto, quiero que uses esto —afirmó, señalando con la cabeza la caja. Ella la abrió y se quedó boquiabierta al ver el collar de oro con la esmeralda.

—Es precioso... —susurró, sin apartar la vista de la joya.

—No es solo un adorno —aclaró él—. Tiene un GPS incorporado y la esmeralda es un botón del pánico. Si la pulsas dos veces, recibiré en el móvil un mensaje con tu ubicación exacta y podré encontrarte,

estés donde estés. Espero que nunca tengas que utilizarlo, pero quiero que me prometas que siempre lo llevarás... y, sobre todo, que no le contarás a nadie lo que es.

—Te lo prometo —susurró.

—Probémoslo. Aprieta dos veces la esmeralda, como si fuera un botón.

Camille obedeció y, al instante, los dos sintieron la vibración del móvil de Leonardo, que estaba sobre la mesa. Él lo levantó y le mostró la pantalla donde aparecía el mensaje con su ubicación. Ella agrandó los ojos, impresionada, y se puso el collar. Como era bastante largo, la esmeralda quedó colgando entre sus pechos, por lo que lo ocultó bajo el vestido. Luego levantó la mirada hacia Leonardo.

—Gracias.

—De nada —murmuró. Tomó su mano entre las suyas para besarla con suavidad—. Haría lo que fuera por ti. Espero que lo sepas.

Camille se mordió la lengua para no decir lo que había descubierto esa misma mañana: que lo amaba. Pero él no había hablado de sentimientos y pensó que no se sentiría cómodo si ella lo hacía, así que dijo lo primero que se le ocurrió:

—¿No ha vuelto Alonzo de Nueva York?

—Sí, pero esta noche tenía que hacer un trabajo para mí.

Estaba buscando información sobre la red de la que le había hablado Salvatore, algo en lo que Alonzo era muy bueno.

—¡Ah, por cierto! Había olvidado decirte que he estado hablando con Luigi y quiere cogerse mañana el día libre para ir a conocer a su sobrina, que acaba de nacer. —Leonardo entrecerró los ojos levemente, aunque no dijo nada—No entiendo por qué le tienes tanta manía—añadió ella, aprovechando el momento.

—No es bueno en su trabajo y, además, no me fío de él —contestó muy serio.

Camille lo miró suplicante.

—Trabajó muchos años para mi abuelo y yo le tengo cariño —explicó—. ¿No podrías hacer un esfuerzo por tolerarlo? ¿Por favor?

Leonardo movió la cabeza a los lados, mirándola.

—Menos mal que ninguno de mis amigos está aquí para ver lo bien que me manejas. Se estarían burlando de mí durante días.

Ella sonrió mientras él hacía una seña al camarero para pedir la cuenta.

Horas más tarde, cuando ya estaban en la cama, dormidos, el teléfono de Leonardo vibró en la mesita de noche. Lo cogió con cuidado para no despertar a Camille y respondió con voz ronca.

—¿Sí?

—Mi contacto me acaba de decir que quien está detrás del secuestro de Camille, es el hijo de Ricardo. Mattia.

Leonardo apretó el teléfono con fuerza, pero contuvo su furia.

—Gracias, Salvatore. Si descubres algo más, llámame.

—Tienes mi palabra —contestó el anciano, antes de colgar.

Él dejó el móvil sobre la mesilla y giró el rostro para mirar a Camille. Le acarició suavemente el cabello, mientras imaginaba lo que le haría a quien se atreviese a tocarla.

TRECE



El *Club Inferno* estaba prácticamente vacío a esa hora de la mañana. Solo las limpiadoras se movían por el amplio salón de baile, recogiendo y fregando, mientras los camareros reponían las botellas en las estanterías de cristal iluminadas, preparando el club para la noche.

Leonardo entró en el edificio con semblante serio y se dirigió directamente a su despacho.

Ocupaba la parte trasera del club y estaba completamente insonorizado. Una enorme mesa de roble oscuro dominaba la estancia, rodeada de varias sillas de cuero. En la pared del fondo colgaba un cuadro en blanco y negro de la ciudad de Chicago, detrás del que había una discreta caja fuerte empotrada. Un sofá de cuero marrón ocupaba una esquina, junto a un mueble bar que tenía una cuidada selección de whisky, bourbon y vodka, con una docena de vasos de cristal tallado. En la otra esquina había una pequeña mesa con un juego de ajedrez que Leonardo y Bruno usaban de vez en cuando.

La única ventana estaba cubierta por unas pesadas cortinas que no dejaban pasar la luz, ni las miradas indiscretas del exterior. La

única iluminación provenía de una hilera de focos empotrados en el techo.

—¿Dónde está Vini? —preguntó Leonardo al entrar en la habitación y no verlo.

—Abajo. Pero ya le he avisado de que venías —contestó Greco.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y entró Vini con el mismo paso despreocupado de siempre, aunque su mirada parecía más salvaje de lo habitual. Era evidente que venía del sótano, donde se habría estado ocupando de alguno de sus asuntos pendientes. Nada más poner sus ojos en él, Leonardo le ordenó:

—Ve al baño y lávate la cara.

Vini parpadeó, como si no entendiera sus palabras, pero al notar que tenía húmeda la mejilla, se pasó la mano por ella y, al mirar sus dedos, vio que estaban manchados de sangre. Esbozó una sonrisa sarcástica y desapareció en el baño del despacho.

Greco sacudió la cabeza.

—Ese cabrón me preocupa. La oscuridad se lo está comiendo por dentro... No sé cómo va a terminar.

Leonardo apoyó los codos en la mesa y se frotó el rostro con ambas manos. A él también le preocupaba Vini.

—Lo sé.

Era algo que los tres veían venir desde hacía tiempo. Lo habían hablado con él muchas veces hasta que una noche él les hizo jurar que, si la locura terminaba por devorarlo, si cruzaba el límite de no retorno, uno de ellos le volaría la cabeza. Y Leonardo lo haría, aunque para él sería como matar a un hermano.

Los tres permanecieron callados hasta que Vini volvió con el cabello húmedo y el rostro limpio, y se dirigió a la pared donde siempre se apoyaba para asistir a las reuniones.

Leonardo se reclinó en la silla y les dijo:

—Mattia, el hijo de Ricardo, planea secuestrar a Camille para venderla a una organización que se dedica a subastar, como esclavas sexuales, a mujeres nacidas en familias de la mafia, especialmente a hijas o nietas de *capos*.

Sus palabras cayeron como una bomba. Sus amigos tardaron varios segundos en reaccionar.

—¿Estás seguro de esa información? —preguntó Bruno, incrédulo. Con los contactos que tenían por todo el país, le costaba creer que nunca hubieran oído hablar de algo así.

—Me lo ha dicho Salvatore.

La idea de que Camille estuviera en peligro le resultaba insoportable, pero estaba decidido a contener la rabia que lo devoraba por dentro, como si fuera un animal salvaje al que soltaría cuando llegara el momento.

—Escuchadme bien. Ofrezco diez millones de dólares a cambio del paradero de Mattia Parisi. Quiero que corráis la voz por todo Chicago. Ah, y lo quiero vivo.

Bruno asintió, pensativo. Greco se pasó la mano por la cara, preocupado y Vini sonrió, disfrutando de la idea de tener una presa que cazar.

—Si eso es cierto... —Bruno tomó aire antes de continuar—, lo más sensato sería que Camille volviera a Italia.

—Ella no va a ir a ningún sitio —sentenció Leonardo sin dejarlo terminar—. Donde más segura está es conmigo.

—De acuerdo —murmuró Bruno.

El *capo* miró el rostro de sus amigos, uno a uno, hasta que llegó a Vini y dijo:

—Que empiece la caza.

Los tres asintieron y salieron del despacho.

En cuestión de minutos, la oferta de Leonardo recorrería la ciudad.

Mattia Parisi ya estaba muerto. Solo que todavía no lo sabía.



Había pasado una semana y todavía no habían conseguido encontrar a Mattia. Camille notaba que Leonardo estaba cada vez más tenso; dormía y comía poco y su preocupación aumentaba, aunque intentaba que ella no lo percibiera. Pero ella se negaba a permanecer encerrada en el ático durante meses, quizás años.

Como él se levantaba muy temprano, habían cogido la costumbre de desayunar a las siete en la cocina, antes de que llegara Marie. Camille imaginaba que Leonardo les había dicho algo a Luigi y a Tom, puesto que nunca los interrumpían.

—Hoy voy a salir —le avisó esa mañana antes de probar su café. Él la observó mientras masticaba un trozo de tostada—. Tengo que comprar algunas cosas, y también me gustaría visitar la nueva galería de arte que han abierto en el centro.

—¿Echas de menos tu trabajo? —preguntó él, después de beber un sorbo de zumo.

—Sí —respondió encogiéndose de hombros—. Pero sé que, por ahora, no puedo trabajar.

—Hasta que todo esto pase, no.

—¿Quieres decir que después, no te molestará que trabaje? —preguntó, sorprendida, porque sabía que no era lo habitual en la *Famiglia*.

—No me importa, siempre que te acompañe un guardaespaldas.

—Bien —contestó ella, sonriendo.

—Sobre lo de ir de compras... ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No lo sé. —Se llevó el café a los labios, pensativa. —Dos o tres horas.

—De acuerdo. Pero Alonzo, Tom y Luigi te acompañarán.

—¿No necesitas a Alonzo?

—Prefiero que se vaya contigo.

Camille era consciente del esfuerzo que estaba haciendo para ofrecerle la libertad que necesitaba. Se levantó y se acercó a él.

—Sepárate un poco —le pidió en voz baja.

Leonardo se limpió la boca con la servilleta y la dejó sobre la mesa. Luego, echó su silla ligeramente hacia atrás, intrigado.

Camille se sentó sobre su regazo, lo abrazó por la nuca y lo besó.

—Te quiero —confesó, cuando terminó el beso.

Las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera detenerlas. Él se quedó inmóvil durante un instante, y después la abrazó con fuerza, sin decir nada.

Camille cerró los ojos y le devolvió el abrazo con un nudo en la garganta.



La perfumería que le había recomendado Marie tenía un aire muy sofisticado. El suelo era de madera color miel y un leve aroma de vainilla flotaba en el ambiente.

Camille recorría sin prisa el lujoso local, con una cesta en la que iba colocando los productos que quería comprar. Alonzo la seguía de cerca, aunque mantenía cierta distancia para no incomodarla. Luigi estaba junto a la caja y el joven Tom vigilaba la entrada con la concentración de un depredador al acecho.

Antes de ir a pagar, Camille se detuvo en la sección de colonias masculinas. Quería comprarle algo a Leonardo, y se le había ocurrido que una fragancia podría ser un buen detalle. Tomó un frasco y lo olió, pero el aroma era demasiado fuerte. Alargó el brazo para devolverlo a su lugar cuando sonó un disparo, seguido de varios gritos y el estruendo de cristales rotos. Sobresaltada, soltó el frasco, que se hizo añicos al chocar con el suelo. A través de un hueco entre las estanterías, vio a Tom desplomado en la entrada, sobre un charco de su propia sangre que se agrandaba rápidamente.

—¡Tom! —murmuró con un hilo de voz y la mente en blanco.

Alonzo reaccionó al instante y se colocó frente a ella. La llamó varias veces en voz baja, pero Camille no reaccionaba; entonces, le levantó la barbilla para que lo mirara.

—Dame la cesta y el bolso.

Su voz era muy baja, pero tan autoritaria que le fue imposible no obedecer. Camille le entregó ambas cosas y Alonzo las dejó en el suelo sin hacer ningún ruido. A ella comenzó a costarle respirar, como si el fuerte olor del perfume roto le cerrara la garganta.

—Escucha, Camille. Voy a sacarte de aquí. —Se dio la vuelta, dándole la espalda, pero con el rostro girado hacia ella. Cogió su muñeca y la guió hasta la cinturilla trasera de sus pantalones. —Agárrate a mí y no te sueltes. Yo iré delante, solo tienes que seguirme. Vamos.

Tragó saliva y se agarró a él con ambas manos. Alonzo comenzó a avanzar despacio, en silencio, y ella lo siguió. Vio la pistola negra que había en su mano y notó que su cuerpo estaba tenso como un resorte hasta que... apretó el gatillo.

Camille no vio a quién disparaba, pero volvió a escuchar varios gritos y ruido de cristales rotos. Siguieron caminando, muy despacio, y vio a tres mujeres agachadas detrás de un mostrador. Cerca de ellas, dos hombres yacían muertos, con un par de pistolas en el suelo, a su lado.

—¿Dónde está Luigi? —susurró a Alonzo, temblando.

—No lo sé —respondió él, en el mismo tono, pero sin mirarla. Sus ojos estaban fijos en el pasillo por el que caminaban, excepto cuando trataba de mirar por los pequeños huecos que había entre las estanterías—. ¡Luigi! ¿Estás ahí? —gritó, provocando que dispararan en su dirección, aunque ninguna de las balas los alcanzó porque estaban protegidos por las estanterías.

Alonzo se detuvo y devolvió los disparos introduciendo el cañón de su pistola entre las baldas. Camille cerró los ojos, tiritando, agarrada con todas sus fuerzas a sus pantalones, sabiendo que el guardaespaldas era lo único que la separaba de la muerte.

—¡Agáchate! —ordenó él, empujándola hacia el suelo. Ella jadeó al caer de rodillas y se cubrió la boca con la mano para no emitir ni un solo sonido.

Alonzo disparó varias veces más. Se escucharon gritos y el estruendo de las balas al destrozar algún mueble. Con la precisión de quien ha repetido ese gesto mil veces, cambió el cargador de su pistola.

—Tenemos que salir de aquí —murmuró y tiró de su brazo para que se levantara.

Ella se agarró a él otra vez y siguieron avanzando, pegados a las estanterías, pisando cristales rotos y charcos de perfume.

Después de lo que le parecieron horas, consiguieron llegar a la entrada. Camille conto cuatro cadáveres más aparte de Tom que, con los ojos cerrados parecía absurdamente joven. Sintió una punzada en la garganta y parpadeó varias veces, luchando contra las lágrimas. Entonces se encontraron con Luigi, que los esperaba pistola en mano y respiró aliviada al ver que seguía con vida.

—¡Luigi! Ponte detrás de Camille y cúbrenos —le ordenó Alonzo.

Él obedeció en silencio y salieron de la tienda en fila india, moviéndose con rapidez.

El exterior era un caos. Algunos transeúntes estaban agazapados detrás de los coches aparcados —varios grababan la dantesca escena con sus teléfonos— y otros corrían despavoridos. Ya se oían sirenas de policía a lo lejos cuando un disparo sonó tan cerca de Camille que dio un salto.

Alonzo se estremeció cuando la bala le alcanzó el brazo izquierdo, que enseguida comenzó a sangrar. Pero eso no lo detuvo. Levantó su arma y disparó tres veces seguidas hacia el lugar del que procedía el tiro. Su atacante, un hombre con vaqueros y sudadera oscura, cayó muerto al instante.

—Creo que ya no hay más —dijo con voz controlada. Señaló con la cabeza el todoterreno negro en el que habían venido, que estaba a pocos metros de ellos. —Vámonos de aquí.

Sin previo aviso, Luigi rodeó la cintura de Camille con un brazo, alejándola bruscamente de Alonzo. Ella forcejeó, tratando de quitárselo de encima con todas sus fuerzas.

—¡Luigi, suéltame! —gritó.

—¿Qué coño haces? —preguntó Alonzo, mirándolo fijamente.

Sin decir una palabra, Luigi levantó su arma y le disparó cinco veces en el pecho, justo cuando una furgoneta blanca frenaba en seco a su altura, en la calle.

—¿Qué haces?! ¡Nooooo! —gritó Camille, aferrándose a su brazo con ambas manos para que no pudiera seguir disparando.

Luigi le respondió con un culatazo en la sien que la dejó aturdida. Sin darle tiempo a reaccionar, la arrastró hacia la furgoneta, cuya puerta lateral ya estaba abierta.

Con los ojos entrecerrados por el dolor, ella giró el rostro hacia atrás. Al ver el cuerpo de Alonzo en el suelo, se le escapó un sollozo.

—¡Muévete! —rugió Luigi, tirando de ella sin miramientos.

—¡Maldito traidor! ¡Leonardo tenía razón, él te caló desde el principio! —gritó, luchando con él, mientras las lágrimas le rodaban por el rostro.

—¡Cállate de una puta vez o te callaré yo, joder! —bufó él, apretando su agarre.

Camille lo miró como si lo viera por primera vez.

—Nos has traicionado desde el principio..., pero no lo entiendo... Yo vi a Mattia dispararte con el táser.

—Estaba al mínimo, fue una actuación. Tu tío no quería arriesgarse a perder la baza de tenerme cerca de ti, por si las cosas no le salían bien en esa ocasión.

Hablaba con tanta frialdad que una idea horrible cruzó por la mente de Camille.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de mi abuelo? —Luigi sonrió. Una sonrisa satisfecha y sin remordimientos.

La furia la golpeó como un latigazo, nublándole la visión y se lanzó contra él, dispuesta a golpearlo con todas sus fuerzas. Pero él la detuvo con un bofetón brutal.

—¡Sí! Y no me arrepiento.

Camille sentía tanto odio por él en ese momento que estaba segura de que, si hubiera tenido una pistola, lo habría matado sin dudar.

—Se acabó vivir a vuestra sombra, ganando una miseria. Ahora seré yo quien viva como un millonario.

En ese momento llegaron junto a la furgoneta. Y entonces lo vio. Su tío Mattia estaba dentro, esperándola.

—¡Tú! —exclamó, horrorizada.

—Sí, yo —respondió, con voz venenosa—. He descubierto que no hace falta matarte para sacar mucho dinero contigo, querida sobrina. Será mucho más divertido venderte como esclava sexual a algún viejo.

—Leonardo os matará a todos —chilló Camille, resistiéndose.

Harto, Luigi la cogió en brazos y la lanzó dentro de la furgoneta. Ella cayó de bruces y, mientras trataba de incorporarse, notó cómo se movía el colgante. Discretamente, apretó la esmeralda dos veces, con la esperanza de que no lo hubieran notado. Entonces vio que Mattia se sacaba una jeringuilla del bolsillo y le decía a Luigi:

—Sujétala.

El guardaespaldas obedeció, agarrándola por el cuello con una expresión llena de odio.

—No sabes cuánto me gustaría apretar hasta que no te entrase nada de aire... Si yo estuviera en tu lugar, dejaría de dar por culo —espetó.

Camille lo miró incrédula, preguntándose cómo había estado tan ciega.

Mattia aprovechó su momentánea inmovilidad y le clavó la jeringuilla en el brazo. Ella sintió un calor repentino... y luego, oscuridad.

El conductor, un hombre calvo, se giró y miró a Luigi con el ceño fruncido.

—¿Dónde están los demás?

—Se los ha cargado Alonzo, uno de los guardaespaldas —contestó con frialdad.

—¿Ese Alonzo se ha cargado a seis de mis mejores hombres?

—Sí, pero, al final, yo he acabado con él.

—¡Qué hijo de puta! ¿Y por qué cojones no lo has hecho antes?

Luigi hizo una mueca llena de desdén.

—Oye, que tú hayas mandado a unos inútiles a hacer este trabajo no es culpa mía. Además, el trato era que os trajera a la

chica, no que me cargara a sus guardaespaldas, ¿no? Pues he cumplido, así que dame mi dinero.

El calvo lo miró con desprecio.

—¡Maldito cobarde!

Apuntó con un arma a Luigi y le disparó, volándole la cara. A continuación, ordenó a Mattia:

—Tíralo fuera. No quiero mierda en mi furgoneta.

Mattia empujó el cuerpo inerte de Luigi a la calle, luego cerró la puerta corredera con un golpe seco y la furgoneta desapareció entre el tráfico de Chicago, poco antes de que llegara la policía.

CATORCE



Leonardo estaba hablando con Greco cuando su teléfono vibró con la notificación de un mensaje. En cuanto vio que era la ubicación de Camille, se le heló la sangre. La llamó de inmediato. El tono sonó varias veces, pero ella no descolgó. Volvió a intentarlo. Nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Greco, notando el cambio en su expresión.

Leonardo sacudió la cabeza con gesto brusco, sin responder, —no podía perder tiempo explicárselo—, y marcó directamente a Alonzo. Tuvo que esperar hasta el cuarto tono antes de que descolgara.

—Alonzo, ¿dónde coño está mi mujer? —gruñó en cuanto lo escuchó respirar.

De fondo, las sirenas ululaban entre el sonido de carreras y gritos de pánico.

—Nos han tendido una emboscada en la perfumería. Iban armados... eran profesionales. —Sus palabras se entrecortaban— Creo que se han cargado a Tom.

—¿Dónde está Camille? —insistió, sintiendo un peso enorme en el pecho.

—Luigi me descerrajó cinco tiros y se la llevó —soltó Alonzo, sin rodeos.

El *capo* apretó el teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿A dónde?

—No lo sé —contestó Alonzo—. Llevaba el chaleco antibalas, pero el impacto me dejó desorientado unos segundos. Aunque puede que fuera porque llevaba un rato sangrando por un disparo en el brazo. Cuando pude levantarme, ya se habían marchado

Un ruido que ambos conocían bien se filtró a través de la línea.

—Leonardo... está llegando la poli.

El *capo* trató de contener la ira que hervía bajo su piel.

—Escóndete. Llama a alguien para que te recoja y te lleve a nuestro médico.

Colgó sin esperar respuesta y levantó la mirada hacia Greco.

—Han secuestrado a Camille.

—¿Aviso a Bruno?

Leonardo no respondió de inmediato. Tenía la mirada fija en la pantalla de su móvil, donde el pequeño punto rojo se desplazaba lentamente sobre el mapa de Chicago.

—La están sacando de la ciudad —murmuró.

—No le harán daño, Leonardo. Les interesa que tenga buen aspecto para la subasta.

Él ya lo sabía, pero eso no aplacaba el miedo que lo devoraba por dentro.

—Llama solo a Bruno y a Vini. Que vengan lo antes posible —ordenó.

—¿No deberíamos reunir a unos hombres y salir tras ellos, antes de que se alejen más?

Leonardo lo fulminó con la mirada.

—¿Crees que no estoy deseando ir a por ella? —Su voz era un gruñido—. Pero si los atacamos mientras están en la carretera, ella podría recibir una bala perdida. No voy a arriesgar su vida por precipitarme.

Greco obedeció y Leonardo volvió a mirar el punto rojo en la pantalla. Lo acarició con el dedo; luego, marcó otro número.

Solo hicieron falta un par de tonos para que Frank DeLuca contestara.

—¡Qué inesperado placer, Leonardo! —La voz del jefe de la policía de Nueva York sonaba tan amistosa como siempre, pero él no tenía tiempo para charlar.

—Ha habido un tiroteo hace unos minutos en una perfumería del centro. Necesito que me des toda la información que tengas sobre los atacantes.

—Espera un momento.

Sonó como si Frank hubiera dejado el teléfono sobre la mesa. Pasaron un par de minutos y Leonardo escuchó el leve sonido de una puerta cerrándose antes de que su amigo volviera a hablar.

—Has llamado en el momento justo. Uno de los patrulleros nos acaba de informar de que ha reconocido a uno de los cadáveres: dice que era miembro de la *famiglia* Pellegrini.

Leonardo entornó los ojos sintiendo la rabia crecer dentro de él como una marea silenciosa.

—Además, algunos testigos vieron cómo secuestraban a una chica y la metían en una furgoneta de color claro. En cuanto llegue el FBI se hará cargo de todo —continuó Frank—. Esto es un puto circo, como te puedes imaginar. —Esperó unos segundos la respuesta de Leonardo y, como no llegaba, preguntó—: ¿Tienes algo que ver con todo esto, amigo?

Él cerró los ojos un momento. Luego confesó:

—La chica a la que han secuestrado es mi mujer.

Hubo un par de segundos de silencio antes de que Frank dijera:

—¡Joder! Ni siquiera sabía que ibas en serio con alguien. Escucha, ahora tengo que dejarte; me está llamando el alcalde, pero si sé algo más, te lo diré enseguida.

—Vale. Gracias —murmuró Leonardo, antes de colgar.

Greco regresó poco después.

—Bruno y Vini están de camino —informó.

Él asintió, sin apartar la vista del pequeño punto rojo que seguía moviéndose en la pantalla, jurándose que no descansaría hasta que ella volviera a su lado.

Y entonces, todos los que se habían atrevido a tocarla... se arrepentirían de haber nacido.

Empezando por su tío.



Camille despertó con un dolor horrible de cabeza, como si alguien le estuviera golpeando el cráneo con un martillo. Tiritaba de frío y estaba tirada en un suelo de cemento.

Miró hacia arriba y vio que había un fluorescente encajado en el techo que zumbaba constantemente, emitiendo una luz blanquecina bastante desagradable. Se sentó despacio, respirando hondo para reducir las náuseas y fue entonces cuando vio las esposas que le aprisionaban ambas muñecas. Con esfuerzo, consiguió ponerse en pie notando el olor a humedad y metal oxidado.

La habían encerrado en una celda estrecha y sombría que tenía una pequeña cama pegada a la pared. Al ver la cámara de vigilancia que había en una esquina del techo, con un pequeño piloto rojo encendido, se giró, dándole la espalda. Solo entonces, con dedos temblorosos, tanteó bajo su blusa hasta encontrar la esmeralda y la pulsó dos veces, rezando para que Leonardo recibiera la señal.

Se acercó a los barrotes y vio que al otro lado de un lóbrego pasillo había otra celda como la suya. En ella, una chica muy joven yacía tumbada en la litera, de cara a la pared. También tenía las muñecas esposadas.

—Hola, soy Camille —le dijo, tratando de no levantar la voz.

La chica giró el rostro y la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó

—S-Sofía.

—Me alegro de conocerte, Sofía —contestó, tratando de sonreír para no asustarla más—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La muchacha giró el cuerpo hacia ella y se sentó, mirándola. Sorbió por la nariz antes de responder con un hilo de voz:

—Dos días... —Su mirada se movió hacia el fondo del pasillo, una zona que estaba a oscuras, como si temiera que alguien las estuviera escuchando—. A ti te trajeron hace unas horas, pero no sé cuántas.

Camille sintió un escalofrío al escuchar que llevaba dos días allí.

—¿Hay más chicas? —susurró.

—Sí. Otras dos, al fondo del pasillo. Todas somos hijas de *capos* —explicó.

Antes de que Camille pudiera preguntarle nada más, ambas escucharon unos pasos acercándose por el pasillo.

En pocos segundos, dos hombres enormes, vestidos de negro, aparecieron frente a la celda de Camille. Uno de ellos abrió su puerta con una larga llave y ordenó.

—Sal. —Ella retrocedió, pero él la agarró del brazo y la sacó de un tirón, a pesar de sus forcejeos.

—¡Suéltame!

Por supuesto, no la escuchó. El segundo hombre la sujetó por el otro brazo y, entre los dos, la obligaron a caminar, mientras sentía la mirada angustiada de Sofía clavada en la espalda.

Al llegar al final del sótano, cruzaron una puerta metálica y subieron por una escalera. Recorrieron otro pasillo hasta detenerse ante una puerta de madera. Uno de los hombres la abrió y el otro la empujó dentro.

En la habitación estaban su tío Mattia, Ginevra y Tomasso Pellegrini. Los tres estaban sentados alrededor de una mesa redonda de madera oscura, bebiendo vodka como si estuvieran de celebración.

—¡Pero mírala! —murmuró Tomasso, reclinándose en la silla mientras la examinaba de arriba abajo—. No me extraña que tengas a De Santis tan encoñado. —Se lamió el labio inferior, mirándola con

una sonrisa lasciva y Camille sintió una oleada de asco recorrerle la piel.

—Hasta es posible que me la quede una temporada antes de venderla —añadió el *capo*, riéndose de su propia broma.

Las carcajadas chillonas de su hija acompañaron a las suyas.

—¡Me encanta la idea, papá!

—Leonardo se volvería loco si lo supiera —continuó Tomasso, deleitándose al ver el miedo en los ojos de Camille—. Ese hombre está obsesionado contigo... debes de ser muy buena en la cama—añadió, con los ojos brillantes por la lujuria.

Ginevra se levantó de golpe, cruzó la habitación en dos zancadas y le propinó un puñetazo brutal en el estómago a Camille.

El dolor explotó en su abdomen con tanta intensidad que se dobló en dos, jadeando para intentar respirar. Entonces el colgante se deslizó fuera del escote y la esmeralda resplandeció, como un faro brillante en la oscuridad.

Cuando Ginevra lo vio, entornó los ojos llena de envidia, y se lo arrancó de un tirón.

—Una joya como esta no debería estar colgando del cuello de una puta como tú.

Camille sintió que algo se rompía dentro de ella porque el collar era su única esperanza. Su instinto la empujó a lanzarse sobre Ginevra para intentar arrebatárselo, pero uno de los gorilas la interceptó al instante.

—Ya basta —dijo Tomasso, que se había levantado, apartando a su hija—. Si dañas la mercancía, perdemos dinero. Déjala en paz.

Ginevra lo miró rabiosa, pero no discutió. Se giró hacia Camille para añadir:

—Leonardo debe de estar buscándote como un perro cachondo por todo Chicago. Pero aquí no te encontrará jamás.

Ella se mordió la lengua, sabiendo que estaba buscando una excusa para volver a golpearla.

Tomasso, ignorando la tensión que había entre las dos, se giró hacia Mattia.

—Puede que tengas razón. Tal vez deberíamos montar una subasta para ella sola. Sacaríamos más dinero.

Mattia sonrió con arrogancia.

—Ya te lo dije.

—Es distinta a todas las que hemos tenido hasta ahora —añadió el *capo*, evaluándola con la mirada—. Las otras chicas suelen venderse por diez millones... pero ella vale al menos el doble.

Camille sentía la bilis subiendo por su garganta, pero mantuvo la cabeza erguida y la mirada apartada de ellos.

—Llevala abajo otra vez —ordenó Tomasso.

Los gorilas la sujetaron por los brazos y la arrastraron de vuelta por el pasillo. Cuando la metieron en la celda y se marcharon, se sentó en la litera, temblando.

—¿Qué... qué van a hacer con nosotras? —le preguntó Sofía.

Ella no contestó. No creía que fuera buena idea decirle que las iban a vender como esclavas.

Y, aunque confiaba en que Leonardo la buscaría sin descanso, no sabía si llegaría a tiempo para evitarlo.



La tarde caía sobre Chicago y el sol teñía de cobre las cristalerías del ático. En el salón, Leonardo estaba sentado ante la mesa de comedor —la más grande de la casa—, vestido con vaqueros y camiseta, estudiando un mapa. Toda su zona de la mesa estaba cubierta de mapas, fotografías aéreas e informes.

Sentado al otro extremo de la mesa, Greco tecleaba algo en un portátil, mientras Bruno contestaba mensajes urgentes en su teléfono. Vini, de pie cerca de la puerta, parecía un perro de presa listo para actuar.

El sonido del ascensor anunció la llegada de los *capos*.

—Ya están aquí —avisó Bruno.

Leonardo dobló el mapa —el de la zona donde estaba retenida Camille—, lo cubrió con varios documentos y luego se levantó.

Sandro Vitali, Luca Caruso y Emilio Conti cruzaron el salón, dirigiéndose hacia él.

Vitali fue el primero en hablar:

—Sabemos que no tienes tiempo para nadie, pero hemos venido a decirte que puedes contar con nosotros para lo que necesites.

Leonardo asintió y les indicó con un gesto que tomaran asiento. Luego volvió a ocupar su lugar en la cabecera de la mesa.

—Espero que puedas traer pronto a tu mujer a casa —añadió Caruso.

—No puedo contaros los detalles, pero ya queda poco —respondió él, pasándose la mano por el rostro. Estaba agotado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Caruso—. Hombres de confianza, equipos, dinero... lo que sea.

—No. Solo que mantengáis la ciudad tranquila mientras resuelvo esto.

—Así será —afirmó Vitali, sin dudar.

—Tú concéntrate en traerla de vuelta. Nosotros te cubrimos —añadió Caruso, sentado junto a Bruno.

Conti, que hasta entonces había guardado silencio, sonrió, pero en su mirada no había ni rastro de calidez.

—¿Seguro que no necesitas ayuda?

—Gracias, pero lo tengo todo controlado —respondió, mirándolo fijamente.

Los tres *capos* se pusieron de pie. Vitali se quedó un momento más a su lado y le dio una palmada en el hombro.

—Suerte, Leonardo —dijo.

Él le devolvió la sonrisa y le hizo un gesto a Bruno para que los acompañara abajo. Cuando se cerraron las puertas del ascensor, se sentó y volvió a extender el mapa sobre la mesa. Cogió un rotulador rojo y marcó la carretera de acceso a la finca y el lugar donde estaba la mansión.

Greco y Vini se acercaron a él.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó el primero.

Leonardo no apartó los ojos del punto marcado.

—Avisad al equipo. Lo haremos esta madrugada.

Ambos se marcharon para cumplir la orden y Leonardo se quedó solo frente al mapa, con la mirada fija en el lugar donde estaba Camille.

Entonces, murmuró:

—Aguanta pequeña. En unas horas volveremos a estar juntos.

QUINCE



Los once hombres, vestidos con ropa de asalto, observaban en silencio el mapa del estado de Nueva York que Leonardo acababa de extender sobre la única mesa del almacén.

Alonzo, Bruno, Vini y Greco estaban a su lado y, frente a ellos, el mejor equipo táctico que habían podido reunir.

Leonardo señaló el círculo rojo que marcaba la ubicación exacta de la finca, que estaba entre Poughkeepsie y Kingston. Luego deslizó el índice por la única carretera de acceso.

—La propiedad está a poco más de una hora y media de Manhattan —explicó—. Como veis, solo podemos llegar por una carretera secundaria y, además, la finca está rodeada de bosque. Por si fuera poco, la casa es una maldita fortaleza. —Su mirada recorrió, uno a uno, los rostros de los hombres que habían reunido. —No os penséis que esto va a ser fácil. El lugar está bien protegido; hay guardias armados, perros, cámaras, un helipuerto y un antiguo túnel que comunica el sótano de la mansión con una cabaña en el bosque. No sabemos cuántos hombres habrá exactamente, pero no esperamos menos de veinte.

Miró a Bruno, que continuó con la explicación.

—Iremos en el avión del jefe. Si salimos en una hora, estaremos en el aeropuerto de Teterboro a la una de la madrugada. Allí nos repartiremos en tres todoterrenos blindados y llegaremos al lugar sobre las tres, la mejor hora para el ataque. Los coches los conducirán Alonzo, Dante y Marcello.

—Esta noche hay luna negra, lo que significa que la oscuridad será total. Por eso hemos esperado tres días para hacer la operación —añadió Leonardo, que no había podido pegar ojo en todo ese tiempo.

—Al tratarse de una zona boscosa, no habrá luz artificial —murmuró Greco, repasando el mapa.

—Como hemos dicho, la finca está dotada con lo último en seguridad, así que un asalto frontal está descartado —añadió Leonardo. Miró a Enzo Ricci, el hacker del grupo. —Y por eso tú te encargarás de dejarlos completamente ciegos antes de que ataquemos.

—Cuando estemos cerca de la finca, entraré en su sistema. Desactivaré las cámaras y las alarmas y, después, cortaré la electricidad —afirmó él.

—Una finca de ese tipo tendrá un generador; puede que más de uno —intervino Roco, el mejor francotirador del grupo.

—Sí, y según nuestra información, están en un búnker subterráneo. Enzo puede bloquearlos para que no puedan arrancarlos desde un ordenador, pero en cuanto entremos, uno de vosotros bajará a vigilarlos, para evitar que los pongan en marcha manualmente —contestó Leonardo.

—Eso está muy bien, pero la falta de luz también nos afectará a nosotros —afirmó Roco.

Leonardo se agachó, levantó del suelo una bolsa de deporte oscura y la dejó caer sobre la mesa. Al abrirla, todos vieron que contenía numerosas gafas negras de visión nocturna. Los cristales reflejaron la luz de las lámparas del almacén.

—Ellos no verán, pero nosotros sí —afirmó, sacando unas gafas y pasándoselas a Roco.

Los demás cogieron un par cada uno, reconociendo al instante la tecnología militar. Vini dejó escapar una carcajada al probarse las

suyas.

—¡Joder, me encantan!

Leonardo continuó como si no lo hubiera escuchado.

—Escuchad bien. Todos los hombres que encontremos en ese lugar son enemigos. Podéis matarlos sin miramientos... excepto a Mattia Parisi y a Tomasso Pellegrini. Esos dos son míos. —Hizo una pausa antes de añadir —: Y otra cosa. Sabéis que el objetivo de esta misión es rescatar a mi mujer, pero es muy posible que encontremos más chicas... No quiero que les ocurra nada. ¿Entendido? Las rescataremos y las traeremos hasta aquí para devolvérselas a sus familias. —Todos asintieron—¿Dudas? —preguntó, recorriendo con la mirada cada uno de los rostros. Al ver que ninguno decía nada, se volvió hacia Bruno y le ordenó—: Tienes diez minutos para organizar los equipos antes de que nos marchemos.

Bruno empezó a repartir órdenes.

Mientras tanto, Leonardo volvió a mirar el círculo rojo marcado sobre el mapa. El punto del GPS que llevaba Camille no se había movido en tres días, por eso estaba seguro de que seguía allí. No podía esperar más para volver a tenerla en sus brazos.

Poco después, todos salieron del almacén y subieron a los coches que los llevarían al aeropuerto.



Faltaban dos minutos para las tres de la mañana cuando Leonardo y sus hombres se bajaron de los coches, ocultos por el espeso bosque que rodeaba la mansión. Se colocaron las gafas de visión nocturna, empuñaron sus armas y comenzaron a avanzar en

silencio, corriendo entre los árboles hasta que tuvieron la construcción a la vista.

La casa, completamente iluminada, se erguía como una fortaleza rodeada de sombras. Todos se detuvieron, inmóviles, esperando la comunicación de Enzo, que se había quedado en el coche terminando de obrar su magia.

—Cámaras y alarmas desactivadas —susurró por el canal privado—. Cortando la electricidad en 3... 2... 1...—Sonó un chasquido y las luces se apagaron de golpe, sumiendo la finca en una oscuridad sepulcral.

Escucharon los gritos de algunos hombres que, desde dentro de la casa, preguntaban qué pasaba. Leonardo miró a su equipo e hizo un gesto con la mano derecha para que avanzara. Entonces, los dos grupos se separaron, moviéndose como sombras en la noche.

Bruno lideraba el equipo encargado de la planta baja, con la misión primordial de que nadie pudiera acceder al generador. Estaban a punto de forzar la puerta principal, cuando se abrió y salió por ella un guardia, con una linterna en la mano, que se quedó mirándolos, desconcertado. Antes de que pudiera dar la voz de alarma, Nico le lanzó uno de sus cuchillos directo al corazón.

El hombre se llevó las manos al pecho mientras caía hacia delante, pero Vini lo sostuvo y lo dejó en el suelo con la delicadeza de un amante, sin hacer un solo ruido. Nico recogió su cuchillo, lo limpió en la ropa del muerto, y Vini y él apartaron el cuerpo a un lado, para despejar el camino.

Atravesaron el vestíbulo de la casa y, tras dejar atrás dos puertas, abrieron la tercera y entraron en un despacho pequeño con un escritorio al fondo. Lo cruzaron y accedieron a una puerta camuflada, que ocultaba las escaleras al sótano. Nada más bajar, se encontraron frente al cuarto de los generadores.

—Tú quédate aquí. Que no entre nadie —ordenó Bruno a Nico. Él asintió y el resto del grupo se marchó.

Leonardo lideraba el equipo más numeroso, encargado de despejar tanto la planta baja como la superior. Hasta ese momento, ya habían eliminado a ocho hombres, antes de subir a la planta de arriba, donde se encontraban los dormitorios.

Un guardia salió de una de las habitaciones, mascullando por la repentina oscuridad, y Greco lo abatió con un disparo certero y silencioso.

—¡Nos atacan! —gritó alguien desde la planta baja.

Y el factor sorpresa se esfumó.

Leonardo corrió hacia las escaleras, donde localizó al idiota que había gritado. Intentaba defenderse, alumbrándose con un móvil en la mano izquierda y una pistola en la derecha.

Leonardo levantó su MP5, apretó el gatillo y el hombre cayó. Entonces se escucharon varios disparos más, pero los soldados de Pellegrini no tenían ninguna oportunidad porque seguían ciegos. Se alumbraban con sus móviles, algunos con linternas, y fueron cayendo uno tras otro.

Siguieron revisando dormitorio por dormitorio, pero no encontraron a Camille ni a ninguna de las otras chicas.

—Bruno, ¿habéis inspeccionado ya el sótano? —preguntó a través del auricular. Un breve chirrido estático precedió a su respuesta.

—Hay una puerta que no hemos podido abrir. Dante va a volarla ahora mismo.

El estómago de Leonardo se encogió.

—Voy para allá. Que no la vuele todavía —ordenó, mientras bajaba las escaleras a toda prisa.

Cuando llegó al sótano Dante estaba arrodillado ante una enorme puerta de acero, colocando cargas explosivas en ella con su clásica precisión.

—No te pases con la carga —ordenó Leonardo, con la respiración agitada.

Dante contestó con la misma calma de siempre.

—Estoy poniendo solo lo justo para volar la puerta. No te preocupes.

Bruno se giró hacia Leonardo:

—¿Seguro que está aquí?

—Hemos revisado todo lo demás —contestó, sacudiendo la cabeza.

—Listo. Apartaos un poco —avisó Dante, antes de pulsar el botón del detonador.

La explosión hizo vibrar el suelo y la puerta se dobló antes de caer con un estruendo metálico. A pesar del humo y el polvo que volvían el aire casi irrespirable, Leonardo saltó por encima de los restos y corrió hacia el interior.

Se encontró en un estrecho pasillo flanqueado por celdas, iluminadas solo por una miserable luz de emergencia.

Y en la primera estaba Camille. Aferrada a los barrotes. Lo miraba llorando, con el rostro demacrado y golpeado.

—¡Leonardo! —gritó con un sollozo desgarrador, cuando se dio cuenta de que sus ojos no la engañaban.

Él se colgó el subfusil a la espalda y cogió sus manos entre las suyas, apretándolas. Temblaba de rabia al verla esposada, golpeada y aterrorizada.

—Tranquila, *cara mía*. Ya estoy aquí —le dijo, jurándose que Tomasso lo pagaría con creces.

Se apartó para que Dante pudiera volar la cerradura.

—Aléjate de la puerta, pequeña —le pidió suavemente.

Camille dio un paso atrás y la cerradura saltó en pedazos. Leonardo golpeó la puerta y entró, justo cuando ella se lanzaba a sus brazos.

—Sabía que vendrías —sollozó, con la voz rota.

Él la sostenía tan cerca que sentía latir su corazón.

—¡Dante, las esposas de mi mujer! —gritó, porque no soportaba verla así.

Su hombre apareció enseguida y, tras echar un vistazo rápido a las esposas, sacó varias llaves del bolsillo del chaleco, probó una y las abrió con un clic seco.

—Gracias —susurró Camille.

Él asintió y se retiró.

—Hay más chicas —dijo ella, mirando a Leonardo—. Una enfrente... es apenas una chiquilla. Y otras dos, al fondo del pasillo.

—Mis hombres se ocuparán de ellas.

—Ninguna mujer se merece pasar por esto —sollozó Camille, casi sin voz.

—Nos las llevaremos de aquí. Te lo prometo. —La abrazó de nuevo y le acarició el rostro, el cuello, los hombros, observándola con atención—. ¿Te han golpeado en más sitios, además de la mejilla? ¿Te... han hecho algo más?

Ella negó con la cabeza. Sabía que debía sentirse agradecida por eso, pero no podía dejar de temblar.

—Estás muy débil —murmuró Leonardo, al ver que se tambaleaba.

—No he comido ni bebido nada desde que llegué aquí... tenía miedo de que volvieran a drogarme.

Ahora que se sentía segura, no conseguía dejar de llorar. Leonardo la abrazó con más fuerza. Ya llegaría el momento de destruir y matar, pero ahora ella lo necesitaba.

—Ginevra me quitó el collar...

—Shhh, pequeña. Te he encontrado. Ya estás a salvo —contestó él, antes de levantarla en brazos.

Dante, Vini y Bruno estaban sacando a las otras chicas de sus celdas. Lloraban asustadas, abrazadas entre sí, libres ya de las esposas.

—Leonardo, tenemos que salir ya —dijo Bruno, deteniéndose junto a su celda. Sujetaba a una de las chicas por la cintura con un brazo, y con la otra mano sostenía su MP5.

—Os seguimos —contestó él, apretando a Camille contra su pecho.



El túnel era angosto y oscuro. El suelo de tierra y las paredes estaban reforzadas con viejos tablones de madera.

Mattia corría por él como un animal acorralado, jadeando, con el terror desfigurándole el rostro. Solo veía lo poco que alumbraba la linterna que había cogido de la cocina cuando comenzó el ataque, al recordar aquel pasadizo que conducía a una vieja cabaña abandonada en medio del bosque.

Tenía que desaparecer. Ya no le importaba el dinero que iba a sacar por Camille en apenas dos días. Solo quería vivir. Aceleró las zancadas, con el sudor frío resbalándole por la espalda. Solo unos metros más... y estaría fuera.

Pero cuando salió del túnel y respiró el aire helado del bosque, la esperanza se le congeló en la garganta. Porque, frente a él, sentado en el tocón de un árbol, con una pistola en la mano derecha y una sonrisa divertida en la cara, lo esperaba Greco.

—Vaya, vaya... mira quién está huyendo como una rata por un desagüe. Qué triste final para un hijo de Ricardo Parisi.

Se levantó, y Mattia se lo quedó mirando un segundo, con la respiración entrecortada. Luego giró en redondo para volver al túnel, pero no llegó a dar un paso porque un golpe seco en la cabeza lo dejó inconsciente.

Cuando recuperó el conocimiento, le dolía todo, especialmente la cabeza, que le palpitaba violentamente. Estaba tumbado en la tierra, boca abajo, con las muñecas atadas a la espalda y una mordaza en la boca. Al alzar la vista, vio que se encontraban en otro lugar y que Greco estaba de pie junto a él, pero ya no estaban solos.

A su alrededor había un grupo de hombres con ropa de asalto a los que no conocía y, en medio de todos ellos, Leonardo, que se acercó a él lentamente, con una terrible furia asesina brillando en la mirada.

—Estaba intentando escapar por el túnel —dijo Greco con desprecio, tirando del cabello de Mattia para obligarlo a levantar la cabeza—. Sigue siendo tan cobarde como siempre. ¿Quieres que lo mate? —preguntó, apoyándole el cañón de la pistola en la sien.

Mattia intentó gritar, pero la mordaza ahogó sus sonidos.

Leonardo se detuvo a pocos centímetros de ellos, sin apartar la vista de su prisionero en ningún momento.

—No. Eso sería un premio para él —contestó con voz letal—. Nos lo llevaremos a Chicago. Allí me encargaré personalmente de él.

Mattia intentó revolverse, con los ojos desorbitados. Volvió a gritar sobre la mordaza, pero solo se escuchó un sonido ahogado.

Leonardo se inclinó sobre él, con el rostro duro como una piedra.

—Te lo advertí, te dije que no la tocaras. Cuando termine contigo, desearás no haber nacido.

Hizo un gesto con la cabeza y Greco y otro hombre se llevaron a Mattia a rastras.

Leonardo se dio la vuelta y caminó hacia el coche donde lo esperaba Camille, pero antes de subir, le preguntó a Bruno:

—¿Seguro que no queda nadie dentro?

—No.

El *capo* asintió y se volvió hacia Dante.

—Hazlo.

Dante sacó el último detonador de la noche y presionó el botón.

Un segundo después, la mansión explotó. El fuego iluminó la noche y espesas columnas de humo comenzaron a elevarse hacia el cielo.

Leonardo observó la destrucción con frialdad. Después se subió al asiento del copiloto, donde estaba Camille. La levantó con cuidado y la sentó en su regazo.

Alonzo iba al volante, y en el asiento trasero viajaban las otras tres chicas, cubiertas con las mantas que Bruno les había conseguido. Camille estaba arropada con otra, pero no dejaba de temblar.

—Arranca —ordenó Leonardo.

Los tres coches se internaron en la solitaria carretera, rodando a ritmo constante rumbo al aeropuerto. Leonardo comenzó a acariciar la espalda de Camille lentamente y, poco a poco, sintió cómo ella se iba relajando... hasta que se quedó dormida. Pero él no dejó de tocarla.

Mientras lo hacía, pensaba en cómo iba a hacer pagar a Mattia por haberse atrevido a tocar a la única persona a la que había amado en su vida.

DIECISÉIS



Leonardo bajó del jet después de dejar a Camille —que seguía dormida— en su asiento.

En la zona de la cola estaba Mattia, atado, amordazado y vigilado por dos de sus hombres. Lo mantenían alejado de las chicas rescatadas, que se habían sentado en la parte delantera.

El resto del equipo ya estaba a bordo, excepto Vini, Nico y Alonzo, que lo esperaban abajo, junto a los coches.

En cuanto se detuvo frente a ellos, ordenó, con la mirada dura como el acero:

—Id a por Tomasso. Está en su piso de Nueva York.

—¿Quieres que lo llevemos a Chicago? —preguntó Nico.

—No. Prefiero que lo matéis en su cama. En su ciudad.

Vini chasqueó la lengua, encantado con la orden.

—¿Y la zorra de su hija?

—Si está allí, acabad también con ella. Camille la vio en la mansión, así que sabía perfectamente lo que estaba haciendo su padre. —Su tono no dejaba lugar a réplica.

—¿Alguna petición especial para Tomasso? —consultó Vini.

Leonardo lo miró fijamente.

—Que sufra antes de morir. Cuando terminéis, enviadme varias fotos de su cadáver. Me encargaré de que las reciban los *capos* de las otras *famiglias*. Que sepan lo que les espera a los que trafican con mujeres.

Vini entrecerró los ojos. Aunque solía tomarse todo a broma, que trataran a las mujeres como esclavas le revolvía el estómago.

—Sufrirá, jefe. Ya me conoces.

Leonardo asintió, seguro de que cumpliría.

—Alonzo será vuestro conductor. El avión volverá a recogeros en cuanto nos deje en Chicago. Puede que tengáis que esperar un par de horas aquí hasta que regrese, pero es más seguro que ir en coche.

Después, volvió al jet. Vini y Nico caminaron hacia el coche, donde Alonzo los esperaba tras el volante.

En menos de dos horas, el infierno caería sobre Tomasso Pellegrini.



Leonardo llevaba a Camille en brazos cuando entraron en el ático.

Al salir del aeropuerto, se habían separado del resto del grupo, salvo Bruno y Greco, que los acompañaron para ayudar con las tres chicas. Ellas se quedarían allí hasta que pudieran reencontrarse con sus familias.

—Greco, baja a buscar al médico a recepción —ordenó, imaginando que ya habría llegado.

Le había pedido que fuera a su casa mientras volaban, para que revisara a Camille y a las demás.

Bruno llevó a las chicas a las habitaciones de invitados; se mantenían juntas, observándolo todo con cautela. Parecían no saber si sentir miedo o alivio.

Leonardo llevó a Camille directamente a su dormitorio. Aunque estaba exhausta, insistió en lavarse los dientes y cambiarse de ropa. La acompañó hasta el baño, donde esperó pacientemente mientras se aseaba con manos temblorosas. Después, la ayudó a ponerse un pijama limpio y a acostarse, y le colocó un par de cojines detrás de la espalda, como ella le pidió, porque no quería quedarse dormida antes de que llegara el médico.

Cuando estuvo tan cómoda como era posible, se sentó a su lado, tomó sus manos y las frotó entre las suyas, mientras sus ojos negros la observaban con una preocupación que no intentaba disimular.

—Sigues helada. —Ella intentó sonreír, aunque apenas pudo levantar las comisuras de los labios.

—Estoy bien... —susurró.

Leonardo se levantó al escuchar voces en el salón y, poco después, unos pasos acercándose por el pasillo.

—Ha debido de llegar Ethan —dijo.

El médico se detuvo en el umbral del dormitorio hasta que a él le hizo un gesto, autorizándolo a entrar.

Era un hombre alto y atractivo que debía rondar la cuarentena, con cabello oscuro y ojos azules. Vestía un abrigo largo que lo hacía parecer un empresario exitoso más que un médico. Después de saludarlo, Leonardo se inclinó sobre Camille y le acarició suavemente la mejilla, como si tratara de borrar el moratón, mientras decía:

—Este es Ethan Carter, nuestro médico.

Luego se apartó y se colocó a los pies de la cama.

El doctor Carter se acercó, le dedicó a Camille una breve sonrisa y dijo con tono amable:

—Hola, Camille. ¿Puedo examinarte?

Ella asintió.

El médico dejó el maletín sobre el colchón, se quitó el abrigo y comenzó a revisarla con calma. Sus dedos rozaron el moratón con

suavidad, y murmuró una disculpa al verla encogerse.

Sacó una pequeña linterna de su maletín y empezó a revisarle los ojos mientras decía:

—¿Te duele algo, aparte de la mejilla?

—No, pero estoy muy cansada y tengo la boca seca. Y a veces me dan calambres, sobre todo en las piernas.

—Leonardo me ha dicho que no has comido mientras te han tenido retenida. ¿Tampoco has bebido nada?

—Un poco de agua, del lavabo que había en la celda.

—Estás deshidratada. Voy a ponerte suero ahora mismo. He traído una bolsa —contestó el médico, abriendo su maletín para buscarla.

Camille negó con la cabeza con un leve movimiento.

—No. Primero quiero ducharme.

Ethan la miró sorprendido.

—Puedes ducharte después.

—No —repitió ella, tratando de incorporarse con la poca fuerza que le quedaba—. Quiero hacerlo ahora.

Leonardo suspiró y dijo, mirando al doctor:

—Si hace falta, Bruno puede ponerle el suero. Sabe hacerlo.

—Está bien. Le dejaré puesta una vía —afirmó Ethan, sacando una aguja de un envoltorio de plástico. Miró a Leonardo—: Pero que alguien la acompañe mientras se duche. Podría caerse.

Él asintió y el médico se volvió de nuevo hacia Camille.

—En cuanto termines, vuelves a la cama y que Bruno te ponga el suero. Y ya no te levantes para nada, excepto para ir al baño. Tienes que beber mucho líquido. Come cuando tengas hambre, pero empieza con cosas suaves y en pequeñas cantidades. —Sacó un tubo de pomada de su maletín y se lo alargó—. Esto te ayudará con el cardenal.

Camille lo cogió con los ojos entrecerrados. Sentía los párpados pesados, aunque luchaba por mantenerlos abiertos.

—Mañana volveré para ver cómo sigues —dijo el doctor, mientras cerraba su maletín.

Recogió sus cosas y salió al pasillo, acompañado por Leonardo.

—¿Cómo la ves? —Él lo miró con seriedad.

—Asegúrate de que Bruno le pone el suero. Creo que una bolsa será suficiente —afirmó.

Después de un par de segundos pensando, añadió:

—Puede que tenga pesadillas... que se despierte desorientada durante unos días. Para que se recupere lo antes posible, es tan importante que se alimente bien como que se sienta segura, protegida.

Leonardo asintió y lo acompañó hasta el ascensor.

—Gracias, Ethan.

—No me las des. Te voy a pasar una factura descomunal por haberme hecho venir a estas horas.

Leonardo pulsó el sensor del ascensor y las puertas se cerraron para llevar al médico a la planta baja. Luego regresó a su dormitorio... y se encontró a Camille tratando de llegar al baño, agarrándose a las paredes y a los muebles para no caerse.

—Eres una maldita cabezota. —Su voz sonó preocupada mientras se acercaba.

Ella ni siquiera se giró para mirarlo al murmurar:

—Lo sé, pero necesito quitarme la suciedad de aquel lugar antes de dormirme.

Él la levantó en brazos.

En el baño, la desnudó con tanto cuidado que a Camille se le formó un nudo en la garganta. Después, Leonardo se quitó la ropa y entraron juntos en la ducha, dejando que el agua caliente los envolviera. Tomó un poco de gel en la mano y comenzó a frotar la piel de Camille con movimientos lentos, como si quisiera borrar todo rastro de lo que había pasado.

—Cuando vi el mensaje con tu ubicación en mi teléfono... —susurró mientras le enjabonaba los brazos—. Sentí como si me hubieran arrancado el corazón.

—Nunca dudé de que vendrías a por mí —confesó, mirándolo, con el agua resbalando por su rostro.

Leonardo cogió el champú y se echó un poco en la mano.

—Inclina la cabeza hacia atrás—ordenó.

Cuando lo hizo, comenzó a lavarle el pelo.

—Siento mucho lo de Tom —murmuró ella.

—Está vivo. Los médicos dicen que se recuperará del todo.

—Gracias a Dios ...

—Sí. Ha tenido suerte.

—Siento no haberte hecho caso con respecto a Luigi. Creí que estabas celoso... —Leonardo cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella.

—Y lo estaba —reconoció—, pero era cierto que algo en él me olía mal.

—También creí que Luigi había matado a Alonzo, por eso cuando lo he visto esta noche...

Leonardo recordó cómo se había abrazado a Alonzo cuando lo había visto, llorando mientras le decía que creía que estaba muerto. Solo cuando notó la mirada abochornada de su guardaespaldas, la separó suavemente de él.

Después de salir de la ducha, la secó con una toalla suave y le puso una de sus camisetas. Luego la llevó a la cama donde Camille se dejó caer con los ojos cerrados.

Él fue a buscar a Bruno para decirle que tenía que ponerle el suero y volvieron a su dormitorio, imaginando que ya estaría dormida, pero ella entreabrió los párpados con esfuerzo cuando los escuchó entrar.

Leonardo se sentó a su lado mientras Bruno hacía su trabajo.

—Les prometí a las chicas que las devolverías a sus familias... —le recordó.

Él cogió su mano libre y la posó sobre su pecho, justo sobre su corazón.

—Voy a ocuparme de eso en cuanto te duermas. Así que cuanto antes cierres los ojos, antes podré llamar a sus padres.

Con voz infinitamente cansada, ella susurró:

—Te quiero.

Él le rozó los labios con los suyos y contestó:

—Y yo a ti, *cara mía*.

Camille cerró los ojos y se durmió con una sonrisa.



Vini y Nico llevaban unos minutos discutiendo en el asiento trasero del coche, que estaba aparcado frente al edificio de Tomasso Pellegrini. Alonzo los observaba por el retrovisor sintiéndose como si le hubieran encargado vigilar a dos niños traviesos.

—¿Tenemos suficiente tiempo para divertirnos? —le preguntó Vini, por fin, mientras hacía girar su cuchillo preferido sobre el dedo índice.

Alonzo miró el reloj de la consola antes de contestar:

—Faltan veinte minutos para que amanezca. Deberíamos marcharnos para entonces.

—No es demasiado... pero me encantan los retos —contestó Vini, antes de abrir la puerta y bajar del coche.

Nico, que era de pocas palabras, lo siguió. Alonzo los vio eliminar a los dos guardias de la entrada, con una eficacia escalofriante, pero después desaparecieron de su campo de visión.

El piso de Pellegrini ocupaba la última planta del edificio. Al salir del ascensor, caminaron en silencio hasta la puerta principal. Nico se arrodilló y sacó una pequeña pistola metálica del bolsillo de su chaqueta. Con movimientos precisos, deslizó una aguja dentro de la cerradura y presionó el gatillo. Se escucharon un par de chasquidos sordos, apenas perceptibles, y el mecanismo cedió. Giró la perilla y empujó la puerta, que se abrió sin resistencia.

Arqueó una ceja mirando a Vini con orgullo y él le respondió con un susurro burlón:

—Que sí, que eres un puto profesional. Vamos.

Entraron sin hacer ruido. Poco después Tomasso se despertaba sobresaltado al sentir el cañón de una pistola en la boca.

—Hola, cabrón. Leonardo te manda recuerdos —murmuró Vini con esa sonrisa suya que helaba la sangre, antes de estamparle la culata en la nariz.

Pellegrini intentó gritar, pero Nico le encajó una mordaza de bola en la boca. Luego lo sujetó, mientras Vini le desgarraba los pantalones del pijama con su cuchillo.

El *capo*, sudoroso y aterrado, forcejeó con todas sus fuerzas, gimiendo. Pero no le sirvió de nada.

Sin dejar de sonreír, Vini le cortó la polla de un tajo y la sostuvo ante sus ojos, mientras un chorro de sangre caliente empapaba el abdomen de Tomasso, salpicándolo también a él. El cuerpo de Pellegrini se sacudió durante unos instantes como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. Le castañeteaban los dientes sobre la mordaza y tenía los ojos desorbitados y vidriosos.

Nico le quitó la mordaza de un tirón. Y antes de que pudiera gritar, Vini le metió su propio miembro amputado en la boca.

—Esto es lo que te mereces por traficar con mujeres, hijo de puta —afirmó—. ¡Joder, se ha desmayado! —soltó a continuación.

Nico le tomó el pulso en el cuello.

—No. Está muerto. Puede que le haya dado un infarto.

—¡Mierda! —gruñó Vini, frustrado por no haber tenido más tiempo con él. —Voy a hacerle unas fotos para enviárselas al jefe —añadió.

Ese mismo día, los *capos* de las *famiglias* más importantes del país recibirían un par de imágenes nítidas del cadáver de Tomasso Pellegrini, junto con un mensaje breve y contundente:

"Así terminan los que comercian con mujeres."

DIECISIETE



Leonardo se encontró a Bruno y Greco desplomados en los sofás de su salón. La estancia estaba iluminada solo por las luces nocturnas de la ciudad que se filtraban a través de los ventanales. Al acercarse, le llegó un olor que conocía demasiado bien, una desagradable mezcla de pólvora, sudor y sangre seca. Sus rostros mostraban el agotamiento normal tras una noche como aquella.

Sin decir nada, sirvió tres vasos de whisky. Dejó dos sobre la mesa de centro y se quedó el último para él.

—Bebed —ordenó con voz áspera, sentándose en una butaca frente a ellos. —Y, en cuanto terminemos esta conversación, os metéis en la ducha—añadió, observándolos con gesto serio—. Apestáis.

—Sí, mamá... —gruñó Greco con sarcasmo.

Leonardo lo ignoró y miró a Bruno.

—¿Tienes la información?

Él se terminó el whisky de un trago antes de contestar:

—Sí. Los padres de las tres chicas son... Anthony Moretti, el capo de la Cosa Nostra de Filadelfia; Salvatore Romano, de la 'Ndrangheta en Toronto; y Giulio De Angelis, de la Camorra de Las Vegas.

—De Angelis... —murmuró Leonardo, haciendo un gesto de desagrado.

Bruno no se extrañó. Sabía cómo reaccionaría en cuanto oyera ese nombre.

—Las chicas nos han pedido que las dejemos llamar a sus padres, pero les hemos dicho que primero tenías que hablar tú con ellos. ¿O prefieres que les llame yo?

—No. Mándame los contactos.

Bruno sacó el teléfono.

—¿Alguna de ellas ha mencionado si las forzaron? —preguntó Leonardo en voz baja.

Greco contestó enseguida:

—Afortunadamente, no. Seguramente porque la subasta era en dos noches y no querían que los compradores las vieran heridas o llenas de moratones. Eso habría bajado su precio.

Leonardo se levantó.

—Voy a hacer esas llamadas.

Fue a su despacho para hablar en privado y llamó primero al *capo* de Las Vegas. Cuando este le respondió con un exabrupto, él esbozó una sonrisa fría y vengativa.

—Las vueltas que da la vida, De Angelis... Al final vas a deberme un favor de los gordos.



El aroma a café recién hecho flotaba en el aire de la cocina cuando Camille se acomodó en su silla habitual con un suspiro.

Todavía sentía el peso del cansancio y la tensión en el cuerpo, pero había vuelto con Leonardo y eso bastaba para que se sintiera feliz.

Las otras chicas estaban sentadas a su lado, desayunando y charlando en voz baja entre ellas. Llevaban ropa de Camille y parecían muy emocionadas tras haber hablado con sus familias un rato antes. Sin embargo, pese a la euforia de saber que verían a sus seres queridos muy pronto, el sufrimiento de lo que habían vivido se reflejaba en sus rostros.

Marie dejó frente a Camille un plato con tostadas y un tazón de fruta.

—Come, necesitas recuperar fuerzas —ordenó, con cariño.

Ella sonrió de lado y tomó un sorbo de café antes de responder:

—Gracias, Marie. De verdad... pero estoy tan cansada que no tengo ni hambre.

—Leonardo dice que tienes que comer. Son órdenes del médico —añadió la mujer, mientras volvía a los fogones, donde estaba haciendo tortitas para las chicas.

Greco, que estaba apoyado en la encimera y observaba la escena con una expresión de aparente indiferencia, dijo:

—Si no quieres que me chive a Leonardo de que no has comido y que venga él mismo a dártelo como si fueras una niña pequeña, será mejor que empieces ya.

Su comentario provocó que las chicas miraran a Camille con los ojos abiertos de par en par. Las tres pensaban que Leonardo se había comportado como un verdadero enamorado al rescatarla como lo hizo.

Lara Moretti, la hija del *capo* de Filadelfia, jugueteó con la cuchara en su tazón de yogur un poco antes de preguntarle:

—Yo no te vi cuando llegaste. ¿Estabas muy asustada?

Camille dejó su taza sobre la mesa antes de responder:

—Claro que sí. Cualquiera que diga que no ha sentido miedo en una situación así, está mintiendo o es idiota.

Lara asintió lentamente, y luego confesó:

—Yo estaba convencida de que iba a morir. Lo que más me dolía era pensar en lo que sufriría mi familia. —Miró a Greco—. Entonces aparecisteis vosotros y nos salvasteis.

Él le sostuvo la mirada y ambos se quedaron inmóviles, como si el tiempo se hubiese detenido. El pitido de un mensaje entrante en el teléfono de Greco rompió el momento. Bajó la vista hacia la pantalla y, tras leerlo, salió de la cocina sin decir nada.

Camille se metió un pequeño trozo de manzana en la boca, recordando la desesperación que la envolvió al despertar en aquella celda. No quería ni imaginar lo que habrían sufrido las otras chicas, retenidas durante mucho más tiempo que ella.

Sintió que alguien le tocaba suavemente la mano. Era Sofía Romano, la más joven de todas; un rato antes le había contado que tenía seis hermanos y que todos eran chicos.

—Estarás deseando volver con tu familia, ¿no? —le preguntó.

—Sí. Mis padres deben de haberse vuelto locos buscándome —respondió con una tímida sonrisa. Parecía mucho más tranquila.

Isabella De Angelis, en cambio, tamborileaba con los dedos sobre la mesa, impaciente. Esperó a que Greco saliera de la cocina para susurrar a Camille:

—¿Estás segura de que Leonardo me va a devolver a mi padre?

—Claro que sí. Esta tarde os reuniréis con vuestras familias. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo... creo que mi padre le hizo una jugarreta a Leonardo hace tiempo. Y la mejor venganza sería... —hizo una mueca, sin querer terminar la frase.

—¿Hacerte daño a ti? —terminó Camille, incrédula. Esperó a que Isabella asintiera en silencio antes de continuar—: Mira, Leonardo ha dado su palabra y la cumplirá. Es un hombre de honor. Y además... ¿no te ha confirmado tu padre que os vais a ver cuando has hablado con él?

—Sí, pero... —Cuando Greco volvió, Isabella bajó la vista hacia su fruta.

—¿Leonardo no viene a desayunar? —preguntó Camille a Greco.

—No creo. Bruno y él llevan horas organizando la llegada de los *capos*.

Camille exhaló despacio, entendiendo lo que no había dicho Greco; que Leonardo estaba tomando todas las medidas necesarias para protegerse, a sí mismo y a los suyos, ante cualquier posible

traición de los demás *capos* cuando llegaran. Pero ella había presenciado las conversaciones de las chicas con sus familias y estaba segura de que sus padres vendrían en son de paz.

Mientras terminaba su café, rezó por no haberse equivocado.



Ginevra subió las escaleras de dos en dos, con el corazón latiéndole en la garganta. Llevaba toda la mañana llamando insistentemente a su padre y, al no obtener respuesta, había decidido ir a su piso. Pero al llegar al edificio, se detuvo en seco al ver que había varios policías bloqueando la entrada.

Intentaron detenerla, hasta que dijo quién era y la dejaron pasar. Cuando salió del ascensor en la planta donde vivía su padre, el agente que la acompañaba la condujo hasta el sargento que estaba al mando. Todos los uniformados que había en el pasillo giraron la cabeza para mirarla. Sus rostros eran inexpresivos, pero tenían ese aire de incomodidad que solo aparece cuando ha ocurrido algo horrible. Y esa sensación se instaló en la mente de Ginevra como un peso insoportable, cuando el sargento le pidió que lo acompañara dentro del piso.

—¿Qué pasa? —exigió ella, nerviosa, mientras lo seguía—. ¿Dónde está mi padre?

El policía le indicó que se sentara en el sofá del salón, y ella obedeció, pero solo porque las piernas le temblaban tanto que temía que no la sostuvieran.

—Íbamos a llamarla ahora. La asistente de su padre nos ha facilitado su número, señorita Pellegrini.

—¿Dónde está mi padre? —consiguió preguntar, después de tragar saliva.

Sin responder a su pregunta, el sargento comentó:

—Por lo que tengo entendido, usted no vive aquí.

—¡No! ¡Tengo un piso a cuatro manzanas! ¿Por qué me pregunta eso? —Su tono se elevó formando un chillido agudo.

El policía intercambió una mirada con uno de sus compañeros antes de responder:

—La asistente de su padre llamó a la policía hace algo más de una hora. Cuando llegamos, estaba en estado de shock. Tuvimos que llamar a una ambulancia, que se la ha llevado al hospital.

—¿Qué ha pasado? ¡Dígamelo de una vez! —gritó Ginevra, totalmente histérica.

—Su padre ha sido asesinado.

La respiración de Ginevra se volvió errática y su mente rechazó la información.

—¡No! No, no, no. Esto es un error. Es imposible que mi padre esté muerto. —Su padre era poderoso. Más que eso, era *intocable*.

—Y... hay algo más —insistió el policía, mirándola fijamente y sin mostrarle ningún tipo de empatía —. Necesitamos saber si tiene alguna idea de por qué el asesino le cortó el pene y se lo metió en la boca, como hace la mafia con los violadores.

Todo lo que rodeaba a Ginevra se volvió borroso, distante, como si estuviera sumergida en una pesadilla de la que no podía despertar. Su cerebro intentaba procesar lo que acababa de oír, pero no podía. Era demasiado.

Su padre, el hombre que la había criado, que le había dado todo... no podía haber terminado así.

De pronto soltó un grito desgarrador que retumbó por todo el piso y heló la sangre de los policías presentes. Su cuerpo se convulsionó con fuerza y su rostro se descompuso por completo, mostrando una mezcla de terror y desesperación.

—¡No, no, no! ¡Me estáis mintiendo! —gritó, con la voz rota por los sollozos.

El sargento hizo un gesto a uno de sus hombres para que llamara a la psicóloga. Todos los presentes la observaron en silencio, con una mezcla de incomodidad y compasión, a pesar de saber que era

la hija de uno de los *capos* más crueles que había conocido Nueva York.

Pero ninguno intentó consolarla porque todos pensaban que, con la muerte de Tomasso Pellegrini, el mundo era un lugar mucho mejor.

DIECIOCHO



Leonardo y Bruno esperaban en el centro del almacén a que llegaran los últimos padres. El resto del equipo, Greco, Vini y los seis hombres del grupo de asalto, estaba repartido estratégicamente por todo el lugar, cada uno en su posición, armados con semiautomáticas y preparados por si algo salía mal.

Isabella era la última chica que quedaba por entregar a su familia. Las anteriores recogidas habían salido bien, pero Leonardo no se fiaba de Giulio De Angelis. A pesar de que, después de hoy, ese hombre tendría que estarle agradecido de por vida por devolverle a su hija.

Camille había insistido en estar presente, como había hecho en las otras ocasiones. Y, aunque al principio a Leonardo no le había gustado la idea, tenía que reconocer que su presencia había servido para que las chicas estuvieran más tranquilas y que todo saliera mejor.

Ahora estaba sentada con Isabella en el asiento trasero del Mercedes de Leonardo, que permanecía aparcado dentro del almacén, a pocos pasos de donde hablaban él y Bruno. Alonzo, al

volante, esperaba con el motor encendido por si su jefe le ordenaba sacar a las mujeres de allí.

Dentro del coche, Camille se dio cuenta de que Isabella estaba demasiado callada.

—¿Estás bien? —preguntó, mirándola.

—Estaba pensando que mi padre me va a castigar de por vida —confesó, haciendo una mueca—, pero, a pesar de eso, estoy deseando verlo. Contradictorio, ¿verdad?

—Por lo que te he oído decir, tu padre es un hombre duro con todos menos con su familia. No creo que su castigo sea tan duro —contestó Camille con una sonrisa.

La muchacha suspiró y volvió a mirar en dirección a la puerta del almacén por su ventanilla.

Mientras tanto, Bruno y Leonardo conversaban en voz baja.

—¿Alguna novedad sobre Ginevra? —preguntó el *underboss*.

—Frank me dijo que tuvo una crisis cuando se enteró de lo de su padre. Al parecer, la han internado en un hospital psiquiátrico para hacerle una evaluación.

—No me sorprende. Siempre ha estado como una cabra. No sé cómo pudiste pensar en casarte con ella.

Leonardo no respondió. Su mirada se había deslizado hacia su coche. Aunque los cristales tintados le impedían ver el interior, sentía que Camille lo observaba y estuvo a punto de sonreírle... pero entonces escuchó la siguiente pregunta de Bruno.

—¿Qué vas a hacer con Mattia? Vini sigue visitándolo de vez en cuando para darle una sesión ligera, como dijiste. Dice que está cagado de miedo y que ha tenido cuidado de no herirlo de gravedad para mantenerlo con vida.

—En dos o tres días me ocuparé de él —respondió Leonardo sin sorprenderse, puesto que Vini lo mantenía informado a diario.

Se oyeron un par de golpes secos en el portón del almacén.

—Son ellos —confirmó Bruno, mirando el mensaje que acababa de aparecer en su teléfono.

—Que les abran —ordenó Leonardo.

—¡Abre, Marcello! —gritó Bruno.

El portón se abrió lentamente, dejando entrar un Maserati Levante Trofeo, negro. El vehículo avanzó en silencio, mientras las luces del almacén se reflejaban en la brillante pintura de su carrocería.

Leonardo observó el Maserati con los ojos entrecerrados y murmuró en voz baja, para que solo Bruno lo escuchara:

—Hay que reconocer que el cabrón tiene buen gusto.

El coche se detuvo junto al Mercedes. De él bajaron dos guardaespaldas armados y, detrás, una pareja cogida de la mano.

En cuanto los vio, Isabella soltó un grito ahogado y salió disparada del Mercedes, corriendo hacia sus padres. Su madre la envolvió en un abrazo desesperado, sollozando, mientras Giulio De Angelis las rodeaba a ambas con sus brazos.

Camille bajó del coche con calma y se acercó a Leonardo. Él le pasó un brazo por la cintura y se quedaron observando la escena.

Después de unos cuantos minutos hablando con su hija, Giulio se apartó de su familia y se acercó a ellos. Camille contuvo el aliento sabiendo que la tensión entre ambos hombres venía de lejos. Pero Giulio la sorprendió cuando habló, con la voz rasposa y los ojos algo humedecidos:

—Gracias, Camille. Isabella me ha contado lo que hiciste por ella... y por las otras chicas.

Ella negó con la cabeza con una leve sonrisa.

—Si hoy has podido reunirse con tu hija, es gracias a él —dijo, mirando a Leonardo. No quería que nadie se equivocara y dejara de darle las gracias a quien se lo merecía.

De Angelis miró al hombre que había sido su enemigo durante años.

—Sé que lo que te hice en el pasado fue una putada, y te pido perdón por ello —confesó, ofreciéndole la mano a Leonardo—. Pero no tuve opción. Era traicionarte... o perder a mi familia.

El silencio se alargó, y pareció que todo el almacén contenía el aliento.

Pero Leonardo no respondió.

Hasta que Camille, con un leve codazo, lo sacó de su inmovilidad.

Él resopló casi imperceptiblemente y, finalmente, le estrechó la mano a De Angelis.

—Si alguna vez necesitas algo de mí... lo que sea, cuenta con ello —añadió Giulio.

Leonardo asintió y sostuvo su mirada un segundo más antes de soltar su mano.

De Angelis se volvió hacia Camille y la saludó con una leve inclinación de cabeza, antes de regresar junto a su familia.



Esa noche estaban viendo una película, aunque ninguno de los dos le prestaba demasiada atención. La única luz que había en el salón era la del televisor, que proyectaba suaves sombras por toda la estancia.

Leonardo rodeaba los hombros de Camille con su brazo de forma protectora. Habían pasado dos días desde que las chicas se habían marchado y, poco a poco, las cosas empezaban a volver a la normalidad.

Camille percibía su calor, su respiración pausada, la firmeza de su cuerpo junto al suyo..., pero desde su secuestro no habían vuelto a hacer el amor. Ella quería que todo volviera a ser como antes y por eso decidió tomar la iniciativa. Lentamente, comenzó a acariciarle el pecho, delineando sus músculos con las yemas de los dedos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él, mirándola.

—¿Tú qué crees?

Sin darle tiempo a reaccionar, se montó sobre él, rodeándole las caderas con las piernas. Leonardo le sostuvo la cintura con firmeza, soltando un jadeo cuando ella se sentó sobre su erección.

—Quería esperar hasta que estuvieras completamente recuperada —murmuró, acariciándole la mejilla con la nariz.

Ella rozó sus labios con los suyos, susurrando con tono travieso:

—Ya estoy recuperada. Además, tú puedes hacer la mayor parte del trabajo. Así te aseguras de que no me canse demasiado.

Él soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza. Pero la risa se le cortó de golpe cuando Camille restregó el culo sobre su pene, arrancándole un gruñido. Se levantó de un impulso, con ella subida a horcadas sobre él. Mientras sus bocas se fundían en un beso hambriento, cruzó el pasillo hasta llegar a su habitación.

La tumbó en la cama con suavidad y se colocó entre sus piernas. Siguieron besándose lentamente, disfrutando el uno del otro.

La mano de Camille descendió hasta envolver su pene, masturbándolo suavemente sobre la tela de los pantalones.

—Joder, cariño... —masculó él.

—Desnúdate —ordenó, excitada.

Leonardo obedeció e hizo lo mismo con ella.

Camille apoyó las manos en su pecho para que se tumbara bocarriba y se arrodilló a su lado, observando con deleite su cuerpo tatuado.

Lo besó en los labios y descendió por su cuello y su pecho, dejando un rastro de besos, hasta llegar a su vientre, donde se detuvo. Le acarició los testículos con suavidad y lamió su polla de abajo arriba, mirándolo a los ojos. Él apretó los dientes y la dejó hacer, a pesar de lo que le costaba ceder el control.

—Necesito estar dentro de ti, nena —murmuró con voz ahogada.

Camille se arrodilló, encerrándolo entre sus piernas, y apoyó las manos en su pecho. Sujetó su pene y comenzó a deslizarse lentamente sobre él, hasta que lo aceptó por completo. Se quedó quieta unos segundos, con los labios entreabiertos, mientras su cuerpo se acostumbraba a la invasión. Luego empezó a moverse, arriba y abajo, dejándose llevar.

Cuando alcanzó el orgasmo, se desplomó sobre él, jadeante.

Leonardo la sujetó por las caderas y empezó a embestirla sin piedad, levantándola con cada sacudida. Durante varios minutos mantuvo ese ritmo implacable y Camille sintió que el placer volvía a acumularse en su vientre, hasta que encadenó un segundo clímax, justo cuando lo sintió correrse dentro de ella.

Él la atrajo hacia su boca y la besó.

Después, Camille se tumbó de costado con el rostro apoyado en el pecho de Leonardo, en su postura favorita, tratando de recuperar el aliento. Permanecieron así durante un rato, en silencio.

Ella estaba a punto de dormirse cuando lo escuchó decir:

—Te amo, Camille.

Abrió los ojos de golpe. Alzó la cabeza y vio que la observaba con una intensidad casi feroz.

—Ya lo sabía —susurró—, pero no es lo mismo que oírtelo decir.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Él la limpió con el pulgar y volvió a besarla. Esta vez, con ternura.

—Mañana vas a matar a Mattia, ¿verdad? —preguntó, porque lo había oído quedar con Vini.

—Sí.

Ella tomó aire y lo soltó lentamente.

—Quiero verlo antes de que lo hagas.

Leonardo entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Para qué?

—Se lo debo a mis padres. A mi abuelo. Ahora que sé que es el responsable de sus muertes... necesito verlo. —Tragó saliva antes de confesar—: He llegado a pensar en matarlo yo misma. Pero no sé si sería capaz.

Leonardo deslizó una mano por su espalda desnuda, un gesto que siempre la calmaba.

—Puedes hacerlo, si quieres. Pero no me gustaría que luego tuvieras remordimientos... y los tendrías. Te conozco, *cara*.

Tenía razón. Le dio un último beso y se acurrucó contra él, dejando que la seguridad de sus brazos la reconfortara.



Mattia estaba sentado en el centro de la habitación, atado de pies y manos a una silla de hierro atornillada al suelo. Solo llevaba unos calzoncillos y tenía todo el cuerpo, sobre todo el rostro, cubierto de cortes y hematomas. Su pecho subía y bajaba agitadamente y un hilillo de sangre goteaba de su boca.

Frente a él, Leonardo lo observaba con los ojos entrecerrados. Llevaba la camisa remangada hasta los codos y los nudillos enrojecidos por los golpes que le había estado propinando. Vini, cruzado de brazos y apoyado en la pared, junto a la puerta de hierro de la celda, contemplaba la escena listo para actuar si su jefe se lo pedía.

—Vas a decirme lo que quiero saber —afirmó Leonardo con una frialdad que hizo temblar a Mattia.

—¡Joder, es que no sé nada más! —farfulló sin ninguna dignidad.

El *capo* se inclinó ligeramente hacia adelante y le propinó un puñetazo seco en la mandíbula. La cabeza de Mattia se ladeó con violencia, y se escuchó el crujido de sus huesos en toda la habitación.

—Ginevra —dijo Leonardo con una calma peligrosa—. Dime dónde está.

Mattia jadeó, con la boca llena de sangre que escupió para poder responder:

—No lo sé, ya te lo he dicho —lloriqueó—. Cuando se enteró de que me habías dado una paliza, me llamó y me ofreció mucho dinero a cambio de Camille. Dijo que era la mejor forma de joderte, que tu orgullo nunca se recuperaría de algo así. Estaba muy enfadada porque habías roto el compromiso.

Leonardo se quedó inmóvil un segundo y luego descargó otro golpe brutal en el rostro de Mattia, haciendo rechinar la silla contra el suelo, aunque no se movió. Respiró hondo, tratando de controlarse, pero estaba al límite.

—Dime cómo organizaste los asesinatos de tu familia —ordenó, con los dientes apretados.

Mattia volvió a escupir sangre al suelo.

—Pagué a un asesino para que matara a mi hermano y a su esposa. Y a una pareja para que se cargara a mi padre... —por un momento pareció que iba a desmayarse, pero siguió farfullando, medio ido—. Tenía comprado a Luigi, por eso cuando fui a por Camille al piso de mi padre, puse el táser al mínimo. No quería hacerle demasiado daño por si volvía a necesitarlo.

Se detuvo unos segundos mientras jadeaba intensamente para tratar de conseguir más oxígeno. Luego, continuó:

—Mi padre siempre puso por encima de mí a Maurizio, aunque yo era el mayor... ¡Y ahora le había dejado todo a Camille! ¡Ella solo era su nieta, joder! —gritó como justificación, rompiendo a llorar.

Durante unos largos segundos, en la celda solo se escucharon sus sollozos, que dificultaban todavía más su respiración.

Leonardo lo observaba con los ojos oscurecidos por el odio.

—Mattia —lo llamó, pero él siguió gimoteando sin mirarlo. Lo cogió por el pelo para que lo mirara.

—¿Dónde está Ginevra?

—No lo sé, te juro que no lo sé.

Leonardo miró a Vini, que negó con la cabeza. Entonces llamaron a la puerta y lo soltó para ir a abrir él mismo, sabiendo que era Camille.

Ella entró en la habitación, seguida por Alonzo, y sus ojos se posaron en Mattia. Aunque se estremeció visiblemente al verlo, avanzó un par de pasos más, hasta plantarse frente a él.

—Hola, tío.

Leonardo se colocó a su lado. Mattia se removió en la silla y se pasó la lengua por el labio. De repente, parecía un poco más despejado, como si verla hubiera despertado en él un instinto de supervivencia que ya casi había perdido.

—Por favor —suplicó con la voz rota—. Perdóname. No dejes que me mate. Camille, por favor...

Ella lo miraba con expresión impasible.

—No te perdono. Vas a morir —susurró—. Aunque tu muerte no compensará todo el daño que has hecho.

—Camille, por favor... —repitió él, volviendo a llorar.

—Púdrete en el infierno —murmuró con desprecio, dándose la vuelta.

Antes de salir de la celda, se volvió hacia Leonardo. Lo abrazó por el cuello y se puso de puntillas para besarlo suavemente en los labios. Él se inclinó sobre ella, aunque no la abrazó para no mancharla de sangre. Entonces, Camille susurró en su oído, para que nadie más lo oyera:

—Mátalo ya, por favor. Mi abuelo sufriría viéndolo así.

Leonardo se apartó de ella y contestó con voz suave:

—Vete a casa. Iré en unos minutos.

—Gracias, amor mío —murmuró Camille.

Se marchó, con Alonzo detrás, y la puerta se cerró con un sonido seco detrás de ellos

Leonardo se llevó la mano al arnés que llevaba bajo la axila izquierda y sacó su pistola. Se acercó a Mattia, que apenas alzó la vista. Tenía la cara destrozada y los labios hinchados, pero aún respiraba.

—Camille no quiere que sufras más —dictaminó.

Le apuntó a la cabeza y disparó sin vacilar. Mattia murió al instante, pero su cuerpo no cayó al suelo porque seguía atado a la silla. Leonardo guardó el arma tranquilamente.

—Yo me encargo de que limpien todo esto —dijo Vini.

Él asintió y se marchó.



Ya hacía dos semanas que Camille había regresado a casa y esa noche insistió en acompañar a Leonardo al club.

Cuando llegaron, él la llevó a un reservado, dejándola a cargo de Tom y Alonzo.

Después, acompañado por Bruno y Vini, fue a su despacho. Allí, mientras esperaban a sus invitados, aprovecharon para hablar sobre el nuevo proyecto de Leonardo.

Los tres *capos* de zona —Sandro Vitali, Luca Caruso y Emilio Conti— llegaron puntuales y saludaron antes de tomar asiento en la mesa de reuniones.

Leonardo lo hizo en la cabecera.

Bruno y Vini se quedaron de pie, junto a la puerta.

—Gracias por venir. Como todos estamos muy ocupados, seré breve —dijo con tono grave—. En unos días, me reuniré con los *capos* cuyas hijas rescatamos junto a mi mujer. Estoy hablando de Anthony Moretti, Salvatore Romano y Giulio De Angelis.

Los tres lo miraron atónitos, sobre todo después de oír el último nombre. Era bien sabido que De Angelis y Leonardo no se podían ni ver.

—Voy a proponerles una alianza para erradicar el negocio de la trata de nuestras ciudades —declaró.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Sandro después de unos segundos.

—Eliminando, una a una, las organizaciones que comercian con la vida de mujeres o niños. Serán ataques selectivos, rápidos y por sorpresa. No sabrán quién ha sido. Y quiero saber si puedo contar con vosotros.

—Estoy dentro —aceptó, Sandro enseguida.

—Yo también —dijo Luca.

Leonardo miró a Emilio, el único que no había dicho nada.

—¿Y tú?

—Pensé que dijiste que teníamos libertad absoluta en nuestra zona, siempre y cuando fuéramos discretos y los beneficios fueran suficientes.

Leonardo no respondió al instante. Se limitó a mirarlo, inmóvil, con una expresión que se volvió más oscura por segundos.

—Os prohibí tajantemente entrar en ese tipo de negocios —dijo al fin, con voz baja y afilada como una navaja—. Y tú lo sabes. Así que dime, Emilio... ¿te has atrevido a desobedecerme?

Conti tragó saliva y unas gotas de sudor aparecieron en su frente, aunque en el despacho no hacía calor.

—Por supuesto que no —respondió enseguida, forzando una sonrisa—. Ya tengo bastante con el puerto. No necesito ese tipo de líos.

Leonardo sostuvo su mirada un poco más antes de apartarla.

—Eso es todo por ahora.

Los tres se pusieron de pie. Vitali y Caruso se marcharon tras despedirse, pero Conti se quedó unos segundos más.

Le dijo a Leonardo con su sonrisa de siempre:

—Puedes contar conmigo para lo que sea, jefe.

Cuando se marchó, Bruno meneó la cabeza.

—Ese nos va a dar un disgusto el día menos pensado.

Leonardo le hizo un gesto a Vini para que se acercara.

—Sigue a Conti. Discretamente. Quiero saber a qué se dedica, con quién se reúne, dónde se mete y hasta lo que come. Pero no hagas nada, de momento. Infórmame diariamente y, si ocurre algo extraño, me llamas.

—Entendido.

Antes de que Vini pudiera dar un paso, la puerta del despacho volvió a abrirse y entró Sandro Vitali. Cerró y se dirigió hacia la mesa, donde Leonardo seguía sentado. A su lado, estaban Vini y Bruno.

—No me fío de Conti —dijo a su *capo* en voz baja—. Sería capaz de vendernos a todos.

Leonardo miró a Vini y le ordenó:

—Haz lo que te he dicho.

Vini desapareció sin una palabra.

DIECINUEVE



La Fortezza se anunciaba con un rótulo elegante y sutil que otorgaba al lugar un aire exclusivo. Muy pocos sabían que aquel restaurante era propiedad de la mafia de Chicago, a pesar de ser uno de los más aclamados de la ciudad por la excelencia de sus platos y el trato impecable a sus clientes. Leonardo lo había escogido para esta reunión porque sabía, por experiencia, que una buena comida solía facilitar un buen acuerdo.

Estaba sentado en la mesa más exclusiva del restaurante, con Bruno a su derecha, dentro del único reservado del lugar. Además, esa noche *La Fortezza* estaba cerrada al público y sus hombres vigilaban cada centímetro del recinto y sus alrededores.

Leonardo estaba decidido a que nada se escapara a su control.

Pocos minutos después de que él y Bruno se sentaran, comenzaron a llegar los *capos* invitados, acompañados por sus hombres de confianza, tal y como se había acordado previamente.

Anthony Moretti fue el primero, acompañado por su *underboss*, Vittorio Ferrante, un hombre de mirada incisiva. Ambos se sentaron frente a Leonardo.

—Hasta en mi ciudad hemos oído hablar de lo bien que se come en este lugar. Tenía ganas de venir —comentó Moretti. Tomó la copa

de vino que un camarero acababa de dejar en la mesa, la giró entre los dedos apreciando su aroma, y bebió un sorbo—. ¿Es posible que sea un *Barolo* del 97? —preguntó después de paladearlo—. No escatimas en gastos, DeSantis.

—El negocio va bien —respondió Leonardo con calma, alzando su propia copa.

Poco después entró Salvatore Romano con su mano derecha, Marco Lucchesi, un veterano de la vieja escuela que no sonreía nunca. Después de entregarle su abrigo a un camarero, Salvatore se sentó junto a Moretti y dijo:

—En esta época siempre hace frío en Chicago.

—No tanto como en Toronto, imagino —respondió Leonardo con una sonrisa fugaz.

—En ningún sitio hace tanto frío como en mi ciudad —reconoció Salvatore, con gesto orgulloso.

El último en entrar fue Giulio De Angelis, escoltado por su *underboss*, Darío Ricci. A diferencia de los demás, que dejaron a sus guardaespaldas fuera del restaurante como se había acordado, De Angelis insistió en que los suyos entraran y se quedaran junto a la puerta, atentos a cualquier movimiento.

Leonardo esperaba que esa fuera su única provocación de la noche, e hizo un gesto al maître para que se acercara a tomar nota de lo que quería cenar cada uno de sus invitados.

Cuando terminó, le dijo:

—Salid. Os avisaremos cuando os necesitemos.

Apenas se cerró la puerta tras el maître y los camareros, De Angelis clavó la mirada en Leonardo.

—No sé lo que pensarán los demás —dijo—, pero yo tengo mucha curiosidad por saber qué es eso tan importante que tienes que decirnos, que no se puede hablar por teléfono.

Leonardo dejó su vino sobre la mesa y se recostó cómodamente en la silla, disfrutando un momento del silencio que se había hecho tras las palabras del otro *capo*, antes de explicar la razón por la que los había convocado.

—Empezaré por decir que el secuestro de mi mujer ha cambiado mi forma de ver las cosas. —Su voz era profunda y pausada—.

Como vosotros tres, siempre he estado en contra de la trata de mujeres y no permito que nadie comercie con ellas en mi territorio. Pero después de lo que le pasó a Camille... —sacudió la cabeza sin terminar la frase, negándose a desnudar su alma delante de aquellos hombres que, al fin y al cabo, no eran sus amigos—. He decidido que eso no es suficiente.

Su mirada recorrió los rostros de los otros *capos* antes de continuar:

—Quiero que la trata desaparezca de nuestras ciudades de una vez por todas. Os propongo una alianza para acabar con ese inmundado negocio.

Romano replicó, con la mandíbula apretada:

—Eso es una locura.

Moretti dejó escapar un suspiro antes de hablar:

—Opino como tú sobre la trata y estoy seguro de que todos pensamos así —añadió, mirando a los demás, que asintieron—. Pero no creo que ninguno esté dispuesto a entrar en una guerra semejante por principios. Al fin y al cabo, nosotros tampoco somos unos angelitos —remató con una sonrisa irónica.

—No habrá guerra porque ni siquiera sabrán quién es su enemigo —respondió Leonardo con autoridad.

Los demás lo miraron extrañados.

—La clave está en que, cuando atacemos, lo hagamos sin dejar rastro. Si no saben quién ha sido, no podrán vengarse de nadie.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, mirando fijamente a los *capos*.

—Propongo que elijamos una de esas organizaciones que convierten a las mujeres en esclavas, y que la estudiemos con detenimiento. Que analicemos su estructura, su red de contactos y sus puntos débiles. Y que, cuando tengamos toda esa información, diseñemos un plan conjunto que nos permita golpearla con la máxima precisión y el mínimo coste posible. Y una última aclaración: cada golpe solo se llevará a cabo si los cuatro estamos de acuerdo.

Hizo una pausa, para asegurarse de que sus palabras calaban en ellos y añadió:

—Como os he dicho, si lo hacemos bien, no sabrán quién les ha declarado la guerra. Pero hay que ser discretos, es necesario que casi nadie conozca esta alianza.

Moretti, Romano y De Angelis intercambiaron miradas y la tensión inicial pareció disiparse tras la explicación de Leonardo

—En principio, no me parece mal, aunque es un juego peligroso. En cuanto a la discreción, estoy de acuerdo, pero algunos de nuestros hombres tendrán que saberlo —contestó De Angelis.

—Por supuesto —asintió Leonardo.

—Es un riesgo muy grande. No podemos decidir algo así a la ligera —dijo Moretti.

—Yo tengo que pensarlo —añadió Romano.

Leonardo decidió usar el argumento que se había reservado por si no se decidían a la primera:

—Claro. Tomaos vuestro tiempo y pensadlo bien. Pensad si queréis que a otras chicas les ocurra lo mismo que les ha pasado a vuestras hijas. Pero, en su caso, no habrá nadie que las rescate.

De Angelis entornó los ojos, furioso, pero su respuesta fue inmediata:

—De acuerdo. Cuenta conmigo.

Los otros dos *capos* se miraron y terminaron por aceptar.

Leonardo levantó su copa y todos los presentes lo imitaron, sellando el pacto. Entonces, el *capo di capi* de Chicago dio la orden para que los camareros entraran con la comida.



La galería reflejaba en cada rincón el esfuerzo y la dedicación que Camille había puesto en ella durante las últimas semanas. El

enorme escaparate dejaba ver la calle iluminada por la luz de las farolas, que dibujaba reflejos dorados sobre el asfalto mojado. En el interior, la sobriedad de las paredes blancas ayudaba a destacar las obras de arte expuestas con una sofisticada elegancia.

Camille caminaba de un lado a otro, nerviosa, ajustando algunos detalles de última hora. A pesar de que llevaba semanas preparándolo todo, sabía demasiado bien que todo podía torcerse en un minuto y quería que la inauguración fuera perfecta.

Cuando vio entrar a Leonardo sonrió, relajándose por primera vez en horas. Como siempre, estaba impecable con su traje oscuro, que resaltaba su físico musculado; venía con Bruno, Vini y Alonzo, que vestían igual de elegantes.

La sonrisa de ella se intensificó al pensar que parecían un grupo de depredadores intentando pasar desapercibidos entre la élite de Chicago.

Leonardo se acercó en cuanto la vio. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose un instante en el profundo escote del vestido verde esmeralda.

Un leve cosquilleo de celos le recorrió el pecho al imaginar a los hombres con los que ella hablaría esa noche... pero desapareció en cuanto Camille levantó el rostro y le regaló una gran sonrisa.

—¿Cómo estoy? —preguntó, con un leve toque de picardía.

Él la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Jodidamente perfecta —susurró cerca de su oído, robándole un beso.

Después de eso no pudieron hablar más porque las puertas de la galería se abrieron al público y la gente comenzó a entrar. Camille respiró hondo y se dirigió a la entrada con una discreta sonrisa que mantuvo en su rostro mientras saludaba a los invitados, estrechando sus manos y agradeciendo los cumplidos.

A su alrededor, las camareras del catering se movían con discreción, ofreciendo aperitivos y copas de *champagne* en bandejas de plata.

El evento fue un éxito desde el primer minuto. Lo más selecto de Chicago había acudido a la apertura: empresarios, políticos, críticos de arte... hasta se habían presentado algunos actores famosos.

Media hora después, con la galería llena de gente observando los cuadros de los artistas noveles que había elegido para su primera exposición, Camille decidió coger una copa de *champagne* de la bandeja de una camarera que se le había acercado.

Levantó la vista para darle las gracias y... la sangre se le heló en las venas. Sus ojos se abrieron aterrados al reconocer a Ginevra, a pesar de la peluca rubia y las lentillas azules.

La hija de Tomasso la miraba con una expresión de odio absoluto. Camille gritó cuando sacó una pistola del bolsillo del delantal y la apuntó con ella.

Y en un segundo, el mundo estalló.

Alguien la empujó por detrás, justo cuando apretaba el gatillo. Mientras caía al suelo, Camille alcanzó a ver a Vini aparecer detrás de la falsa camarera, con el brazo extendido y la pistola en alto.

Un instante después, la cabeza de Ginevra estalló y su cuerpo se desplomó, inerte, mientras el caos se desataba en la galería.

Camille cerró los ojos y se quejó en voz baja. Había caído boca abajo y no podía darse la vuelta; le dolía demasiado.

Alguien la giró con cuidado, procurando no tocar su herida. Cuando ella abrió los ojos, vio a Leonardo arrodillado a su lado. Trató de sonreírle al verlo tan preocupado, pero él no le devolvió la sonrisa. Parecía desesperado mientras se quitaba la chaqueta, la doblaba varias veces y la presionaba sobre la herida, intentando detener la sangre.

—Duele —murmuró ella, apretando los dientes.

—Lo sé, cariño. Lo siento. ¡Bruno! —gritó.

Camille volvió a cerrar los ojos tratando de que se le pasaran las ganas de vomitar, mientras escuchaba la conversación entre los dos hombres:

—La ambulancia está de camino.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Leonardo, nervioso.

—Diez minutos.

—No voy a dejarla tirada en el suelo, desangrándose, durante diez minutos —masculló—. ¿Sigue mi coche en la puerta?

—Sí.

—Pues ve a decirle a Alonzo que se prepare para correr al hospital.

Su voz cambió completamente cuando volvió a inclinarse sobre ella.

—Cariño, ¿puedes oírme?

—Sí —susurró, abriendo los ojos con esfuerzo—. Tengo náuseas... y me duele mucho el hombro. Estoy harta de que me disparen.

—Lo sé, cariño. Voy a levantarte para llevarte al hospital.

La alzó en brazos y salió a toda prisa. En el coche lo esperaban Alonzo y Greco.

Bruno se quedó con Vini para encargarse de explicarle a la policía lo ocurrido.



Gracias al calmante Camille se había quedado dormida, pero se despertó media hora después, algo desorientada. Tardó unos segundos en darse cuenta de que seguía en el hospital.

Leonardo estaba allí, sentado a su lado, sosteniendo su mano izquierda entre las suyas.

Ella movió los dedos y él levantó la cabeza al instante.

—Cuando vi a Ginevra apuntándote... creí que te perdía —murmuró, sin apartar los ojos de ella.

Besó su mano y añadió, con voz mandona:

—No pienso esperar más. Nos casamos ya.

Camille soltó una risa débil.

—Sabía que ibas a decir eso —murmuró, sintiendo cómo él acariciaba su mano con el pulgar.

—Llevas semanas dándome largas por la apertura de la galería, pero ya no tienes esa excusa. Así que, en cuanto te recuperes, nos casamos.

Camille lo miró con un destello de humor en los ojos.

—Vaya... no sabía que te ponías tan romántico en el hospital — bromeó.

Pero Leonardo no sonrió. Todavía estaba demasiado alterado.

—No puedo perderte, Camille.

—No lo harás —susurró ella, poniéndose seria y apretando ligeramente su mano.

—Quiero que todo el mundo sepa que eres mi mujer y que, si alguien se atreve a tocarte un solo pelo, lo pagará con su vida.

—Leonardo...

—Nos pertenecemos, Camille. Los dos lo sabemos. ¿Por qué esperar?

Ella lo miró fijamente durante unos segundos. Sus ojos se llenaron de lágrimas antes de susurrar, por fin:

—Si estás tan seguro... acepto.

Un suspiro de alivio escapó de los labios de Leonardo antes de inclinarse sobre ella y besarla, para sellar la promesa más importante de su vida.

EPÍLOGO



La catedral del Santo Nombre resplandecía bajo la luz del sol, mostrando con orgullo su imponente arquitectura gótica. Cada rincón de la iglesia estaba decorado con rosas blancas y lirios, las flores preferidas de la novia, que endulzaban sutilmente el ambiente.

Decenas de invitados llenaban la nave central. A pesar de que la mayoría eran miembros de la *Famiglia* de Chicago, también había políticos, empresarios y representantes de otros clanes aliados que no habían querido perderse aquella ocasión.

Leonardo esperaba al pie del altar, impecable en su traje de tres piezas negro, junto a Bruno, su padrino. Al principio había pensado ponerse un esmoquin, pero finalmente había preferido casarse con un traje como los que solía llevar, hecho a medida, clásico y elegante.

Cuando escuchó abrirse las puertas centrales, se giró... y un silencio reverencial se extendió entre los asistentes al ver a la novia.

Camille comenzó a cruzar la nave central, bajo los altísimos arcos ojivales que sostenían el techo, con paso firme y sin nadie a su lado. Como ella había querido.

Llevaba el cabello peinado en un elegante semirrecogido, con algunos mechones sueltos que enmarcaban su rostro con delicadeza, y sus ojos brillaban emocionados, reflejando la intensidad del momento.

Su vestido, confeccionado en crepé de seda color crema, realzaba su figura con una sobriedad exquisita. El escote, elegante y seductor a la vez, enmarcaba con sutileza su clavícula y, a cada paso, los cristales cosidos en la falda brillaban como pequeñas estrellas.

Los tres amigos de Leonardo se habían ofrecido a acompañarla hasta el altar, y sabía que lo habían hecho de corazón. Pero quería dejar claro que ella no era una princesa que iba a ser entregada a un rey, sino una mujer que caminaba libremente hacia el destino que había elegido.

Mientras avanzaba solo escuchaba el eco de sus tacones resonando sobre el mármol. Y aunque sentía todas las miradas puestas en ella, sus ojos estaban fijos en los de Leonardo, que la miraba con una mezcla de orgullo y devoción.

Al llegar a su lado, él le pidió su mano.

Camille se la entregó sin titubear y comenzó la ceremonia católica.

Cuando el sacerdote les pidió que se dijeran los votos que habían escrito, se giraron para quedar frente a frente. Ella tomó aire, lo miró a los ojos... y recitó, con voz emocionada:

—Me has sostenido y protegido desde que nos conocimos. Contigo he aprendido a ser fuerte... y a amar de verdad. Hoy te elijo delante de todas estas personas, aunque mi corazón ya te había escogido hace mucho tiempo.

Los ojos de Leonardo se suavizaron y su voz profunda resonó con intensidad en la catedral:

—No soy de hablar mucho, pero todo lo que soy y todo lo que tengo es tuyo. Prometo protegerte, honrarte y amarte como la mujer fuerte que eres, porque sin ti ya no existe la vida para mí. Y eso no va a cambiar nunca.

Mientras el sacerdote pronunciaba las palabras que sellaban su unión, Leonardo se inclinó hacia el oído de Camille y murmuró con

voz grave y posesiva:

—Mía, para siempre.

Camille, mirándolo con los ojos llenos de amor, respondió con otro susurro:

—Mío, para siempre.

El beso que se dieron hizo que los invitados rompieran en aplausos.

Después, todos subieron a los autobuses que esperaban en la puerta, rumbo al Hotel Langham, donde disfrutarían de una magnífica cena seguida de un baile que duraría hasta el amanecer.



Leonardo y Camille aguantaron la cena entera, pero después de cortar la tarta, aprovecharon una de las actuaciones musicales de la noche para escabullirse, entre risas, del salón. Salieron corriendo, acompañados por Tom y Alonzo, hacia el coche que los llevaría al aeropuerto.

Leonardo había dejado en manos de su mujer la decisión del destino de su luna de miel, y ella no tuvo que pensarlo demasiado: horas después, aterrizaban en Florencia.

Estaba deseando enseñarle a su marido todos los rincones de la ciudad, y sentir la calidez del sol italiano en el rostro mientras caminaba de su mano por sus calles llenas de historia.

Habían reservado la mejor suite de la Villa San Michele, un hotel ubicado en las colinas de Fiesole que fue un monasterio en el siglo XV.

Según la web, las cuatro habitaciones que componían la suite tenían chimenea privada, frescos en los techos y un baño digno de

un spa.

Pero cuando salieron del aeropuerto, Camille le pidió a Leonardo que se desviaran un momento para pasar por su antigua casa. Él accedió sin preguntar nada, como si supiera por qué lo hacía. Le dio la nueva dirección a Alonzo, y Tom, que iba en el asiento del copiloto de la limusina, la tecleó en el navegador del vehículo.

El piso donde había vivido con su abuelo se encontraba en una de las zonas más hermosas de Florencia, con una vista privilegiada del Arno y de sus típicos tejados rojizos. Camille sonreía con nostalgia mientras el coche rodaba por las calles de su antiguo barrio. Pero, cuando entró en su piso, se le formó un nudo en la garganta al ver los muebles cubiertos con sábanas blancas y el polvo que flotaba suspendido en el aire, como pequeñas partículas del pasado que se negaban a desvanecerse.

—Dame un momento, por favor —susurró a Leonardo.

Él hizo un gesto a sus hombres, que salieron al pasillo. Antes de hacerlo él mismo, la miró un instante para asegurarse de que estaba bien. Luego salió, dejando la puerta entornada.

Camille caminó lentamente, pasando la mano por los muebles cubiertos, mientras los recuerdos se agolpaban en su mente: las risas, los abrazos y las lecciones sobre la vida y la familia.

—Imagino que ya lo sabrás, abuelo... —susurró con voz temblorosa— pero estoy con Leonardo y soy muy feliz. Tenías razón sobre él, es un buen hombre.

Solo le respondió el silencio. Él ya no estaba allí, pero su legado siempre viviría en ella.

Después de recorrer todas las habitaciones, se permitió un último suspiro lleno de nostalgia, antes de salir del piso.

Leonardo la detuvo, se inclinó sobre ella con una tierna sonrisa, y le susurró al oído:

—Tu abuelo siempre estará contigo, *cara*.

Camille asintió, emocionada.

Mientras caminaban hacia la salida, cogidos de la mano, dio las gracias al destino por haberlo puesto en su camino.

FIN

QUIÉN ES QUIÉN



Alonzo —Escolta y hombre de confianza de Leonardo. Silencioso, eficaz y siempre atento a lo que ocurre a su alrededor.

Bruno Zanolì —*Underboss* de Leonardo, su mano derecha. Estable, leal y metódico.

Camille Moretti —Sus padres, Maurizio y Geraldine, murieron cuando era una niña y desde entonces la crió su abuelo, Ricardo Moretti, que fue *capo di capi* de Chicago. Es reservada e independiente. Trabaja en una galería de arte, alejada del mundo criminal de su *Famiglia*... hasta que un asesinato lo cambia todo.

Carlo —Jefe de Camille. Está medio enamorado de ella, pero Camille no le corresponde.

Frank De Luca —Jefe de policía de Chicago y amigo de Leonardo.

Geraldine de Armagnac—Madre de Camille, asesinada junto a su marido. Su ausencia ha marcado la vida de su hija.

Ginevra Pellegrini —Hija de Tomasso. Mimada y algo desequilibrada. Está obsesionada con Leonardo y dispuesta a lo que sea para conseguirlo.

Greco Morelli —*Consigliere* de Leonardo. Inteligente, discreto y leal.

Leonardo DeSantis —Se crió en un orfanato hasta que entró en la *Famiglia*, donde trabajó duro hasta llegar a ser la mano derecha de Ricardo Moretti y uno de los hombres más temidos de Chicago. Ahora es *capo di capi* y gobierna la ciudad con mano de hierro.

Luigi —Guardaespaldas de Ricardo. Él y Camille lo consideran de la familia.

Marie —Ama de llaves y cocinera de Leonardo. Seria, eficiente y protectora. Mantiene la casa en perfecto orden y ve más de lo que parece.

Mattia Parisi —Hijo mayor de Ricardo. Ambicioso, calculador y capaz de todo para conseguir lo que quiere. Siempre ha creído que su padre era muy injusto con él.

Maurizio Parisi —Padre de Camille e hijo de Ricardo. Su pérdida dejó una profunda huella en los dos.

Ricardo Parisi —*Capo di capi* de Chicago durante casi veinte años. Consiguió ser respetado y temido a la vez.

Tom —Soldado joven de la *Famiglia* de Chicago. Leal y discreto. A pesar de su juventud, Leonardo confía mucho en él y lo utiliza como guardaespaldas de vez en cuando.

Tomasso Pellegrini —Capo neoyorquino. Padre de Ginevra, accede a todos sus caprichos.

Vini Conte —*Enforcer* principal de Leonardo. Salvaje, temido y absolutamente fiel a su jefe y amigo. Su presencia impone respeto sin necesidad de palabras.

CAPOS DE CHICAGO

Emilio Conti —*Capo* de la Zona Este. Joven y ambicioso. Dirige todo el tráfico del puerto.

Luca Caruso —*Capo* de la Zona Sur. Frío, disciplinado y temido incluso por los suyos. Narcotráfico.

Sandro Vitali —*Capo* del Lado Oeste. Leal a Leonardo, pero con voz propia. Controla el tráfico de armas.

CAPOS DE OTRAS CIUDADES

Anthony Moretti —Capo de la *Cosa Nostra* de Filadelfia. De modales elegantes, pero con reputación de ser implacable. Su hija Lara fue secuestrada para venderla como esclava sexual y Leonardo De Santis se la devolvió. Su *underboss* es Vittorio Ferrante

Giulio De Angelis —Capo de la *Camorra* de Las Vegas. Inteligente, reservado y con un aura de misterio. Tiene mala relación con Leonardo. Su hija se llama Isabella y su *underboss* es Darío Ricci.

Salvatore Romano —Capo de la *'Ndrangheta* de Toronto. Es de la vieja escuela, duro de pelar y con un código férreo. Su hija se llama Sofía y su *underboss* es Marco Lucchesi.

GRUPO DE ASALTO

Dante Russo —Especialista en explosivos e interrogatorios. Intenso, implacable y temido.

Enzo Ricci —Hacker. Encargado de la seguridad, alarmas y sistemas electrónicos. Reservado y muy brillante.

Marcello di Luca —Conductor. Ágil, veloz y absolutamente fiable.

Nico Ferretti —Letal con el cuchillo. Impredecible, silencioso y tan salvaje como Vini, pero menos hablador. Su presencia infunde miedo.

Paco Moretti —Francotirador. Frío, calculador y certero. Nunca falla un disparo. Familia de Anthony Moretti, el *capo* de Filadelfia.

Salvo Brandi —Exmilitar. Especialista en combate cuerpo a cuerpo. Fuerte, disciplinado y siempre listo para la pelea.

